

BIBLIOTECA ESOTÉRICA



CATALINA MARQUÉS

LETANÍA HERMÉTICA DE MARÍA

Un intento de rescate de los textos
cabalísticos de uso más frecuente

EDICIONES OBELISCO

La Letanía lauretana o Letanía de la Virgen es un inestimable tesoro hermético en manos de la Iglesia Católica. Los términos utilizados son de una extraordinaria riqueza simbólica y de una precisión absoluta al pertenecer a una cábala fonética, un sistema tradicional que han utilizado los maestros de todas las épocas para velar las enseñanzas que transmiten sus tratados herméticos.

Las frases de la Letanía expresan alabanzas, elogios y nombran atributos propios de la Virgen, pero la misma palabra "Letanía" nos lleva a "Litos", "piedra", evocando al objetivo final de la práctica alquímica.

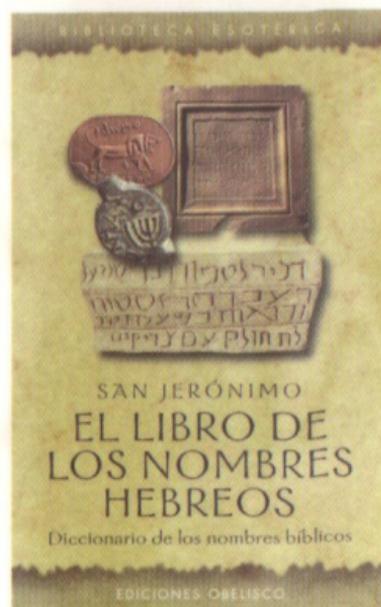
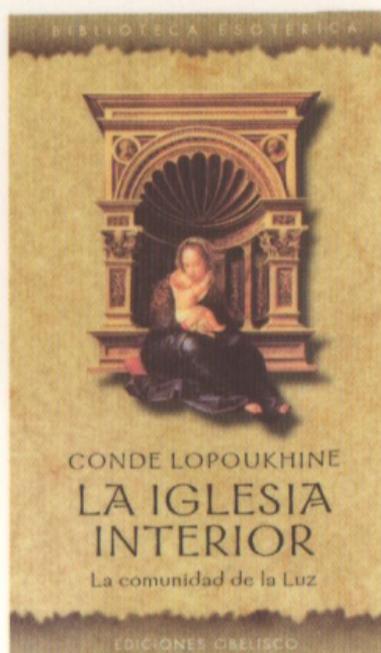
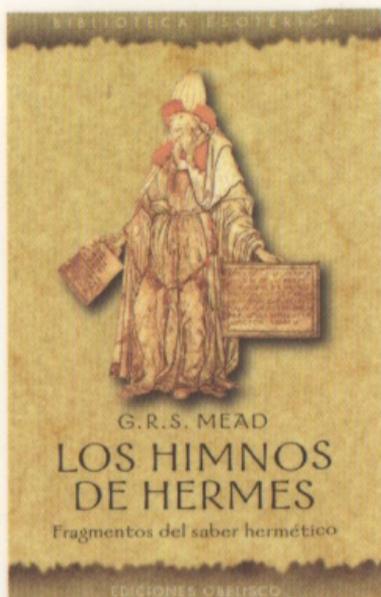
El presente trabajo, realizado en pleno siglo XX, desprende el mismo perfume de verdad que se halla en los tratados herméticos.

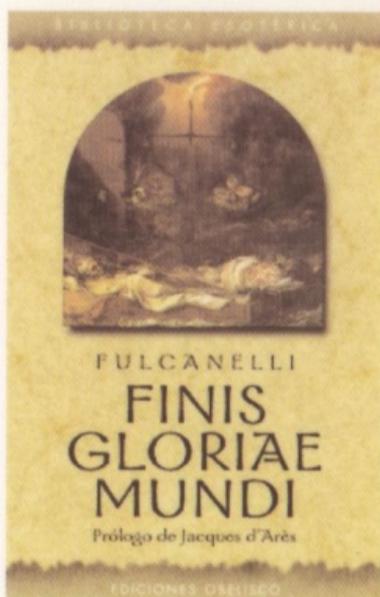
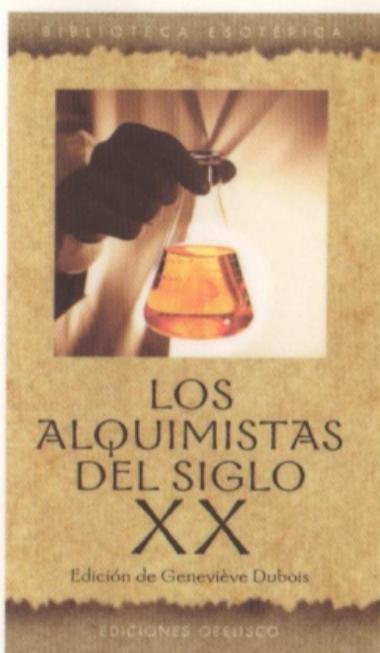
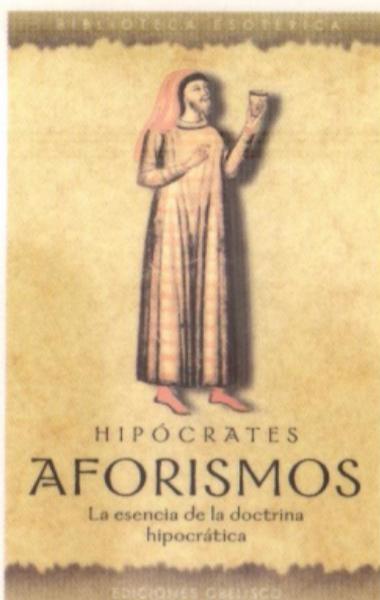
Así, a la luz de este libro, la conocida Letanía de la Virgen se nos revela como una profunda y rica fuente de conocimientos alquímicos y cabalísticos.

84-7720-978-2



9 788477 209782





CATALINA MARQUÉS

LETANÍA
HERMÉTICA
DE MARÍA

Un intento de rescate de los textos
cabalísticos de uso más frecuente



BIBLIOTECA ESOTÉRICA

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones (Astrología, Ciencias Ocultas, Autoayuda, Libros Infantiles, Naturismo, Artes Marciales, etc) escribanos indicándonos qué temas son de su interés y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en <http://www.edicionesobelisco.com>

Colección Biblioteca Esotérica

LETANÍA HERMÉTICA DE MARÍA

Catalina Marqués

1ª edición: Enero de 2003

Diseño cubierta: *Michael Newman*

Ilustración: *Nostra Dona de l'Esperança* (s.XVIII)

© 2003 by Catalina Marqués,

(Reservados los derechos para la presente edición)

© 2003 Ediciones Obelisco, S.L.,

(Reservados los derechos para la presente edición)

Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 4.ª planta 5.º 08005 Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

Castillo, 540 - 1414 Buenos Aires (Argentina)

Tel. y Fax 541 14 771 43 82

E-mail: obelisco@edicionesobelisco.com

ISBN: 84-7720- 978-2

Depósito legal: B-720-2003

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, l. 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

A los hermanos de Heliópolis

PRÓLOGO

Ubu regina, ibi ianua

Y despertó Yahacov de su sueño y dixo, cierto hay Adonai en el lugar el este y yo no supe, y temió y dixo; quanto temeroso el lugar el este! No este que salvo casa de Dios: y esta puerta de los cielos.

(GÉNESIS XXVIII-16-17)¹

No es frecuente para un editor recibir manuscritos como el del libro que el lector tiene entre sus manos. En estos tiempos en que en el campo del esoterismo la superficialidad y la vulgarización (y por lo tanto la vulgaridad) priman sobre la verdadera transmisión de enseñanzas auténticas resulta, cuanto menos, sorprendente encontrarse con una Letanía hermética de esta calidad, escrita además en pleno siglo XX.

La erudición del texto, la humildad del autor, su respeto por los Maestros que le han precedido y su amor por

1. *Biblia de Ferrara*, en Amsterdam, 5522.

la Ciencia le hacen sin duda merecedor de un lugar en la cadena de oro que desde el inicio de los tiempos une a todos aquellos que han sabido honrar a esa noble Dama de los mil nombres, uno de los cuales es Alquimia.

Escudriñemos, antes que nada, el título que ha elegido para este libro: *Letanía Hermética de María*. ¿Qué tendrá que ver la Reina de los Ángeles con el hermetismo? “María, —escribía Paul Émile Grillot de Givry—, es el misterio de la vida”². Conocedor sin duda de esta cita, Jacques d’Arès solía responder a la pregunta de qué es la alquimia diciendo “para mí la alquimia es la ciencia de la vida”.³

Y la vida, al menos para los filósofos herméticos, no es algo abstracto o impreciso⁴. Al contrario, la vida es aquello de lo que nos hablan las sagradas Escrituras⁵ no de un modo abstracto, sino absolutamente encarnado, diciéndonos sin rodeos que sus palabras son “vida” y “sanidad” para la carne.

2. P.E. Grillot de Givry, *Loures, ville initiatique*, Chacornac, París 1959.

3. Véase Fulcanelli, *Finis Gloriam Mundi*, pág.12, traducción de Luis Miguel Martínez Otero, Ed. Obelisco, Barcelona 2002.

4. “No predicamos el viento ni el humo ni la ceniza, predicamos la vida salva en alma, en cuerpo y en espíritu resucitados” y “El que busca el secreto de Dios hallará la vida”. Véase Louis Cattiaux, *Le message retrouvé*, Ed. Denoël, París 1956. (Hay trad. Española, Ed. Sirio, Málaga 1987).

5. Véase Proverbios IV-20 a 22. Observemos que, más fiel al sentido hermético, la Biblia de Ferrara no traduce por *Marfeh* por “sanidad”, sino por “medezina”.

En un viejo libro que siempre me ha sorprendido⁶, el anónimo autor dedica varias páginas memorables a María. Para él la religión cristiana es una continuación de la judía y María “viene a sustituir a Abraham”. Dicho de otro modo, ambas religiones nos hablan de un mismo misterio.⁷ Es cierto que la “relación” entre el Antiguo Testamento y el Nuevo ya ha sido señalada por los Padres de la Iglesia, y que la misma Iglesia no duda en atribuirle a María epítetos con resonancias veterotestamentarias como Puerta del Cielo, Puerta cerrada de Ezequiel o Puerta de Oriente. En el célebre sueño de Jacob que encabeza estas líneas se ha visto en “Casa de Dios” y en “Puerta del Cielo” una prefiguración de María, o de lo que ésta simboliza. Como ya señalaba Eugène Canseliet⁸ María era representada como una puerta cerrada en la iconografía medieval. “Admirablemente escondida y disfrazada por la Naturaleza, constituye realmente una puerta cerrada sobre su santuario, puerta que el ignorante, el impostor, el

6. *La Vérité*, vol. 2, sin editor, Londres, 1775.

7. *La Vérite*, op. cit., pág.96: “Nos Saints Pères étoient Savants, ils étoient véridiques: Or dans tous les temps l'on n'a pu exposer aux Hommes que les mêmes Vérités, le même Dieu, la même Nature.”

8. Eugène Canseliet en Basile Valentin *Les douze clefs de la Philosophie*, pág. 146 Ed. de Minuit, París 1956.

ávido y el presuntuoso nunca podrán abrir”⁹ La relación de Abraham con la puerta es menos evidente, al menos a primera vista, pero todos los cabalistas saben que el patriarca gustaba de sentarse “a la puerta de la tienda” y fue así como, al igual que María, recibió la visita angélica. Para el discreto hermetista autor de *La Vérité*, Abraham significaría “padre de la misericordia”. San Jerónimo, en su delicioso *Libro de los Nombres Hebreos*¹⁰ define a Abraham como “padre elevado”, lo cual coincidiría con María como Madre de la Misericordia y Reina del Cielo.

En María, que relaciona con *Mare*, “mares”¹¹, nuestro autor ve “los Mares de los Filósofos que son los Cielos o los Aires, cuya substancia forma los cuerpos invi-

-
9. “...à l’homme de male volonté et traître, jamais n’y entrera Sapience”, decía Bernardo, el buen conde trevisano.
 10. Véase San Jerónimo, *El libro de los Nombres Hebreos*, Ed. Obelisco, Barcelona 2002.
 11. El aspecto “acuático” de María lo encontramos también en *Le Mystère de la Croix* de Douzetemps, pág. 7, Londres 1860, cuando escribe: “l’élément saint, pur et virginal de l’eau spirituelle, vivante et vivifiante sans laquelle nous ne pourrions jamais avoir accès au triangle de feu, qui habite une lumière inaccessible, qu’aucun homme n’a jamais vu, et ne verra jamais si non dans et par l’élément de l’eau sainte...”.

sibles por medio de este Espíritu creado para regir eternamente la Vida y la Reproducción de las Criaturas terrestres.” Y más adelante insiste en algo que sólo los más caritativos de los Filósofos Herméticos han destacado abiertamente: la importancia de dirigirse a esta “Madre de las Misericordias” invocándola como mediadora para obtener “las gracias de la Vida y la Salud que, desde el principio, Dios estableció que ningún mortal podría gozar más que por su Mediación”.

“Si María es la llave oculta del gran principio vital, se pregunta Grillot de Givry, ¿qué más lógico y consolador que dirigirse a Ella para obtener la regeneración y la vida?¹²

El gran Dante escribía: “Virgen Madre, Hija de tu Hijo, la más humilde y alta de las criaturas, (...) Dama, eres tan grande y tanto vales que quien desea una gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas.¹³

Sin duda la invocación de María, y de ahí la importancia de estas Letanías para el aprendiz del Arte, sea el primer paso para penetrar en los arcanos de esta ciencia, porque “allí donde está la Reina, allí está la Puerta”.

JULI PERADEJORDI

12. Paul Émile Grillot de Givry, *op. cit.* pág. 141.

13. Dante, Paraíso XXXIII, 1 a 21.

Introducción

Resulta fascinante constatar a diario una rotunda certeza: está a nuestro alcance un inmenso caudal de datos, un enorme potencial de averiguación de informaciones que son utilísimas para entrar en zonas ocultas del saber y reconstruir enseñanzas fundamentales de las doctrinas herméticas, esas que hablan de cuestiones básicas tradicionalmente perseguidas por la filosofía. Cuál es nuestra esencia, cuáles son nuestro origen y nuestro destino o qué caminos son los posibles para transitar por las delicadas y laboriosas vías del conocimiento son algunas de las preguntas del hombre de todas las épocas; pues bien, en este trabajo intentaremos aproximarnos a ellas y poner de manifiesto la sorprendente y evidente cercanía del extenso ámbito en el que esas interrogaciones adquieren la posibilidad de ser verdaderamente respondidas.

Entre la gran cantidad de fuentes próximas a las que podemos acercarnos a beber, destacaremos una de las más importantes, tanto por la cantidad como por la calidad de los tesoros que encierra. Nos referimos a las abundantes tradiciones herméticas puestas en manos de la Iglesia Católica por motivos muy diversos. Y aunque algunas de ellas hayan sido anatemizadas y desechadas, otras han sido tomadas, reelaboradas con diversa fortuna e incorporadas a su cuerpo de doctrina o a sus rituales. Pero a pesar de que, en ciertas ocasiones, esta reconversión haya producido la desaparición de elementos y construcciones muy importantes, la mayoría de ellas han podido ser conservadas, protegidas por la propia voluntad de quienes han sabido valorarlas o, en otros casos, puestas a salvo gracias a la seguridad objetiva que proporciona la ignorancia de lo que se posee.

Un ejemplo de esos inestimables tesoros herméticos, y del que trataremos extensamente en este trabajo, es la *Letanía de la Virgen* o *Letanía lauretana*. Dedicada a María, Madre de Jesús, se verbaliza como una salmodia después del rezo del *Rosario*. Está compuesta por cincuenta frases cortas rigurosamente ordenadas y son las que siguen:

1. *Sancta Maria* - Santa María
2. *Sancta Dei genitrix* - Santa engendradora de Dios
3. *Sancta Virgo virginum* - Santa Virgen de las vírgenes

4. *Mater Christi* - Madre de Cristo
5. *Mater Divinae Gratiae* - Madre de la Gracia Divina
6. *Mater purissima* - Madre purísima
7. *Mater castissima* - Madre castísima
8. *Mater inviolata* - Madre no violada
9. *Mater intemerata* - Madre no deshonrada
10. *Mater immaculata* - Madre sin mácula
11. *Mater amabilis* - Madre amable
12. *Mater admirabilis* - Madre admirable
13. *Mater boni consilii* - Madre de los buenos consejos
14. *Mater Creatoris* - Madre del Creador
15. *Mater Salvatoris* - Madre del Salvador
16. *Virgo prudentissima* - Virgen prudentísima
17. *Virgo veneranda* - Virgen venerable
18. *Virgo praedicanda* - Virgen elogiabile
19. *Virgo potens* - Virgen poderosa
20. *Virgo clemens* - Virgen clemente
21. *Virgo fidelis* - Virgen fiel
22. *Speculum justitiae* - Espejo de la justicia
23. *Sedes sapientiae* - Sede de la sabiduría
24. *Causa nostra laetitia* - Causa de nuestra alegría
25. *Vas spirituale* - Vaso espiritual
26. *Vas honorabile* - Vaso honorable
27. *Vas insigne devotionis* - Vaso señalado para la devoción
28. *Rosa mystica* - Rosa mística
29. *Turris davidica* - Torre de David
30. *Turris eburnea* - Torre de marfil
31. *Domus aurea* - Casa dorada
32. *Foederis arca* - Arca de la alianza

33. *Janua Coeli* - Puerta del Cielo
34. *Stella matutina* - Estrella de la mañana
35. *Salus infirmorum* - Salud de los enfermos
36. *Refugium peccatorum* - Refugio de los pecadores
37. *Consolatrix afflictorum* - Consuelo de los afligidos
38. *Auxilium christianorum* - Auxilio de los cristianos
39. *Regina angelorum* - Reina de los ángeles
40. *Regina patriarcharum* - Reina de los patriarcas
41. *Regina prophetarum* - Reina de los profetas
42. *Regina apostolorum* - Reina de los apóstoles
43. *Regina martyrum* - Reina de los mártires
44. *Regina confessorum* - Reina de los confesores
45. *Regina virginum* - Reina de las vírgenes
46. *Regina sanctorum omnium* - Reina de todos los santos
47. *Regina sine labe originale concepta*-Reina concebida sin mancha original
48. *Regina in coelum assumpta* - Reina asunta al cielo
49. *Regina sacratissimi osarii* - Reina del sacratísimo rosario
50. *Regina pacis* - Reina de la paz

De ellas haremos una selección y analizaremos solamente catorce. La primera, *Santa María*, porque es la inevitable e inexcusable puerta de entrada al edificio por el que transitaremos, y también porque es la única que, al nombrarlo, establece una ligazón cierta e inequívoca con el personaje destinatario de todas las frases, el que justifica y motiva el nacimiento de este riquísimo culto ritual. Las otras objeto de análisis serán las del grupo que forman de la 22 a la 34, de *Espejo de la Justicia* a *Estrella*

de la Mañana, y que son las que contienen a nuestro parecer los conceptos más extraños y sugerentes de todo el conjunto de frases. La selección nos parece suficiente, y creemos que bastará para poner de manifiesto cuánto pueden esconder las palabras sabiamente elegidas y la enorme riqueza de los símbolos herméticos, prácticamente inalterables a pesar de ser utilizados por distintas y distantes civilizaciones.

La navegación a realizar durante el presente trabajo bien podríamos calificarla como de *cabotaje*, pues se llevará a cabo entre lugares inateriales que pertenecen al mismo territorio simbólico. La abordaremos inducidos por la extraordinaria riqueza de las palabras, y su resultado se concretará en explicaciones de las palabras. Por ello, el vehículo más apropiado para realizarla será también, en consecuencia, la palabra. Pero acudiremos a los sonidos, a la fonética, a lo subyacente en lo más profundo de las formas ortográficas, porque esos fonemas, que *son* antes de ser escritos, resuenan en el interior de nuestras memorias como voces lejanamente conocidas, como parte, quizás, del único idioma que un día tuvo el hombre¹. A partir de esos sonidos se fueron conformando las fonéticas singulares de las palabras que compusie-

1. Por referirnos exclusivamente a los tres lingüistas que citaremos a lo largo de nuestro estudio, Isidoro de Sevilla, Julio Cejador y Émile Benveniste, digamos que los tres, cada uno desde una época y un ámbito distintos, hacen patente su convicción sobre la existencia de ese idioma único que tuvo

ron las primeras lenguas derivadas y, de forma más elaborada, de las sucesivas.

Sin embargo, el nacimiento, el desarrollo y la compleja evolución de las nuevas lenguas con sus vastas diferenciaciones dialectales, no evitó la permanencia y la activa presencia en cada una de ellas de elementos fonéticos que, expresando conceptos generales, conectan las palabras que poseen esos elementos por medio del evidente nexo entre una idea abstracta y sus diversas manifestaciones concretas, a pesar de que dichas palabras puedan pertenecer a distintas familias lingüísticas. Tanto las que son diferentes dentro del mismo idioma como las de idiomas distintos, aunque manifiesten nociones particulares muy diversas, están sin embargo relacionadas entre sí gracias a esos ingredientes fonéticos comunes que entran a formar parte de sus respectivas prosodias, y que son los que expresan la idea general que

la humanidad en tiempos remotos. «Antes de que la soberbia que supuso aquella torre [de Babel] dividiera a la sociedad humana en múltiples lenguajes diferentes, una sola era la lengua de todos los pueblos...» (Isidoro, *Etimologías* IX,1). «Hasta aquí llega la ciencia etimológica de los lingüistas, hasta formular unas raíces que, según Delbrück, fueron otro tiempo palabras vivas de un idioma prehistórico, del cual nacieron los idiomas conocidos indoeuropeos» (Cejador, prólogo del *Diccionario etimológico-analítico latino-castellano*). «El indoeuropeo se define como una familia de lenguas salidas de una lengua común y que se han diferenciado por separación gradual» (Benveniste, prólogo de *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*).

es común a las distintas lenguas particulares². No queremos decir, sin embargo, que todas las palabras que participen de un determinado sonido hayan de estar forzosamente conectadas. Es posible que la evolución de tales sonidos haya sido diferente en las distintas lenguas y que la expresión de un concepto genérico se manifieste, o no, en palabras sinónimas de un mismo idioma; por eso la fonética, tomada como guía de la búsqueda etimológica, permite reconocer concordancias y establecer relaciones de correspondencia entre palabras aparentemente lejanas de un mismo idioma o entre palabras de idiomas distintos pero con algún elemento común; también por eso nos permitiremos licencias que pudieran parecer desprovistas de fundamento y que, si bien no sean ortodoxas desde un punto de vista académico, veremos que sí pueden llegar a ser interesantes, explicativas y fructíferas. La cábala fonética, utilizada por los maestros de todas las épocas para velar las enseñanzas que transmiten en sus tratados herméticos, progresa en

-
2. Como ejemplo, podemos ver unas cuantas palabras castellanas que, a pesar de que se refieren a conceptos particulares distintos, están ciertamente conectadas por los sonidos *ak*, *ank* o sus cercanos fonéticos *az*, *ag* o *ang*, que expresan la idea genérica de algo que es *penetrante*. El *acero* es cortante; la *aguja*, punzante; el *agua* empapa la tierra; el *ángulo* es picudo; el *cacto* tiene espinas; el *zanco* es largo y fino; la *zanja* es una herida en el pavimento. Otras muchas palabras castellanas que contienen los sonidos citados son, sin embargo, completamente ajenas a esta relación.

la dirección que apuntamos y podemos asegurar que, gracias a ella, aparecen diáfanos y coherentes los mensajes de quienes están tan separados de nosotros por el tiempo, la geografía y los diferentes modos culturales. Como justificación resumida y preferida de esas posibles licencias, citaremos las palabras que San Gregorio escribe en el siglo IV en la carta que sirve de prólogo a sus *Morales*: «Yo no me preocupo más que de las cosas útiles, sin ocuparme del estilo, ni del régimen de las preposiciones, ni de las desinencias, porque no es digno de un cristiano sujetar las palabras de la Escritura a las reglas de la gramática».

Las frases de la Letanía expresan alabanzas, elogios, y nombran atributos propios de la Virgen. Mejor dicho, y éste es el eje de nuestro escrito, de las dos Vírgenes: la que está en la superficie, de la que conocemos su historia y su personalidad humana, y los relativos a la *otra Virgen*, la subterránea, la que está en la sombra y es expresión simbólica de uno de los elementos capitales de la filosofía hermética. Por ello, y paralelamente a las posiciones relativas de las dos Vírgenes, esa larga lista de deprecaciones tiene también dos niveles de lectura, según nos coloquemos en la superficie o penetremos en la oscura profundidad del lenguaje oculto.

La palabra *letanía*, tantas veces pronunciada y asociada al sencillo rezo devocionario, es la clave para entender lo que en las siguientes páginas intentaremos desarrollar. Proviene del latín *litania*, transcripción fonética del sustantivo griego *λιτανεια*, que deriva del

verbo ληταινω, *suplicar, rogar*. Pero si se ahonda en su origen, una curiosa posibilidad fonética ofrece más información. Para encontrarla, construyamos la voz *litaneia* a partir de λιθος, *piedra*, y ανα³, que es una exclamación que significa ¡*Soberano!* o ¡*Señor!* A la vez, tengamos en cuenta que el término αννης, en latín *anna*, ofrece las significaciones de *madre nutricia* y también *madre de la madre*⁴. De esta manera veremos que la letanía, sin perder su significado de rogativa a un personaje o principio sagrado, puede entenderse que sea un canto de las virtudes de la Piedra Soberana, una abuela de prodigiosa antigüedad que, además, es una misteriosa madre nodriza.

-
3. La voz αναξ, que significa *soberano, rey, príncipe*, tiene un vocativo, ανα, que es usado en griego solamente cuando se asocia a los nombres de los dioses; por ejemplo, Ζευ ανα, quiere decir ¡*Zeus, Señor!*
 4. Dos conocidos ejemplos bastan para justificar las significaciones aludidas. La diosa romana *Anna Perenna* es una representación de la primera de ellas. Se trata de un personaje mitológico antiquísimo que se personificaba con el aspecto de anciana y cuyo lugar de veneración era un bosque sagrado situado al norte de Roma. Cuando la secesión de la plebe y su ocupación del Monte Sagrado, y dado que las provisiones eran insuficientes, la mitología cuenta que Anna Perenna elaboraba tortas que iba a vender todos los días al pueblo, librándolo así del hambre y convirtiéndose en una simbólica *madre nutricia*. Respecto de la significación de *abuela*, uno de los ejemplos más oportunos sería el de *Santa Ana*, madre de la Virgen María y abuela de Jesús. Vemos así que estos dos personajes de culturas tan distintas comparten, además, el concepto de *ancianidad*, tan básico en el símbolo del que son expresión.

No es casual el hecho de haber encontrado la palabra *pedra* formando parte del concepto global que expresa la palabra *letanía*, puesto que esta Piedra, la personificación de la sustancia primitiva que empleó para realizar sus designios el Principio creador de todo lo que existe, es la Virgen María, la madre de todas las cosas. Tal es el sentido de la epístola que se lee en la Misa de la Inmaculada Concepción, que recoge lo escrito en el Libro de los Proverbios de Salomón (VII, 22-30), y que abunda en los conceptos ya expresados de antigüedad y de colaboración con el Principio creador: «El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes de que crease cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado⁵, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existían los abismos o mares y yo estaba ya concebida; aún no habían brotado las fuentes de las aguas, no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aún había collados, cuando yo había ya nacido. Aún no había creado la tierra, ni los ríos, ni los ejes del mundo. Cuando extendía Él los cielos, estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito; cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas; cuando circunscribía el mar en sus términos e imponía ley a las olas para que no traspasasen

5. En griego se diría ανακτορια, de αναξ, ya mencionado, y también *principado* en el sentido de *principio*.

sus límites; cuando asentaba los cimientos de la tierra, con Él estaba yo disponiendo todas las cosas».

La Virgen de la superficie, lo dijimos, es reflejo de la oculta que se halla escondida bajo la tierra. Y ese escondimiento es incluso físico, pues la imagen de la segunda Virgen, distinta de la primera y que contiene los datos que la identifican con la Virgen hermética, se guarda en las *criptas* (de κρυπτος, oculto) de algunas iglesias y cate-drales. Son las *Virgenes Negras* ⁶, y corresponden históri-camente a representaciones de *Isis* ⁷, reconvertidas más

-
6. Entre las vírgenes negras, una de las que gozan de mayor celebridad es la de la cripta de la Catedral de Chartres y cuyo expresivo nombre es el de Notre Dame-sous-Terre.
 7. *Isis* (en griego Ἰσις) es la madre de todas las cosas, quien las lleva a todas en su seno, y es la única dispensadora de la *Reve-lación* y de la *Iniciación*. A pesar de ser una diosa egipcia, su culto, y con él sus mitos, fueron ampliamente difundidos en la civilización grecorromana. Era representada a menudo en forma de vaca, entre cuyas astas sostenía el símbolo de la luna, de la misma manera que la Inmaculada Concepción se representa sobre un creciente lunar o grandes cuernos de vaca. En la iconografía clásica aparece como una doncella con cuernos, que porta el símbolo de la luna en la mano izquierda y un jarro en la derecha. La fonética de su nombre reclama la presencia de palabras y conceptos tales como ις, *veta, vena, fuerza, vigor*, que alude al origen y a la potencia del principio generador que representa; ἰζω, *permanecer inmóvil*, que designa su inalterabilidad; εὖς y ἠς, *bueno, hermoso, valiente, generoso*, que se refiere a las cualidades de la materia que es tan fundamental para la ciencia de la alqui-

tarde en *Virgenes María Negras* debido a la expansión del cristianismo entre los países europeos. Tampoco es casual que sea el color negro el propio de estas Vírgenes⁸, dice el maestro Fulcanelli⁹, puesto que «representan en el

mia y que son perfectamente aplicables a la Virgen María; εἷς, *uno*, relativo a su cualidad de única materia del Arte; υοις, *lluvia, el hecho de llover*, que alude a la propiedad de generosa fecundidad derramada sobre la tierra. En lengua egipcia, su nombre quiere decir *tierra*, la *tierra negra* que da nombre, también en egipcio, a la alquimia.

8. El versículo 4 del capítulo 1 del Cantar de los Cantares, de Salomón, dice «*Negra* soy, hijas de Jerusalén, pero soy hermosa; soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón». Las tiendas de los cedarenos, que eran de cuero y de lienzo, aparecían por fuera ennegrecidas y a veces guardaban dentro grandes tesoros. Tal como se dice en el Salmo XLIV, 14, «en el interior está la principal gloria de la hija del rey».
9. Dada la frecuencia con que citaremos a Fulcanelli durante el desarrollo del presente trabajo, y la importancia relativa de localizar las citas textuales, nos parece suficiente la opción de mencionar las ediciones de sus dos únicos y muy recomendables libros. En castellano, *El misterio de las catedrales*, publicado por Plaza y Janés en la colección «Rotativa» a partir de 1967 en sucesivas ediciones, y con una buena traducción de J. Ferrer Aleu; la Editorial Marín lo ha difundido, además, en su «Selección de realismo fantástico». El segundo de los libros, *Las moradas filosóficas*, fue publicado también por Plaza y Janés en la colección «El arca de papel» a partir de 1969 en ediciones sucesivas, con la fiel traducción de Vicente Villacampa, y en la colección

simbolismo hermético la *tierra primitiva*, la que el artista debe elegir como sujeto de su gran obra. Es la materia prima en estado mineral, tal como sale de las capas metalíferas, profundamente enterrada bajo la masa rocosa. Es, nos dicen los textos, «una sustancia negra, pesada, quebradiza, friable, que tiene el aspecto de una piedra y se puede desmenuzar a la manera de una piedra». Parece, pues, natural que el jeroglífico humanizado de este mineral posea su color específico y se le destine, como morada, los lugares subterráneos de los templos».

Cabe decir, además, para persistir en la idea básica de esta introducción, que la letanía mariana es llamada también *lauretana*, una denominación que, aunque derive del topónimo *Loreto*, su etimología, como la de Loreto, procede del latín *laurus*, laurel, que se llama así dada la tradición de agasajar y alabar (en latín, alabanza se dice

«Otros mundos» igualmente, a partir de 1969. En francés, *Le Mystère des Cathédrales* fue publicado por primera vez en París durante el otoño de 1926 por Jean Schemit. Este mismo editor publicó a mediados de 1929 *Les Demeures Philosophales*. Ambos libros han sido luego objeto de reediciones a cargo de Omnium Littéraire en 1957 y 1960, respectivamente, y de otras posteriores llevadas a cabo por la Société Nouvelle des Éditions Pauvert. Al proceder de esta manera, pretendemos evitar interrupciones que no sean estrictamente necesarias y colaborar así en la fluidez de la lectura del texto. A la vez, deseáramos estimular al lector para la lectura completa de estos dos importantísimos libros de sabiduría hermética, donde hallará, puntualmente, cada una de las citas que de ellos hacemos.

laus) con una corona de hojas de laurel. Pues bien, laurel es el origen de la palabra castellana *loro*, que tiene el significado de *de color amulatado o de un moreno que tira a negro*.

La conocida Letanía de la Virgen es, como se verá, una profunda y rica fuente de conocimientos alquímicos y cabalísticos que permite a quien la estudia reconocer información hermética y conocer otra nueva y útil, escondida en las frases, resonancias y conceptos que atesora, formando parte de una elaborada e intencionada construcción.

Sancta Maria

(n°1)

Como pórtico del estudio, una frase breve pero cargada de significación. Define perfectamente al personaje oculto, la primera materia del Arte, la que extrae el *minero*¹⁰ para su tratamiento físico, la que

-
10. La *mina* es el lugar donde se encuentra esa materia original, *profundamente enterrada bajo la masa rocosa*, como leíamos en Fulcanelli. Pues bien, tanto la palabra castellana *mina* como el término *mena*, del mismo origen, derivan de la raíz griega Μεν-, así como el verbo μένω, *permanecer*, porque el mineral oculto en el suelo tiene como característica forzosa su permanencia e inmovilidad. Un ejemplo ilustrativo sería el nombre de la diosa *Minerva*, por otra parte muy cercana a la Virgen María, ya que ambas comparten características fundamentales (mientras que María es la madre virgen del *Hijo del Hombre*, Minerva, que también permaneció virgen, tuvo a su vez un hijo, *Erictonio*,

recupera el *curioso*¹¹ para su tratamiento cabalístico. En latín, la palabra *sanctus* quiere decir *estatuído como inviolable*, lo que la hace en especial adecuada para referirse a una *virgen perpetua* que mantiene su cualidad virginal antes, durante y después del parto. Es el participio del verbo cuyo infinitivo es *sancire*, con el significado de *consagrar* o *santificar*. *Sanctus* está fonética y semánticamente conectado con la voz griega

llamado el *Hijo de la Tierra*). Así, sin perder de vista la proximidad entre la diosa y la Virgen hermética, podemos proponer que el significado de Minerva conjuga los de Μεν, ya señalado, y el de ερω, *ocultar*, convirtiéndose de esta manera en el de la *mina oculta*. Respecto al equivalente de Minerva en la mitología griega, la diosa *Atenea*, dos incuestionables sabios hablan de la etimología de su nombre: Platón explica que el origen del nombre Αθηνη es Ηθονη, naturaleza inteligente, mientras que Isidoro de Sevilla es rotundo en su conclusión: «Αθηνη, es decir, mujer». Ambas escuetas definiciones son de total aplicación a la Virgen María-Virgen hermética, puesto que es a la vez una simple mujer y la Sede de la Sabiduría, como veremos. Por último, y a propósito de la raíz Μεν-, tenemos que recordar que *Men* es el nombre de una divinidad que aunque de origen mesopotámico recibió culto en Ática (la tierra de Atenea) y Frigia, y cuyo atributo era una *media luna*, como sucede con la imagen de la *Inmaculada*.

11. La palabra *curioso* deriva del griego κυριος, *dios*, porque la curiosidad, el gusto de conocer, es propio de los dioses. De la misma manera, en algunos países americanos sirve para nombrar al *curandero*, porque sanar es también una actividad propia de los dioses.

σάνδυξ¹², un adjetivo que se traduce por *de color rojo encarnado* (de la raíz Σαν- *rojo* y también *sangre*). Y es así porque el color rojo es el que simbólicamente corresponde a la mayor dignidad, a la mayor santidad. Para la Iglesia Católica la conexión entre los dos conceptos es clara, pues asocia el martirio teñido de sangre roja con la máxima expresión de santidad¹³.

En griego existe una palabra de idéntico significado que la latina *sanctus*. Es ζαθεος, que califica de *muy divino, sagrado y venerable*, y cuya cercanía fonética con *sanctus* se percibe al pronunciarla. Para hacer una directa y rápida aproximación a su etimología, probaremos a

-
12. Σανδυξ es la madre de la palabra castellana *sandía*, que se llama así debido al color rojo de su pulpa, aunque la Real Academia Española de la Lengua la haga derivar de la región pakistaní del Sind.
 13. El rojo es el color del fuego y de la sangre, y es expresión no sólo de la pasión y el sentimiento, sino también del *principio vivificador*, siendo el atributo de la Diosa Madre de la India. En alquimia es el color del azufre terminado, muy cerca ya del final de la obra. Es el color de los *mártires*, de las víctimas (μαρτυρ). Isidoro de Sevilla (Liber X 2,41 y Liber XV 4,2) dice que *sanctus* proviene de *sanguis* y *hostia*, debido a la costumbre antigua según la cual los que deseaban purificarse se tocaban con la sangre de la víctima. En simbología, el color *púrpura* (rojo subido) expresa la dignidad máxima. Su origen viene de la palabra griega πυρ, fuego, cuyo genitivo es πυρος. De esta manera, el color *púrpura* sería el fuego del fuego o *lo puro de lo puro* (porque purificar equivale a pasar por el fuego), es decir, lo puro en su más alto grado.

construirla a partir de Ζαν y θεος. Ζαν es una forma poética del nombre de Ζευς, y θεος quiere decir *divinidad*. Se puede ver así un hecho curioso: que el dios Zeus sea la máxima expresión de santidad, como acabamos de poner de manifiesto y sabemos por la mitología, y que esta misma categoría se adjudique por la Iglesia a María, de quien se dice en la Letanía (núm. 46) que es la reina de todos los Santos. ¿Por qué?

En efecto, se da un llamativo parentesco simbólico entre la figura mitológica de *Zeus*, hijo de *Crono* y *Rea*, y la de la *Virgen María*, que nos parece interesante repasar. El nombre de Crono, en griego Κρονος, es homófono de Χρονος, el Tiempo personificado. Pues bien, sabemos que Crono tenía la poco delicada costumbre de devorar a sus hijos a medida que nacían, para evitar el cumplimiento de un oráculo que amenazaba su reinado. Una vez que los hubo engullido, debería tocarle el turno a Zeus, el último de los hermanos que estaba próximo a nacer, por lo que su madre Rea fue a dar a luz secretamente a *Creta* y, valiéndose de una estratagema, consiguió salvar la vida del recién nacido evitando que fuera devorado por su padre. Así las cosas, el paralelismo que planteamos es el siguiente: Zeus es salvado de ser destruido por el Tiempo, es decir, está a salvo de la labor destructora del tiempo, de la misma manera que la *Virgen hermética* es la personificación del principio mercurial que aguarda pacientemente en el fondo de la mina, incólume e indestructible frente a la voraz acción del tiempo que todo lo consume, pleno de vigor y

potencia, a la espera de la mano del artista que sepa tratarlo. Otro punto de conexión es el lugar donde reside esa potencia: mientras que, como hemos visto, la Virgen permanece en el fondo de la mina, oculta en las criptas de los templos, Zeus pasa su infancia en un *antro* (de *αντρον*, *gruta*, *cueva*, *mina*) escondido en lo profundo lejos de la férula del Tiempo destructor. En este punto, hemos de decir que la característica que hace tan longeva la posibilidad de actividad de la primera materia del Arte es el *agua*. Una de las particularidades físicas más esenciales del mercurio es su cualidad acuosa, la que permite su tratamiento¹⁴. Y como ocurre con el mercurio, Zeus conserva la posibilidad de su desarrollo posterior gracias a Rea, en griego Ρεια o Ρεα, nombre derivado del verbo ρεω, *fluir un líquido* (de ahí la palabra castellana *río*). Recordemos además a este respecto, que Zeus fue a nacer y a desarrollarse en *Creta*, Κρητα, porque κρητηρ y κρατηρ es el nombre que se da a todo *continente de líquidos* y tam-

14. Conocido es que los alimentos sólidos necesitan, para poder liberar su potencia aprovechable, ser disueltos en un medio líquido. Al igual que la tierra que alimenta los árboles se riega para que los nutrientes puedan ser absorbidos por las raíces, la comida de los animales ha de ser macerada en saliva antes de completar su proceso de licuefacción por los jugos del estómago. Los maestros no se han limitado a describir esta ley natural, sino que se han acercado a su explicación metafísica cuando han dicho: «Los cuerpos no tienen acción sobre los cuerpos; sólo los espíritus son activos y penetrantes».

bién porque κρατος quiere decir *fuerza, vigor, poder, soberanía*.

Por otra parte y para completar el cuadro, sabemos que Zeus no sólo preside las manifestaciones celestes, provoca la lluvia (Ζεϋς, de ζη, presente imperativo del verbo ζωω, *dar vida*, y υσις, *lluvia*, con lo que de nuevo se alude a la fértil cualidad acuosa del personaje) y lanza el rayo, sino que, sobre todo, mantiene el orden en el mundo (recuérdese el texto del Libro de los Proverbios citado con anterioridad que aludía al papel ordenador de la Virgen, el principio *mercurial*, con el Creador, el principio *azufral*). Un texto que podríamos considerar paralelo e igualmente expresivo es un himno órfico dedicado a Zeus, citado por José Luis Morales en su *Diccionario de Iconología y Simbología* (Taurus, Madrid 1984): «Zeus fue el primero y el último; Zeus es cabeza y centro, de él provienen todas las cosas; Zeus fue hombre y virgen inmortal; Zeus es el fundamento de la tierra y de los cielos, el hálito que anima a todos los seres, la ciencia del fuego, el cimientito del mar. Zeus es el sol y la luna, es el rey, y sólo él es creador de todo. Zeus es la fuerza. Zeus es dios, Zeus es desde todo el principio. Su ser abraza a todos los seres: el fuego, el agua, la tierra y el éter, la noche y el día. Titea (nombrada más tarde Gea, La Tierra), la primera creadora, y Eros encantador, se hallan contenidos en él». Pero quizás lo más definitivo para la identificación simbólica de Zeus con la Virgen hermética sea el epíteto con el que en Roma se nombra-

ba al asimilado de Zeus, Júpiter: el rey mago Numa introdujo el culto a Júpiter *Elicius*. No debemos decir más a este respecto, aunque habremos de significar que a Júpiter ofrendaban los vencedores sus coronas de laurel, ya aludidas cuando hablábamos de las Letanías *Lauretanas*, y le consagraban las víctimas rituales, que eran toros blancos. Dejamos al interés del lector la decisión de seguir la pista que discretamente hemos marcado.

Para establecer ahora una inequívoca conexión entre la Virgen María y la Virgen hermética bastaría con profundizar en el análisis del nombre María y reconocer las relaciones ciertas que existen entre este nombre y los conceptos que surgen de su análisis. Los datos que se obtienen durante este trabajo son los que, en forma más extendida, iremos desvelando a lo largo de los tratamientos de las frases concretas. Otros, sin embargo, y como sucederá en diferentes lugares de este estudio, los silenciaremos porque decididamente aluden a lo que no debe nombrarse, a los secretos de una ciencia que se remonta al origen del hombre y que proporciona a quien la estudia el conocimiento y la larga y fructífera vida, y que mantiene su maravillosa vigencia gracias a lo oscuro de su transmisión, la única vía de preservación. Tales informaciones no deben ser jamás difundidas sino descubiertas laboriosamente por los estudiosos porque, además de la importancia de la información final que, descubierta o no, siempre permanecerá, lo que realmente

hace sabios es el estudio, la búsqueda, la persecución de la sabiduría¹⁵.

La investigación más simple y rápida de la etimología del nombre *María* nos lleva a identificar dos conceptos básicos que están presentes, no sólo en el nombre, sino también en el tratamiento simbólico que se le da al personaje, ya sea desde los ritos del culto personalista como desde la filosofía hermética. Son el de *madre* y el de *agua*. Y lo más expeditivo es separar sencillamente las dos sílabas que lo componen, esperando ver qué nos sugieren los sonidos *ma* y *ría*.

En la mayoría de las lenguas indoeuropeas, las voces que expresan el concepto de madre empiezan por la sílaba *ma*. En latín *madre* se dice *mater*; en sánscrito, *matar*, como también en avéstico; en eslavo, *mati*; en antiguo

-
15. Valga un ejemplo simbólico en su apariencia pero real en su consecuencia: el *Camino de Santiago*. Al margen de otras consideraciones, fijémonos en lo más elemental, que es su trazado. El *Camino* tiene su principio en la ciudad oscense de *Jaca* y su final en *Santiago*. *Jaca* (Ιακχος, *Iaco*, nombre místico de Baco) es el topónimo del comienzo y *Santiago* (Sant-Ιακχος) es el topónimo del lugar de llegada. ¿Qué ha ocurrido? Se ha partido de un lugar, se ha vuelto al mismo y se ha hecho uno santo en el camino. Sí. Y en este caso, la constatación del principio sugerido la proporciona el protagonista de la caminata, es decir, el *peregrino*. Esta palabra se construye a partir de *περι*, *en torno a* y *εργον*, *trabajo*, *obra*, *empresa*, porque el peregrinaje consiste en dar vueltas dentro de la misma ocupación, subiendo, bajando, analizando, relacionando; en definitiva, aprendiendo, haciéndose sabio (y por ende, santo) en el camino.

irlandés, *mathir*; en osco, *maatreis*; en umbro, *matrer*; en letón, *mate*; en búlgaro, *mati*; etc. En griego se denomina $\mu\alpha\tau\epsilon\rho$ o $\mu\eta\tau\eta\rho$, y su forma eólica y dórica es simplemente $\mu\alpha$ (de donde nuestro *mamá* como llamada a la madre al reiterar su nombre). Sin embargo, además de las formas *mat-*, *mad-*, *math-* citadas, la lengua griega tiene otra importante variante para nombrar a la *madre*, cual es la de $\mu\alpha\iota\alpha$ (también el armenio con *mair*) y que alude a una deidad, Μαία , que mantiene de nuevo algunos puntos de contacto con la Virgen María. La diosa griega Μαία era la madre de Hermes, pero existía además, de manera independiente y simultánea, como explica Pierre Grimal en su *Diccionario de Mitología Griega y Romana* (Paidós, Barcelona 1982), otra diosa Maya en Roma desde tiempos muy remotos, a la que le estaba particularmente consagrado el mes de *mayo* (el *mes de María* del devocionario católico) y que, después de la introducción del helenismo, fue identificada con su homónima griega y pasó a ser la madre de Mercurio. Digamos por último, para persistir en la relación sugerida, que la planta de la *maya* vino a simbolizar en el arte cristiano de la Edad Media la vida eterna y la salvación, por lo que fue considerada un atributo mariano.

La segunda parte del nombre, *ría*, resuena en la dirección del segundo concepto básico al que nos referíamos: el *agua*. En griego, el verbo $\rho\epsilon\omega$ significa *fluir un líquido* y da origen al sustantivo $\rho\upsilon\alpha\varsigma$, que quiere decir expresamente *líquido*. Aquí se encuentran las etimologías de las palabras castellanas río, ría o rúa

que, al nombrar la calle, se refiere al río urbano por donde discurren las corrientes humanas. El *agua*, como elemento, es el mar hermético escondido en potencia dentro de la primera piedra mercurial por el que el buen filósofo, si sabe navegar sin perderse, podrá llegar a la Tierra Prometida, al Jardín de las Hespérides, al extremo más occidental, a la región en la que el sol termina su curso y desciende hasta el vaso del artista. Ese mar forma parte de *María* y, así, San Jerónimo lee el nombre de la Virgen como «iluminadora del mar» e Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, Editorial Católica, B.A.C., Madrid 1982), como «la que ilumina» y «estrella del mar» (Liber VII 10,1).

Comprobamos que los conceptos *madre* y *agua* van a menudo unidos. La idea ancestral del mar como fuente de la vida, tal como lo es la madre, sostiene la teoría. J.E. Cirlot (*Diccionario de símbolos*, Labor, Barcelona 1979) recuerda: «Volver al mar es como retornar a la madre, morir». En el mismo sentido, queremos transcribir la voz *María*, que pertenece a un antiguo vocabulario masónico español recopilado por Vicente Murillo Ramos (*Masonería*, Amurabi, Guadalajara 1978): «María, Maia y Maya son tres variantes del mismo concepto. *María* proviene de la raíz *ma* (nodriza), y para los griegos llegó a significar «madre», y dio su nombre al mes de mayo, consagrado a esta diosa por los paganos antes que a María. Así dice Plutarco que el mes de «mayo está consagrado a Maía o Vesta, nuestra madre tierra, nuestra nodriza y sustentadora personificada».

Maya se llamaba la madre de Gautama el Buddha; y María, la madre de Jesús, tiene igual significación; pues Maya en sánscrito significa ilusión, y María viene de *mare*, el mar, que, simbólicamente, es también la gran ilusión».

María, proclamada Madre de Dios en el concilio de Éfeso el año 413, es el emblema personificado del *mercurio* (de μητηρ, *madre*, y κυριος, *dios*¹⁶). Y si en la palabra griega Μαρια sustituimos Μα por Ματηρ, de idéntico significado como hemos visto, el resultado es Ματηρια, transcrito en castellano *Materia*. Pues bien, ésa es la Virgen: *la materia primitiva y virginal* que muchos buscan y muy pocos encuentran.

16. En la versión que los Setenta hacen de la Biblia, traducen el nombre *Jehová* por Κυριος, es decir, Dios.

Speculum justitiae

(n° 22)

El espejo, como objeto aislado, se identifica con el universal femenino dada su especial naturaleza receptora. Pero además de esa precisa simbología, de la que participa también la Virgen¹⁷, principio femenino madre de todas las cosas, la frase *Speculum justitiae* concreta aún más esa específica cualidad propia de las *Virgenes*, tanto de María como de la Virgen her-

17. El *espejo*, en la Edad Media y en el Renacimiento, aparece como símbolo de la *virginidad* de María, en la que Dios refleja su propia imagen. También la Virgen —asociada en el culto cristiano a la Sabiduría, como vimos en el texto corriente al reproducir la epístola de la Inmaculada— es la destinataria de las palabras de Salomón (Sabiduría VII 25,26): «... no tiene lugar en ella ninguna cosa manchada; como que es el resplandor de la luz eterna, y un *espejo* sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad».

mética, que está en la base y en la potencia de su verdadera esencia.

La cualidad propia e individualizada del espejo es la devolución modificada o rectificada de lo que recibe. El espejo, al ser plano, cóncavo, convexo o de otras muchas formas, tiene la facultad de alterar siempre la realidad. Así, retorna lo que llega hasta él con una modificación notable, podemos decir que acrecentada¹⁸, desde el momento en que en el lado virtual se pueden constatar,

18. Tal como la luna refleja los rayos del sol, las Vírgenes reflejan la impronta divina que se ha introducido en ellas, porque personifican la materia pasiva que ha recibido la chispa activa y generadora de la divinidad. María dará a luz al *Hijo de Dios* y la Virgen hermética al *pequeño niño-rey* que está escondido en su seno esperando ser parido. En ese momento, la *estrella*, signo asumido ancestralmente como constatación de la presencia divina, se hará visible sobre el lugar del nacimiento: en el caso de María, sobre el *pesebre* y, en el caso de la Virgen negra, sobre el *compuesto* producido en el vaso del alquimista. Ambas, como el espejo, devolverán más de lo que se ha introducido en ellas, porque son el *mercurio* (de μητηρ, *madre* y κυριος, *dios*) generativo, apto para desarrollarse, con el imprescindible concurso del filósofo, la gran obra de la Naturaleza. Esos dos principios (la chispa dadora y la sustancia receptora) juntos en la misma materia son los gemelos, llamados con diversos nombres según la tradición cabalística. Son los iguales, los contrarios, los que completan la totalidad de lo necesario (por lo que los grandes adeptos insinúan que la obra se hace sólo con el mercurio). Esos gemelos, en la tradición, son simbolizados también, cómo no, por el *eco*, el mismo fenómeno especular que consiste en devolver modificado lo que se recibe.

en ocasiones, fenómenos que no se producen en el lado real¹⁹. La palabra castellana que más se acerca a esta cualidad es *especular*, que no es solamente un adjetivo que califica lo perteneciente al espejo, sino un verbo que se refiere a la acción que permite obtener una ganancia, es decir, a conseguir más de lo que se tenía en principio.

Y porque así sucede, tanto el *espejo-María* de la Letanía como el *espejo-Virgen hermética* de los tratados clásicos, representan la sustancia terrenal preñada del espíritu divino que devolverá modificado y acrecentado lo que en ella se introdujo. Cumplidos los plazos y los procedimientos naturales, nacerá el *Cristo*²⁰ real, y también

-
19. Como ejemplo, proponer al lector una sencilla prueba en torno a los espejos planos. Basta para ello ir en automóvil, mirar por el espejo retrovisor y fijarse en las ruedas de los automóviles que vienen detrás de nosotros. Con la prudencia que requiere el tránsito vial, podremos advertir que se produce en ellas un fenómeno de congelación momentánea que percibiremos de modo intermitente, como si su movimiento fuera una sucesión rápida aunque espaciada de fotogramas. Sin embargo no apreciaremos el fenómeno al mirar esos automóviles directamente y no a través del espejo.
 20. El nombre real de *Cristo*, Χριστος, quiere decir *ungido*, y es sinónimo de la palabra hebrea *Mesías*. En general, se refiere a una persona consagrada o destinada a algún elevado puesto o destino. El nombre del Cristo simbólico se compone del sustantivo χρυσος, *oro*, y el adverbio de lugar δόρις, que quiere decir *donde*. Así, el Cristo hijo de la Virgen hermética es la sustancia en donde se encuentra el oro, un oro que permanecerá escondido hasta el martirio *por los tres clavos en la cruz*.

el simbólico, siempre que el parto sea bien atendido por el artista, porque el espejo necesita ser manipulado convenientemente por el filósofo para adquirir la capacidad de devolver, a partir de los benévolos rayos del sol, la terrible potencia incendiaria que consiguió el gran sabio de Siracusa que fue *Arquímedes* (Αρχιμηδης) o provocar, debido a la habilidad en la construcción de sus facetas, la elevación del mítico icosaedro del maestro *Cyrano de Bergerac* (*Voyage dans la lune*, Garnier-Flammarion, París 1970 y *Viaje a los estados e imperios de la luna y el sol*, Fontamara, Barcelona 1981), con el que pudo culminar su viaje a los imperios del Sol.

La asistencia del *filósofo*²¹ es fundamental. Y por ello queremos destacar un asunto que a menudo ha sido

-
21. Recordando la idea de la Virgen hermética como la de la Virgen que está en la sombra, es interesante decir que *filósofo* (en griego φιλοσοφος) —y cuya etimología oficial, también real, es la de *amigo de* (φιλος) *la sabiduría* (σοφια)— puede también escribirse sin menoscabo de la fonética en la forma φυρωζοφος. Esta extraña palabra que proponemos casi como un juego, se construye a partir del verbo φυρω, que se traduce como *mezclar una cosa húmeda con otra seca*, y el sustantivo ζοφος, que quiere decir *oscuridad*. Así, por la vía de las resonancias fonéticas tendríamos una segunda significación para el filósofo: el que mezcla lo húmedo con lo seco (el mercurio acuoso y el azufre ígneo) en la oscuridad. Esta aproximación, que puede parecer una herejía lingüística, ofrece una idea de trabajo físico y real, que ha hecho que a los alquimistas se les designara, tradicional e intencionadamente, con el nombre de *filósofos*, no sólo por su persistente búsqueda de la sabiduría, sino como clara alusión a las prácticas ciertas de sus laboratorios.

incomprendido: el papel de José en el nacimiento de Jesús. Desde la visión vulgar se puede reconocer cierta necesidad a su existencia para justificar socialmente en la moral de las épocas el embarazo de María y, sobre todo, para mantener el modelo ideológico de la familia como base de la sociedad. Sin embargo, desde el punto de vista dogmático religioso, es irrelevante. No lo es, en cambio, desde la perspectiva de la simbología hermética. En las imágenes medievales bizantinas de la natividad de Jesús, José aparece las más de las veces separado ostensiblemente de María y del Niño. Se intentaba mostrar que no era él el padre natural del niño que acababa de nacer, pero por otra parte se señalaba que su presencia era imprescindible para el nacimiento. José (*yo sé*, resuena su nombre en castellano) representa al *filósofo*, al *carpintero* hábil que a partir de una primera materia sencilla y natural es capaz de realizar construcciones complicadas. Su trabajo como alquimista no termina con el nacimiento del *niño-rey*, sino que aún ha de purificar y *aumentar* la virtud de lo que acaba de nacer hasta hacerlo *medicina universal*. Su nombre, expone el muy avisado Isidoro de Sevilla, quiere decir *aumento*. Pero si rememoramos a otro José, el hijo de Jacob que fue vendido como esclavo en Egipto, recordaremos también que su nombre fue cambiado por el Faraón, dándole el de *Safanat*, que en hebreo significa *el que descubre lo oculto* (Liber VII 7,17).

El espejo que manipula el *filósofo* es el de la Naturaleza. Este espejo, dice Fulcanelli, «que es el de la *verdad*, fue siempre considerado como un jeroglífico de la mate-

ría universal, y particularmente reconocido entre ellos por el signo de la sustancia propia de la Gran Obra. *Objeto de los sabios y espejo del arte* son sinónimos herméticos que ocultan al vulgo el verdadero nombre del mineral secreto. En este *espejo*, dicen los maestros, el hombre ve la Naturaleza al descubierto. Gracias a él, puede conocer la antigua verdad en su realismo tradicional, pues la Naturaleza no se muestra nunca por sí misma al investigador, excepto por intermedio de este espejo que conserva su imagen reflejada».

En latín, espejo se dice *speculum*. Su origen está en el verbo *specio*, *mirar*, que a la vez es origen del sustantivo *specus*, que quiere decir *cueva*. Así, veremos que no es extraño que lo relativo al *ojo* y a la *cueva* caminen juntos. En algunos idiomas, como en irlandés antiguo, la misma palabra sirve para nombrar los dos conceptos, de manera que en esta lengua tanto *ojo* como *cueva* se dicen *derc* (de fonética exacta a la de la raíz del verbo griego *δερκομαι*, *ver*); en otros, una misma raíz fonética origina las dos palabras diferenciadas, y así ocurre con las voces griegas *οπη*, *agujero*, y *οψ*, *ojo*. Incluso en el caso que nos ocupa, podría decirse que *speculum* es un diminutivo de *specus*, que el espejo es una especie de cuevecita, aunque Isidoro de Sevilla ya se encarga de conectarlos al decir que «la cueva es un lugar horadado bajo tierra y que puede contemplarse» (Liber XIV 9,1). Constatamos, pues, que dos caminos simultáneos pero diferentes se abren delante de nosotros: el de la superficie, absolutamente visible, y el oculto, que discurre por subterráneas cuevas.

Volvemos en este punto a las *criptas* de las iglesias y catedrales, unos lugares subterráneos que, sin embargo, pueden ser visitados, y que son los lugares propios de las Virgenes herméticas. Les son propios porque han de permanecer ocultas (de κρυπτος, *oculto*) a los ojos de las personas vulgares, y porque será en una cueva visitable donde, de la Virgen María, nazca el niño-rey, es decir, donde se produzca el *especular y especulativo* fenómeno de la devolución rectificada de lo que se recibió. Por eso la palabra espejo puede construirse a partir de σπεος, *cueva*, y ηχος, *eco*²².

Se ha hablado repetidamente en los párrafos anteriores de una devolución, pero ¿qué es lo que se devuelve? Atendamos, para intentar averiguarlo, a la segunda palabra de la frase epigráfica, *Justitia*. Puede leerse descomponiéndola en *jus*, jugo, y *titio*, tizón. En griego, una forma muy cercana fonéticamente a *jus* es υοις, *lluvia*, que en cierta manera también es un jugo destilado por las nubes. Tizón, que en latín es *titio*, se corresponde con el griego τιτις, idioma en el que encontramos sonidos semejantes de la misma raíz fonética en las palabras τιτθος, *pezón*, *pecho*, así como τιτω, la *aurora*, el *día*, el *sol*, e igualmente τυτθος, que nombra al *peque-*

22. Eco, Ηχω, es el nombre de una ninfa hija del Aire y de la Tierra. Juno la convirtió en roca y la condenó a repetir las últimas sílabas de las palabras de los que la interrogaban. Una vez más, una *hija del espíritu y de la materia*, hecha *pie-dra*, devuelve *rectificado* lo que recibe.

ño, al niño, al débil. De esta manera sugeriríamos que *justitia* podría leerse como jugo del tizón, zumo del pezón de nuestra negra protagonista (la *leche de la Virgen*, ese símbolo tan querido por el maestro Ireneo Filaleteo), la lluvia del sol o el alimento para el débil niño que debe crecer y aumentar sus propiedades. Y si ya habíamos dicho que la Virgen hermética es la Virgen negra, es decir, el *tizón*, lo que devuelve el espejo mercurial es una sustancia intermedia, ya preparada por el filósofo José, un pequeño débil todavía y que por ahora no es más que el proyecto de lo que será en su día tras dolorosas pruebas: el *Salvador*.

Hemos aludido a las visitas al interior de la tierra, al trabajo del filósofo y al lugar donde se encuentra la piedra oculta, y conviene no dejar de citar una emblemática frase de la alquimia tradicional y que nombra oportunamente el recorrido que hemos hecho en este epígrafe. Se trata de *Visita Interiora Terrae, Rectificando-que*²³, *Invenies Occultum Lapidem* (Visita el interior de

23. Sabido es que los refranes son en muchos casos portadores de filosofía hermética. La sabiduría popular, lejos de academicismos, más cercana a las concordancias fonéticas que a las reglas de la gramática, sabe, con las dobles lecturas y los juegos de palabras, ser oportuna en ciertos momentos. Como en el presente, porque un refrán castellano dice: «De sabios es rectificar». Es indudable; la *rectificación* que propone la frase latina se refiere a la acepción de *purificar los líquidos*, y es claro que esta operación sólo la pueden efectuar los sabios.

la tierra y, rectificando [es decir, purificando los líquidos], encontrarás la piedra oculta). Además del hermético mensaje, su lectura acróstica permite construir la palabra *Vitriol*, que nombra al *Vitriolo*²⁴, símbolo hermético del *espíritu* o del *fuego encarnado*, y que reproduce la imagen gestante de nuestras Vírgenes. El maestro Basilio Valentín, en su *Testamentum*, habla de las excelentes y raras virtudes del vitriolo y dice que «es preferible a los otros minerales y que debe concedérsele el primer lugar después de los metales. Pues, aunque todos los metales y minerales estén dotados de grandes virtudes, éste, el vitriolo, es el único suficiente para obtener de él y hacer la bendita piedra, lo que ningún otro en el mundo podría conseguir por sí solo a imitación suya».

24. Fulcanelli identifica el famoso icosaedro hecho por Cyrano de Bergerac que «producía el efecto de un *espejo ardiente*» con el *vitriolo* de los filósofos. También Eugène Canseliet recuerda que el *pequeño rey* tiene como atributos la corona, el cetro, «así como la llave, que corresponde al *vitriolo* filosófico».

Sedes sapientiae

(n° 23)

Desde el principio del establecimiento del culto cristiano a la Virgen María, se le han asociado los textos referidos a la sabiduría, sobre todo los del propio Libro de la Sabiduría²⁵, de Salomón, así como los del Libro de los Proverbios, del Eclesiastés, del Cantar de los Cantares, del Eclesiástico y de algunos Salmos de David, todos ellos dedicados en especial a la sabiduría como principio rector del

25. En el capítulo VIII de este libro de Salomón se dice que la sabiduría, de la que es sede la Virgen, es «la maestra de la ciencia de Dios»; por ella, dice Salomón, «adquiriré la inmortalidad», a la vez que habla también de «los inagotables tesoros de las obras de sus manos».

orden del mundo, y cuyo origen está en la mente divina²⁶.

En efecto, la Virgen María, como la hermética, representa la materia original en la que se halla contenida toda la sabiduría. Esta materia original es, dicen los textos, el microcosmos que refleja el macrocosmos y encierra, pues, todos los elementos de la Creación. La chispa divina y la materia terrenal apropiada para acogerla forman un solo cuerpo, cargado de muy hermosas posibilidades, que está escondido en el fondo de la mina y que es el único y especial vehículo que puede acercarnos a la comprensión de ciertas cuestiones fundamentales de la filosofía. Ella es el eslabón perdido, el *verbum dimissum* del que habla Eugène Canseliet (en el prólogo a la 3ª edición de *El misterio de las catedrales*, de Fulcanelli), la *piedra bruta* que los francmasones desbistan hasta hacer de ella un cubo perfecto; es el misterioso arcano, real, aunque difícil de conseguir, que abre las puertas de la ciencia divina y establece la comunicación y la explicación de cuanto está por encima de nosotros. Su búsqueda supone

26. El origen divino de la sabiduría se halla expuesto de forma explícita en el versículo 21 de este mismo capítulo VIII, en el que Salomón dice: «Y luego que llegué a entender que no podía ser poseedor de la sabiduría si Dios no me lo otorgaba (y era ya efecto de la sabiduría el saber de quién venía este don), acudí al Señor y se lo pedí con fervor...».

una preparación interior previa, un acomodamiento del espíritu²⁷ que se orienta hacia la realización de una noble tarea; su encuentro es la iniciación en la vía de la sabiduría; su tratamiento en el laboratorio son los pasos ciertos y escalonados que conducen al acercamiento del hombre a lo divino, a la consecución de las más nobles metas posibles, y que son las que propugnan todas las religiones: la *sabiduría* y la *bondad*. Porque el fin del *filósofo* es ser sabio y santo.

La catedral de París, verdadero monumento al conocimiento y libro abierto para el estudio y la preparación, está presidida, desde el pilar central que separa en dos el vano de su entrada principal, por una imagen jeroglífica que resume lo expuesto: una mujer está *sentada*, con la cabeza entre *nubes acuosas*, con un *cetno* en la mano izquierda, en la derecha el *libro abierto* y el *libro cerrado*, y en el centro de su persona, ocupando el lugar de su columna vertebral, la *escalera* que figura la progresión en el camino de lo que ella misma representa. Es la imagen

27. Esta disposición del espíritu es a la que se refiere la enseñanza del Corpus Hermeticum (XIII, 18): «Elévate por encima de toda altura; desciende más allá de toda profundidad; concentra en ti la sensación de todas las cosas creadas: del Agua, del Fuego, de lo Seco y de lo Húmedo. Piensa hallarte simultáneamente por todas partes, en tierra, mar y cielo; piensa no haber nacido nunca, ser todavía embrión: joven y viejo, murto y más allá de la muerte. Comprende todo al mismo tiempo: los tiempos, los lugares, las cosas, las cualidades y las cantidades».

de la filosofía, de la sapiencia en su sede. Es la *Sedes Sapientiae*²⁸.

Para el análisis de la frase epigráfica es fundamental tener presente una particular raíz fonética, *idr-*, sobre la que giran los conceptos tanto propios como derivados de la frase en cuestión. Partiendo de *idr-*, y acudiendo una vez más al griego, no resulta difícil encontrar palabras como *ιδρις*, que quiere decir *sabio*, o el sustantivo *ιδρια* o *ιδρεια*, cuyo significado es *ciencia, conocimiento*. Otra palabra muy cercana y de la misma raíz, el verbo *ιδρω*, se traduce como *hacer sentar, asentar, establecer* o

-
28. Respecto de María como *Sedes Sapientiae*, transcribiremos lo que dice Fulcanelli, siempre oportuno y enriquecedor: «María, *Sede de la Sabiduría*, equivale a *Tema de la Ciencia hermética*, del saber universal. En el simbolismo de los metales planetarios es la *Luna*, que recibe los rayos del sol y los conserva secretamente en su seno. Es la dispensadora de la sustancia pasiva, a la cual anima el espíritu solar. María, Virgen y Madre, representa, pues, la forma; Elías, el sol, Dios Padre, es emblema del espíritu vital. De la unión de estos dos principios resulta la materia viva, sometida a las vicisitudes de las leyes de mutación y de continuidad. Y surge entonces *Jesús*, el espíritu encarnado, el fuego que toma cuerpo en las cosas, tal como las conocemos aquí abajo: Y EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. Por otra parte, la Biblia nos dice que María, madre de Jesús, era de la rama de *Jesé*. Ahora bien, la palabra hebrea *Jes* significa el *fuego*, el *sol*, la divinidad. Ser de la rama de *Jesé* equivale, pues, a ser de la raza del sol, del fuego. Como la materia tiene su origen en el *fuego* solar, tal como acabamos de ver, el mismo nombre de *Jesús* se nos presenta en su esplendor original y divino: *fuego, sol, Dios*».

ser residencia. Así, podemos ver que *sede* se dice ἰδρυσις y *sapiencia*, ἰδριος. La cercanía de ambas palabras es tal, que la frase *sede de la sabiduría* parece construida en base a la repetición variada del mismo concepto. Y así es, porque la frase tiene, además de su mensaje específico, esa intención escondida. Está referida a una de las fundamentales cualidades del mercurio, que no es otra que la de estar compuesto por dos elementos distintos, pero cuya raíz es idéntica. En efecto, el mercurio es doble porque guarda en su interior el principio activo generador (identificado aquí con la chispa de la sabiduría) y la materia pasiva generadora (identificada con la receptora sede). Son los dos gemelos ya aludidos anteriormente, que comparten origen (ιδρ-) y que tienen entre los dos toda la capacidad de obrar los prodigios de la ciencia divina, siempre que el trabajo del artista se haga conforme a las reglas. El *mercurio de los sabios*, las Vírgenes, lo contiene todo, es la *sede de la sabiduría*, y por ello afirma el maestro del maestro Fulcanelli en una carta que éste último conservó como talismán durante muchos años: «El que sabe hacer la Obra *con sólo el mercurio* ha encontrado lo que hay de más perfecto; es decir, ha recibido la luz y realizado el Magisterio».

No hay que dejar de lado otra palabra tan oportuna como las anteriores, cual es el sustantivo ἰδρωσ, que significa *sudor* o *secreción*. Su conexión con el tema que tratamos, además de su raíz ιδρ-, está en la imagen de la *sedes sapientiae* descrita anteriormente, donde se decía que la mujer tiene la cabeza en el agua, o *está*

sudando. Esta conexión será ampliada mediante un ejemplo acerca de la importancia del *sudor* en este asunto. Aunque lo trataremos extensamente en el siguiente epígrafe, diremos que una de las metas que debería ser fundamental para el hombre, hacerse sabio, es un camino impuesto por Dios, y al que los ignorantes aún llaman castigo. Pues bien, ese destino está oportunamente recogido, y por tanto puede deducirse oportunamente, en una frase muy conocida del Génesis (III,19): «Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan». La sabiduría popular, tan acertada casi siempre, habilidosa rescatadora de mensajes herméticos, la ha reconstruido como «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Su traducción a los efectos de la materia que tratamos sería: Conseguirás *todo* (de παν, todo) con el *agua* (de ιδρωσ, sudor) *que cuidadosamente descubras* (de φροντιζω, *pensar*, y φροντις, *cuidado*, porque en griego la palabra φρην designa el sentido aprehensivo de todas las facultades intelectuales y sensitivas).

Lo importante, como ya se ha dicho en otra parte del texto, es la cualidad acuosa del mercurio, la que permite su tratamiento. Para que nadie se sienta engañado respecto a su naturaleza, dada la cantidad de descripciones que de él se hacen, afirmamos que esta piedra es en realidad un agua ígnea que tiene sus raíces en el cielo. Por ello el elemento agua está siempre presente, a la luz o bajo ella, en cualquier texto que tenga que ver con esta maravilla de la Naturaleza. Como ejemplo de las filtraciones herméticas que con frecuencia penetran

el ámbito de la vida diaria, podemos fijarnos en el nombre que la ciencia oficial ha admitido e incorporado para un metal muy especial. Es el metal mercurio vulgar. Su símbolo químico lo escribimos *Hg* porque su nombre se pronuncia *hydrargiros*, en griego se escribe υδραργιρος, un nombre compuesto de la raíz υδρ— la misma raíz fonética *idr*— a la que ya nos referimos y que es la base para la composición de las palabras que tienen relación estrecha con el líquido, con el elemento agua— y αργιρος, que quiere decir *plata*. Ese extraño metal, líquido a temperatura ambiente, es el agua de plata y, en lectura simbólica provocada por su alquímico nombre, el agua de la luna, el agua de la Virgen, la leche de la Virgen.

Causa nostra laetitia

(n° 24)

Nos enfrentamos ahora con la más simbólica, críptica y trascendente de las deprecaciones de la letanía dedicada a la Virgen. Alude a un hecho oscuro, muy velado de forma expresa en las doctrinas hebrea, islámica y cristiana, y que por su especial condición de punto fundamental ha sido revestido de un secreto y un olvido intencionados que han conseguido evitar la explicación o el comentario y, con ellos, el compromiso.

La lectura directa es sencilla y apropiada. María es la causa de nuestra alegría, en el sentido doctrinal por ser la madre de Cristo, y en el simbólico por ser la madre del Cristo simbólico y, también por ella misma, al ser la puerta de nuestra entrada en la vía de la sabiduría puesto que, como vimos, es la *sedes sapientiae*.

La lectura desde el lenguaje escondido es más laboriosa, pero aporta más significaciones. La palabra *laetitia*

proviene de *laetus*, que procede del griego λαιτος, *alegre*. Sin embargo, con igual fonética, destaquemos el sustantivo latino *letum*, que quiere decir *muerte* (de ahí la palabra castellana *letal*), y también el griego ληθω, que significa *olvido*²⁹, porque el verbo λητω expresa la acción de *olvidar* (término griego del que deriva la voz castellana *letargo*³⁰, en el sentido de falta absoluta de actividad para recordar). Otra palabra griega homófona del verbo *olvidar*, Λητω, nombra a *Leto* o *Latona*, personaje mitológico con una importante conexión con nuestras Vírgenes, y que a continuación haremos notar.

Leto, embarazada de Zeus (Ζευς, genitivo Διως), lleva en su seno a *Apolo* y a *Artemis*, los gemelos divinos. Buscando, en su errático caminar, un lugar para el parto, y con la pretensión de resguardarse de la cólera de Hera, acabó en la isla *Ortigia* (de ορθριον, equivalente a la lati-

-
29. Ληθη, *Lete*, el Olvido, es un personaje mitológico que da nombre a la fuente *Leteo*, situada en los infiernos y que tenía como finalidad que los muertos recién llegados bebiesen para olvidar su vida terrestre. También —y como recogen las concepciones filosóficas relativas a la transmigración de las almas, de las que se hace eco el mismo Platón— las almas del infierno bebían de esta fuente antes de ir a instalarse en otro cuerpo para olvidar sus experiencias en el mundo subterráneo.
30. Es significativo que *letargo* venga de ληθη, *olvido* y αργος, que además de *omitido* también quiere decir *blanco*. Así, no es extraño que en castellano exista una expresión concreta para cuando alguien se calla de repente, omitiéndolo todo por olvido; se dice: «se ha quedado en blanco».

na *ortus*, nacimiento, y γη, tierra), que eligió como la tierra propicia para el nacimiento. Desde ese momento del parto la isla quedó firmemente sujeta al fondo del mar y también cambió su nombre, pasando a llamarse *Delos*, Δελος, es decir, la *Brillante*, por el hecho de que Apolo, el dios de la luz (λυκη, luz), vio en su suelo la primera luz (quizás también porque su madre había adoptado la forma de loba (λυκος, lobo) para confundir a Hera que, celosa, la buscaba afanosamente para impedir el parto). Según otra leyenda que recoge Pierre Grimal, «Hera había jurado que Leto no podría tener hijos en ningún lugar donde brillasen los rayos del sol. Por orden de Zeus, Bóreas condujo entonces a la joven a Poseidón, el cual, levantando las olas del mar, fabricó una especie de bóveda líquida por encima de la isla. Al abrigo del sol, Leto pudo dar a luz a sus hijos pese al juramento de su enemiga».

Vista esta historia de Leto, la correlación que proponemos es la siguiente: la Virgen, que ha concebido del espíritu de Dios (el genitivo de Ζεϋς es Διός), lleva en su seno al hijo de Éste. Pero así como a la madre de Dios se le llama Θεοτοκος, a la madre de gemelos se le llama Δοιοτοκος, cuya fonética, *deotokos*, es equivalente a la de la palabra anterior, *theotokos*. De este modo, deducimos que la Virgen, las Vírgenes, llevan en su seno a los gemelos divinos, el azufre masculino y el mercurio femenino, diferenciados, pero que sin embargo son de la misma raíz («Salve, Radix», se le dice a la Virgen María en el canto *Ave Regina Caelorum*, «Salve, raíz, por la cual la

Luz (λυκη) ha brillado sobre el mundo»). El parto de la Virgen tiene lugar, según las versiones iconográficas, y dado que sólo el evangelio de Lucas alude al sitio del nacimiento, en una *cueva* (de la que hablamos en el epígrafe anterior) o en un *establo*³¹. Tanto si es en la cueva horadada en la tierra al abrigo de la luz donde tiene lugar el nacimiento (otra vez *Ortigia*, de ορθριον, nacimiento y γη, tierra) o si es en un establo, poco importa. La verdad es que con el parto equivalente al de *Delos* se inicia el gran misterio de la obra alquímica (τελος, *iniciación en los misterios*, palabra muy próxima a Δελος). El niño-rey nace (τελλω, *nacer*) de sus entrañas (θηλη, *entrañas*) cumpliendo así (τελεω, *cumplir*) el designio divino. Recordemos, para concluir este apartado, que la *isla brillante* de Delos sería la propia de la Virgen, llamada por San Jerónimo *iluminadora del mar*.

En cuanto a la leyenda que habla de la necesidad de que Leto diera a luz en un lugar resguardado del sol, su conexión con la práctica de laboratorio es inmediata. En

31. La palabra *establo*, aunque tiene su origen en la forma griega εστια, que significa *casa* o *residencia*, en el sentido de *establecimiento*, se nombra también con otra palabra que es más oportuna desde el punto de vista del lenguaje oculto: στασιον; este sustantivo está compuesto por σταξις, *goteo*, y ορος, *suero de la leche*. De esta manera deducimos que la elección de ese lugar tan extraño para dar a luz es intencionado. La Virgen pare en el lugar más apropiado: aquél en el que gotea el suero de la leche. Como vemos, en el parto de la Virgen vuelve a estar presente, una vez más, la leche de la Virgen.

química o en espagiria se dan multitud de casos en los que el Sol puede tener un protagonismo no deseado³². Cualquier fotógrafo daría al traste con sus aspiraciones si instalara el laboratorio de revelado al aire libre³³. En el caso del parto de los gemelos sucede algo parecido. La alquimia, que imita a la naturaleza, respeta la realidad natural que exige que los procesos generativos se hagan en la oscuridad. La concepción tiene lugar en el fondo del útero, como las semillas fructifican bajo tierra, siempre al abrigo de la luz. Por eso aventurábamos con anterioridad en la nota 21 una etimología del sustantivo filósofo aplicado al alquimista, donde se leía que es «quien mezcla lo húmedo con lo seco *en la oscuridad*».

32. Fulcanelli se refiere a este problema y dice que «La luz — fuego rarificado y espiritualizado— posee las mismas virtudes y el mismo poder químico que el fuego elemental y grosero. Una experiencia dirigida hacia la realización del ácido clorhídrico a partir de sus compuestos lo demuestra de modo suficiente. Si se encierra en un frasco de vidrio volúmenes iguales de gas cloro y de hidrógeno, ambos gases conservarán su individualidad propia en tanto que la redoma que los contiene se mantenga en la oscuridad. Ya a la luz difusa, su combinación se efectúa poco a poco, pero si se expone el recipiente a los rayos solares directos, estalla con violencia».

33. El revelado se hace en la oscuridad. La revelación, también. La comprensión de los textos cabalísticos y la de sus enseñanzas, se lleva a cabo buceando en la oscuridad del lenguaje críptico. En alquimia pasa lo mismo. Veámos en la frase que componía el nombre *Vitriol*, que sólo se encontraba la piedra oculta si se visitaba el interior de la tierra.

Pero volvamos a la frase epigráfica: la Virgen es la causa de nuestra alegría. Y desde el lenguaje oculto, también es causa de nuestra muerte y de nuestro olvido, como ya se ha indicado. ¿Cómo puede ser eso? ¿Por qué el mercurio de los sabios es causa a la vez de cosas aparentemente buenas y de cosas aparentemente malas? A continuación lo veremos.

El motivo mítico se remonta a la denominada caída de Adán, y la historia que se puede recomponer es la siguiente: ciertos personajes³⁴ enseñaron al Hombre, que

34. Existe un libro muy antiguo, compuesto por el profeta *Enoc* (Ediciones Obelisco, Barcelona 1984), padre de Matusalén, que quizá sea el más explícito de toda la literatura religiosa judeocristiana en lo relativo al hecho de *la caída de Adán* o de la enseñanza de secretos divinos a los hombres por parte de seres celestiales. Este libro contiene (*Enoc*, en griego Ενωχος, de εν, *dentro de* y οχος, *que contiene*), entre otras, unas informaciones fundamentales para el conocimiento y la comprensión de unos fenómenos que todavía nos conciernen a pesar de haber sucedido en la noche de los tiempos y que, debido a su importante entidad, han sido sustraídos o evitados deliberadamente por las religiones. Enoc es un profeta reconocido, ensalzado y tenido en cuenta por personajes de la importancia del apóstol San Judas (Epístola Universal, 14), San Pablo (Epístola a los Hebreos, XI,5), Prisciliano (Tratado III sobre la Fe y los Apócrifos) y otros, a la vez que es desechado como canónico por San Agustín, dando la razón a la Iglesia, y justificándose, de manera sorprendente, en el hecho de la extraordinaria antigüedad de sus palabras. El libro relata, entre otros eventos simbólicos y proféticos, el trascendental hecho de la comunicación a los hombres, por parte de ángeles, de unos conocimientos

por entonces se hallaba en un estado y lugar paradisíaco³⁵, muy próximo a la divinidad, los secretos de la naturaleza, en contra del designio divino que pretendía man-

sobre los que Dios había impuesto la prohibición de su divulgación. Los ángeles, especialmente *Azazel* (Enoc X,8), dirigidos por *Semyaza* (VI,7), desvelan a los hombres la ciencia de los árboles, el arte de trabajar los metales, conocimientos sobre piedras preciosas y astrología (VII y VIII), es decir, *los secretos eternos que se cumplen en los cielos* (IX,6). Pues bien, reparemos en que el nombre *Azazel* podría leerse como Αζα, *hollín*, es decir, *sustancia crasa y negra*, y αζης, genitivo de la palabra anterior. Así, Αζαζης sería *lo negro de lo negro*, construyendo de esta manera un superlativo asociado al primer sustantivo. El nombre del director de la operación reveladora, *Semyaza*, podría leerse como Σημειον, *señal, prodigio, imagen, signo mandado por los dioses*, y αζα, otra vez *hollín negro*. Como se ve, es recurrente desde la más remota antigüedad la idea de que *la sustancia negra, nuestra Virgen*, es el origen de la ciencia filosófica. La Virgen constituye, pues, la causa, no sólo de nuestra alegría, sino de nuestra *caída*, que conlleva la muerte y el olvido. El profeta Enoc vuelve a la carga sobre el mismo punto, y adjudica a la ciencia divina aprendida por el Hombre la causa de su situación terrenal ya no paradisíaca; en el versículo 6 del capítulo XXXII el ángel *Rafael* habla con Enoc y le dice: «Es el árbol de la sabiduría, del cual comieron tu anciano padre y tu anciana madre, tus antepasados; y ellos conocieron *la ciencia*, sus ojos se abrieron, supieron que estaban desnudos, y fueron expulsados del paraíso».

35. La palabra *paraíso* en griego se dice Παραδειος, y está formada por la preposición παρα, *al lado de, parecido a, muy próximo a*, y Δις, nombre propio que se usa sólo en nominativo y que es *Zeus, Ζευς*. De esta manera podremos deducir que el paraíso, además de ser un parque o un lugar plantado de árboles, según su traducción del griego, es también un lugar divino.

tenerlo en un estado de felicidad ignorante y anestesiada, ajeno a cualquier controversia de las planteadas entonces como, por ejemplo, la de la rivalidad entre el personaje divino y los otros personajes aludidos. En ese momento, Dios, sabedor de que tales conocimientos comunicados al hombre quedarían grabados en la memoria genética de la raza humana, y enojándose a la manera de los dioses de la mitología grecorromana, impone una contrapartida al conocimiento de tal información que, una vez comunicada, ya no tenía vuelta atrás: el Hombre, como especie, estaría sujeto a la muerte³⁶ y, a la vez,

36. Como corroboración de lo que hemos expuesto sobre la transmisión a los hombres de *los secretos eternos que se cumplen en el cielo*, analizaremos la palabra *ataúd*, tan relacionada en nuestra cultura, y en otras, con la idea de la *muerte*. Es, como dice su etimología árabe, una caja donde se depositan los restos mortales de las personas fallecidas. Sin embargo, creemos que el origen de la palabra no atiende a lo formal, como lo es la *caja*, sino a lo fundamental, a la *muerte* misma. Cuando, en el paraíso terrenal, el primer hombre come de la fruta prohibida del árbol de la sabiduría, pierde su condición originaria y deviene sujeto a la muerte. La transgresión le da sabiduría pero le comporta la muerte. Es el precio de la prevaricación. Así, la fonética de *ataúd* puede construirse con el sustantivo griego $\alpha\tau\alpha$, que quiere decir *castigo de los dioses*, y $\upsilon\delta\alpha$, una forma eólica con significación de presente, que significa *saber, conocer*. El *ataúd*, símbolo de la muerte, sería también el símbolo del castigo divino por el acceso a la sabiduría.

olvidaría³⁷ lo que había aprendido sobre la ciencia divina. Su única redención sería a partir de ese momento *ganar el pan con el sudor de su frente* (*conseguir todo con el agua que cuidadosamente habrá de descubrir*, como ya hemos explicado), es decir, la trabajosa posibilidad de saltar por encima de la barrera del olvido impuesto a su genética, para ganarse a pulso lo que le fue revelado de forma gratuita. De esta manera, a base de esfuerzo individual se garantizaba, por lo menos, que el secreto revelado permaneciera oculto y que sólo sería aprendido y utilizado por personas capaces de conservar el respeto que corresponde a la magnitud del secreto. A su vez, el Hombre, hecho a la imagen y semejanza de Dios, debería soportar lo que una parte de Dios, el espíritu divino encerrado en la materia del arte, ahora revelado, tendría a su vez que soportar. El hombre, como la primera materia, como el mercurio, sufriría el proceso de la muerte, paso inevitable para su purificación, para su perfección. El mercurio ha de morir en el oscuro laboratorio del filósofo para poder liberar su espíritu, lo que es verdaderamente útil y generativo. De la misma manera el filósofo,

37. El concepto *olvido* también tiene relación separada con el tema que estudiamos. Su forma catalana *oblit* está más cerca de su origen latino y mantiene la fonética *oblito*, que el castellano pierde. Su composición puede hacerse con *ob*, una preposición que se traduce por *a causa de*, y *lito*, λιθος, *pedra*. Resonaría, pues, en la palabra *olvido*, que el concepto que expresa es *por causa de la piedra*.

el Hombre, ha de morir y ser enterrado en la oscura profundidad de la tierra para que su alma vuele y emprenda el itinerario de la purificación y la perfección.

El mito de la caída del primer hombre es básico para la comprensión del motivo de la presencia, el estado y la problemática del hombre en este mundo. Desde la más remota antigüedad los pueblos sabían, por medio de una tradición uniforme y constante, que el primer hombre había faltado a las obligaciones propias de su condición primigenia, y que su crimen había atraído la maldición de Dios sobre su posteridad. La prevaricación provocó, así, el fin de un orden vital y el comienzo de otro, con nuevas condiciones, y que es, salvando las distancias, este en el que nos encontramos. Como el pecado cometido marca el origen de una situación sustancialmente distinta para el hombre, es llamado en la tradición cristiana pecado original³⁸. De ahí parte la historia humana y la justificación de las religiones expiatorias.

Es del todo necesario, dice N.S. Bergier (citado en *Las moradas filosóficas*, de Fulcanelli), «que esta tradición de la caída se remonte a la cuna del género

38. Como es obvio, de este pecado original se halla excluida la Virgen María. La santa sede de la sabiduría no necesitaría de la redención que consiste en progresar laboriosamente en la sabiduría y en la santidad. Ella es llamada en la Letanía *Regina sine labe originalis concepta* (núm. 47) y *Regina sanctorum omnium* (núm. 46).

humano, pues si hubiera nacido en el seno de un pueblo concreto, después de la dispersión, no hubiera podido extenderse de un extremo al otro del mundo». Este mito lleva aparejadas, también en todas las culturas religiosas, dos necesidades: el bautismo purificador de los niños, y la esperanza colectiva en un salvador que restablezca la conciliación de los hombres con Dios.

En la tradición bíblica de la caída del primer hombre se encuentra oculta una historia de orden alquímico, que intentaremos analizar, y que viene a explicar el motivo de la *muerte* y el *olvido*, de los que son causa la Virgen herética de la Letanía. Para ese análisis hemos de tener en cuenta todos los personajes que forman parte del mito, saber qué representa cada uno de ellos y saber qué quieren decir sus nombres, única pista material con la que podemos contar para su esclarecimiento. En el Paraíso se encuentran el Árbol de la Ciencia, Adán, Eva, la Serpiente, la Manzana, el Demonio inspirador de la Serpiente, y Dios, soberano del Paraíso e inspirador del código de comportamiento del que eran tributarios Adán y Eva.

Empecemos por el *Árbol de la Ciencia*. ¿De qué ciencia? En el Génesis se le llama «la ciencia del *bien* y del *mal*» (II,9 y II,17), es decir, de los contrarios que están unidos en el mismo continente arbóreo: el *bien*, καλον, y el *mal*, κακον, los contrarios que tienen la misma raíz. El principio masculino azufral y el principio femenino mercurial, el *hombre* y la *hembra*

(II,23) originarios del mismo cuerpo (II,22). Los opuestos, el *blanco*, μαλος, y el *negro*, μελας, cuyos nombres demuestran su origen común. Es, concluimos, la ciencia que conoce y sabe tratar la materia que contiene los contrarios³⁹, la que tiene por primera materia a la Virgen hermética. Es la alquimia. Y ¿cuál será la imagen jeroglífica que resume la enseñanza prohibida? Sin duda, la serpiente con la manzana. Por intermedio del mercurio se ofrece al hombre la manzana de azufre, la piedra filosofal, el fruto más valioso y más peligroso del Paraíso.

Desde el lenguaje oculto que tantas cosas es capaz de revelar (revelar, como a veces re-velar) comprobamos que existe una relación cierta entre el bien y el mal como principios, y lo femenino y lo masculino como concepciones contrarias del mismo poder generativo, a modo de fuerzas opuestas que han de unirse convenientemente para provocar la generación. Uno de los nexos que expresan con certeza la unión entre el bien y lo femenino está incorporado a una extraña y singular figura de la mitología clásica romana, que es *Bona Dea*, o la Buena Diosa hija de *Fauno* (de φαυνω, *alumbrar*), la cual despertó en su padre el deseo de unirse a ella. Cuando

39. No es extraño que un observador no distante pero ajeno a la ciencia que nos ocupa, y con un prodigioso espíritu científico, como fue Carl G. Jung, hable del carácter bisexual del árbol, aunque sólo sea por el hecho (nada gratuito) de que los nombres de las distintas especies de árbol sean femeninos pero con desinencia masculina.

Fauno se dio cuenta de que no podría satisfacer sus pretensiones, pues ella se negaba a acceder a sus deseos (como se ha visto, el femenino mercurio no es muy amigo de la luz vulgar), la flageló con ramas de mirto. ¿Por qué? Mirto, en griego μυρτος, está ligado a dos expresivas palabras: μυρτον, que además de *baya de mirto* tiene el mismo significado que *clitoris* (κλειτορίς), una parte anatómica indudablemente femenina, y μυρτων, homófono de la anterior, y que quiere decir *afeminado*. Así, vemos que *Bona Dea* fue castigada a causa de, y por la vía de, su condición paladinamente femenina. Debido a esta conexión, la mitología cuenta que la Buena Diosa tenía en Roma, al pie del Aventino, un santuario y un bosque sagrado donde las mujeres y doncellas celebraban todos los años sus misterios, de los cuales estaban excluidos, como es evidente, los hombres. Otra diosa, *Fauna*, divinidad de las mujeres, es, según explica Pierre Grimal, identificada con *Bona Dea*, «de la que, en su origen, tal vez es sólo un epíteto: la diosa favorable (*quae fanet*)». También la leyenda de Hércules abunda en el principio que proponemos. Fatigado Hércules en una ocasión, pidió de beber a *Bona Dea*, que se hallaba ocupada en su bosque. Ésta le prohibió el acceso a la fuente sagrada, ya que los misterios y los ritos estaban reservados a las mujeres. Cuenta la leyenda que Hércules, indignado, prohibió a su vez el acceso de las mujeres a su santuario: el hombre se enfrenta a la mujer.

Otras conexiones que no son difíciles de establecer entre el bien y lo femenino quizá sean todavía más concluyentes, pero las reservamos al estudio de quienes se sientan interesados. Y por lo que respecta a la ligazón del mal con lo masculino, también hay información aclaratoria que aportar.

Antes de seguir adelante y dada la frecuencia con que se está utilizando, querríamos decir, como justificación frente a los lectores extrañados, que la lengua griega antigua es la herramienta cabalística por excelencia⁴⁰. Al encontrarse, afortunadamente, en el lugar y el tiempo oportunos, su creación y posteriores evoluciones fueron tan adecuadas que permitieron la conservación y la transmisión de todos, absolutamente todos, los datos que permanecen en el fondo de la memoria genética del hombre y que son los que están velados especialmente por designio divino, viéndose la persona que quiera saber, obligada a recuperarlos, reconstruirlos y procesarlos con su individual y áspero trabajo. Éste es el motivo de que continuamente recurramos a esa len-

40. En griego, la lengua griega recibe el adecuado nombre de Ελληνική que, al descomponerlo, proporciona más información de la que parece a simple vista. Formado por la crasis de las palabras ηλεος, *loco*, y νικη, *victoria*, la homofonía resultante con la palabra original es prácticamente perfecta. De esta manera podemos deducir que la lengua griega fue una victoria de los locos. Los locos, dice el sabio Fulcanelli, son el «emblema humanizado de los hijos de Hermes»; en otra ocasión afirma que «la obra se lleva a cabo por el loco».

gua a la que, sarcasmos de la sociedad, llaman *lengua muerta* y que no es, por contra, sino un caudal inmenso de vida creativa. Como ejemplo, bastará que recordemos la historia de Pantagruel, escrita por el maestro François Rabelais (*Pantagruel*, Librairie Générale Française, París 1972 y Editorial Juventud, Barcelona 1976), extractor de quintaesencias. Pues bien, en una carta que el gigante Gargantúa dirige a su hijo, le exhorta —cómo no— a la bondad y al estudio. De las lenguas clásicas, griego, latín, hebreo, caldeo y árabe, la primera debe ser el griego, un idioma «sin el cual nadie puede llamarse a sí mismo sabio»⁴¹.

Centrándonos de nuevo en el asunto que nos ocupa, cual es el de establecer una conexión entre lo masculino y el mal a propósito del mito de la caída de Adán, diremos que el concepto de *macho*, *varón*,

41. La enseñanza del griego y del latín, conjuntamente con la del hebreo, ha sido considerada en Europa como una victoria de los humanistas frente a las posiciones imperantes en la Edad Media. La universidad de Lovaina, en 1518 abre un Colegio en el que se estudiaban las tres lenguas, y Francisco I, padre y verdadero restaurador de las artes y de las letras, funda en 1530 el Colegio Real con cátedras de griego, de latín y de hebreo. Por ese tiempo, el clérigo y médico Rabelais, a pesar de la prohibición de sus superiores, estudia griego hasta el punto de traducir directamente a Hipócrates y a Galeno. Sin embargo, esta «victoria humanista» estaba ya plenamente conseguida en la España de la segunda mitad del siglo XIII y su foco de enseñanza al mundo se centraba en la Escuela de Traductores de Toledo, certeramente dirigida por el Rey Alfonso X, *El Sabio*.

masculino o *viril*, como oposición al de femenino, está expresado en griego por la palabra αρρην. También el sustantivo αρετης quiere decir *virilidad*. Pues bien, la cercana palabra αρητος es un adjetivo que significa *maldito* o *execrable*. Y conectado fonéticamente con αρρην, *macho*, encontramos la palabra αρρηνης que traduce expresamente *malo*. Siendo el espíritu azufral masculino, preñador de la materia mercurial femenina, el inmenso secreto intangible de la obra alquímica, es lógico que una palabra como αρητος quiera decir no sólo *abominable*, *horrible*, o sea, *malo*, sino también *misterioso*, *secreto*, *que no se dice*; otra palabra de la misma familia, αρρητουργια, compuesta por αρητος, *abominable*, y εργον, *trabajo*, *obra*, *tarea*, ofrece además el significado de *celebración de los misterios*.

Pero no sólo la lengua griega es portadora de la información hermética aludida. Las indoeuropeas, al tener el mismo origen, participan en mayor o menor grado de la capacidad cabalística reveladora que tiene la griega, y lo que unas esconden otras lo sacan a la luz, por lo que es recomendable no perder de vista ninguna cuando busquemos y nos parece que no encontramos. Dando por descontado la gran importancia del latín, que entusiasmaba al maestro Eugène Canseliet, entre las lenguas románicas contamos con el maravilloso idioma francés, lengua madre del propio Canseliet y de otros importantísimos *filósofos* como Rabelais, Cyrano o Fulcanelli, y que por sus especiales características, además de su noto-

rio origen griego⁴², es muy adecuado para el juego fonético debido a la diversa posibilidad de escritura que tiene el mismo sonido. Así pues, ahora lo recuperaremos para seguir hablando de la conexión entre el mal y lo masculino. En francés, mal se dice *mal*, y macho se dice *mâle*, cuya fonética es la misma. Volvemos, pues, a asociar el sonido que define a lo masculino con el que se refiere a lo malo, de la misma manera que hicimos con lo femenino y el bien.

Ya se indicó con anterioridad que el jeroglífico de la enseñanza prohibida lo componía la serpiente con la manzana. Como en todos los juegos de parejas que se establecen en este mito, la serpiente y la manzana representan los contrarios. Para seguir con el hilo precedente, haremos notar que *manzana*, en latín, se dice *malum*. Sería el principio masculino, el azufre, y su conexión con la maldad está en el adjetivo latino *malus*, que quiere decir *malo*. En francés, a lo que en castellano se llama nuez, y que es una prominencia que forma el cartílago

42. Fulcanelli, en *Las moradas filosóficas*, se extiende en este punto y llega a afirmar que «sin negar la introducción de elementos latinos en nuestro idioma [francés] desde la conquista romana, afirmamos que *nuestra lengua es griega*, que somos *helenos* o, más exactamente, *pelasgos*». Y también que «nuestra lengua actual [francés] proviene directamente del griego. En consecuencia, todos los vocablos escogidos en nuestro idioma para definir ciertos secretos, como tienen sus *equivalentes ortográficos o fonéticos* griegos, basta conocer bien éstos para descubrir en seguida el sentido exacto, restablecido, de aquéllos».

tiroides en la parte anterior del cuello del varón adulto y que, por tanto, es un signo inequívoco de *masculinidad*, se le denomina *pomme d'Adam*, es decir, *manzana de Adán*. Así pues, tenemos otra vez juntos el mal, lo masculino, la manzana y el azufre.

Por contra, la serpiente es otro emblema del sujeto mercurial. En hermetismo, su significado es análogo al del dragón, que los sabios han adoptado como uno de los representantes del mercurio. La mayoría de los tratados de alquimia hacen referencia a la serpiente, acompañada en cada uno de ellos de circunstancias particulares que parecen diferenciarlas. Sin embargo, dice Fulcanelli, «Todas expresan la misma idea, encierran la misma doctrina y obedecen a la misma tradición. Y la serpiente, jeroglífico del principio alquímico primordial, puede justificar el aserto de los sabios, que aseguran que todo cuanto buscan se encuentra contenido en el mercurio. Ella es, en verdad, el motor y la animadora de la gran obra, pues la estrena, la mantiene, la perfecciona y la acaba. Es el círculo místico del que el azufre, embrión del mercurio, marca el punto central a cuyo alrededor efectúa su rotación, trazando así el signo gráfico del Sol, padre de la luz, del espíritu y del oro, dispensador de todos los bienes terrestres. Pero mientras que el dragón representa el mercurio escamoso y volátil, producto de la purificación superficial del sujeto, la serpiente, desprovista de alas, sigue siendo el jeroglífico del mercurio común, puro y limpio, extraído del cuerpo de la *Magnesia* o materia prima. Esta es la razón por la que

ciertas estatuas alegóricas de la *Prudencia*⁴³ tienen como atributo la serpiente fijada en un espejo, y este espejo, símbolo del mineral bruto suministrado por la Naturaleza, se vuelve luminoso al reflejar la luz, es decir, al manifestar su vitalidad en la serpiente o mercurio, que mantenía oculto bajo su envoltorio grosero». También, en términos más simbólicos, J.L. Morales (*Diccionario de Iconología y Simbología*, Taurus, Madrid 1984) dice de la serpiente que «se tiene como símbolo creador de la vida y portador de muerte». Una vez más tenemos al mercurio, a nuestra Virgen hermética, como causa de nuestra alegría y de nuestra muerte⁴⁴. Su

43. En el evangelio de Mateo (10,16), el propio Jesús dice a los apóstoles: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, *prudentes como serpientes*, y sencillos como palomas».
44. Esta doble capacidad de vida y de muerte ya se adjudica a la serpiente en el Libro de los Números (XXI,8-9) donde, en un críptico mensaje, Dios dice a Moisés: «Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre una asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía». También en el Libro de la Sabiduría (XVI,5-6) se hace referencia a este simbólico episodio: «Así que cuando contra ellos se enfurecieron las bestias crueles, perecían de las mordeduras de venenosas serpientes. Mas no duró siempre tu enojo, sino que fueron aterrados por un breve tiempo para escarmiento, recibiendo luego en la serpiente de metal una señal de salud, para recuerdo de los mandamientos de tu ley». Incluso en el evangelio de San Juan (III,14) se va más allá y se compara a esa serpiente sanadora con Jesucristo: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna».

identificación con lo femenino, además de lo explicado, se reconoce en la vasta iconografía gótica, donde son muchos los ejemplos en los que la serpiente tiene cabeza de mujer e, incluso, hasta busto con mamas. Esa cabeza de mujer serpentina será la que, en el símbolo expresado en el Génesis (III,15), morderá el calcañar de la otra mujer. Pero fijémonos, ¿qué se está describiendo? El principio femenino mordiendo la última parte de su femenina anatomía: es la imagen del dragón Ouroboros (de ουρα, *cola*, y βορος, *devorador*) que se muerde la cola, y que corresponde al muy antiguo y nunca mejorado jeroglífico de la materia mercurial.

Y para completar el epígrafe *Causa nostra laetitia*, hay que referirse a una nueva alusión a este mismo tema, que se puede encontrar en la *Tabla Esmeralda*, texto atribuido a Hermes Trismegisto, originariamente escrito en griego, y que contiene todo lo relativo a la *Obra Solar* en términos cabalísticos. En uno de sus párrafos dice: «El Sol es el padre y la Luna, la madre. El viento la ha llevado en su vientre. La Tierra es su nodriza y su receptáculo. El Padre de todo, el *Telema* del mundo universal, está aquí». Este párrafo está dedicado al mercurio de los sabios, como podrá ver el lector por todo lo explicado, que contiene los principios contrarios (sol-luna, padre-madre, masculino-femenino) a la vez que también al Padre de todo, el *Telema* (Θελημα significa *voluntad, deseo*), es decir, la voluntad del creador del mundo universal. Pues bien, reparemos en que Θελημα es una pala-

bra prácticamente homófona de Δηλημα que quiere decir *causa de ruina*. Así, resuena una vez más que lo que ha sido causa de muerte y olvido, por voluntad divina, es también causa de nuestra alegría, porque trae la vida y el poder regenerador de la sabiduría. Gracias al mercurio, dice Fulcanelli, «primitivo agente vivo y vivificante, resulta posible devolver la vida al azufre de los metales muertos. (...) Poseyendo este *azufre vivo* y activo calificado de filosófico, a fin de subrayar su regeneración, bastará unirlo en proporción justa al mismo *mercurio vivo* para obtener, por la interpenetración de estos principios vivos, el *mercurio filosófico* o *animado*, materia de la piedra filosofal».

[The text in this section is extremely faint and illegible due to heavy noise and low contrast. It appears to be a list or a series of entries.]

[A vertical strip of text on the left margin, containing some faint markings and possibly a page number.]

Vas spirituale

(n° 25)

La Virgen María es llamada Vaso Espiritual porque Les el cuerpo terrenal que contiene la simiente del Espíritu Santo («... había concebido del Espíritu Santo», se dice en el evangelio de Mateo I,18) y que dará a luz al Salvador. La Virgen hermética, la primera materia del arte, es el cuerpo terrenal mercurial que contiene la simiente espiritual azufral, de la que ha concebido por ser su contrario ideal, y que dará a luz a la sustancia llamada *medicina universal* salvadora.

Nos recuerda J. E. Cirlot en su *Diccionario de Símbolos*, que «el vaso de oro con azucenas es el emblema más natural de la Virgen María». Isidoro de Sevilla en sus sugerentes *Etimologías* dice de la azucena, del lirio, que «es una planta de color lechoso, de donde le viene el nombre, porque es como si dijéramos *liclia*. Siendo blanco el color de sus pétalos, resplandece, no obstante,

en su interior con destellos de oro» (Liber XVII 9,18). Es ésta la imagen perfecta de la Virgen hermética: su blanca leche contiene la semilla dorada, y eso la define. La blancura de su flor se ha asociado siempre a la *pureza*, a la *cualidad virginal*. Pero anotemos que la azucena y el lirio son la misma flor y que, precisamente por ello, sus distintas etimologías conducen al mismo punto. La de azucena, como bien indica el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, procede del árabe *as-susana*, que quiere decir *el lirio*⁴⁵ y que en la Edad Media es profusamente utilizado como símbolo de la Virgen María, por ser el lirio blanco emblema de la luz, pureza, inocencia y virginidad. La etimología de la palabra lirio también se acerca a la idea que nos vamos formando de las Vírgenes. En griego se expresa con el término λειριον, en fonética castellana *lirón*, que, justificando la definición del sabio Isidoro, sería la crasis de ληιη, que quiere decir *captura*, *botín*, y ερω, verbo que significa *conservar*, *proteger*, *ocultar*. Es decir, el lirio sería atributo mariano porque guarda, oculta, conserva y protege un botín, una conquista valiosa, que no es sino el que provoca los reflejos dorados aludidos por Isidoro, la promesa del Cristo (de Χρυσος, *oro*, y τως, *donde*). Y para

45. Es inevitable en este momento que acuda a nuestra memoria la historia bíblica de Susana (as-Susana), la casta *Susana*, paradigma de *pureza* como lo es también la Virgen María, y cuyo nombre cabal sería el de *jugo de la abuela*, tampoco tan alejado de la lectura real de lo que representa la Virgen hermética.

persistir en esta idea, se puede sacar a colación a un pequeño animal cuya característica más relevante es la de permanecer dormido (en el *letargo* que se sugiere en el epígrafe anterior) y oculto, como nuestro *mercurio* en la mina, durante largas temporadas: el *lirón*, muy cercano fonéticamente a *lirion*, y que en latín se llama *glis*, de donde procede el adjetivo *glinius*, que quiere decir dormilón o adormilado.

La Virgen María es, nos recuerda ahora Fulcanelli, «el Vaso que contiene el Espíritu de las cosas». Ya hemos explicado que es la *sedes sapientiae*, porque contiene lo de arriba, el espíritu, y lo de abajo, la materia terrenal que hace de receptáculo al espíritu divino (*divino* se dice θειος) o, lo que es lo mismo, al espíritu del azufre (*azufre* se dice θειον)⁴⁶.

Analicemos ahora el adjetivo *spiritualis* que completa la frase epigráfica. Traduce la expresión *que sirve para la respiración*, aunque en una segunda acepción y en sentido figurado, es usado por Tertuliano con el sentido de *espiritual* o *inmaterial*. La procedencia del adjetivo es el sustantivo *spiritus*, que significa *soplo de aire o de viento*, y también *hálito*, que a su vez tiene origen en el

46. No nos cabe duda de que quien inventó o encontró (el verbo latino *invenire* quiere decir *encontrar*) estas palabras, dio soporte explicativo a la base de la gran tríada de la obra hermética: Azufre, Θειον divino; Mercurio, Μητηρ Κυριος o Madre de Dios; y Sal, o el producto que *sale*, manifestando el *éxito* (del verbo latino cuyo infinitivo es *exire*, salir).

verbo cuyo infinitivo es *spirare*, que quiere decir *soplar*, *correr el viento*. La etimología oficial no se expresa en los diccionarios, y sus autores prefieren acudir a la socorrida y nada comprometida expresión «de origen oscuro», en lugar de reconocerla claramente en la raíz griega σπειρ-. A partir de este sonido, en castellano *spir*, en griego se construyen palabras como σπειρα, que significa *espiral*, y que está íntimamente relacionada con el movimiento del aire tal como se puede comprobar a diario, cuando se muestran en la televisión las fotografías sucesivas que han sido obtenidas por los satélites meteorológicos, y que enseñan que todos los meteoros están originados por el movimiento en espiral del aire. Otra palabra griega de la misma raíz es el verbo σπειρω, cuyo significado es *engendrar*, *procrear*, y que tiene relación con la palabra latina *spiritus* que también quiere decir *hálito*, pues es con el soplo divino como se creó la vida en el cuerpo del hombre formado con arcilla blanda⁴⁷. Por lo tanto la Virgen es el continente del movimiento espiral creador de los fenómenos físicos, y del soplo divino generador de la raza humana.

Y ya que la relacionamos con las espirales —forma que supone un movimiento que trasciende lo humano y que es el de las galaxias y del universo, el

47. Según explica San Jerónimo, el nombre de Adán puede traducirse como *tierra roja*. Isidoro de Sevilla añade: «La carne fue tomada de la tierra y la materia con que se hizo al hombre fue el barro» (Liber VII 6,4).

movimiento cósmico por excelencia— hemos de mencionar la palabra griega ελιξ, que también tiene el significado de espiral. La semántica de esta palabra es el concepto de «lo retorcido, lo tortuoso»; por eso, y como ejemplo, diremos que el nombre del olivo es ελαις, porque su característica física más llamativa es el retorcimiento de su tronco y lo tortuoso de sus nudos (nudo de la madera también se dice σπειρα), o ελινος, que es el nombre griego del sarmiento, porque sus terminaciones prensiles se enrollan en espiral alrededor de un soporte. Asimismo ελιξ nombra los repliegues de la serpiente, un animal que, además de con otras formas, en griego también se le llama σπειρα.

Y ya que hemos llegado a la serpiente a través de la palabra espíritu, aprovecharemos para construir un jeroglífico de la frase *Vas spirituale* y que sería una copa en la que se enrolla en espiral una serpiente. Coincidiremos entonces con un emblema tradicional, por fortuna conservado hasta hoy: el de la farmacia. Pero no nos quedemos aquí. En griego la palabra farmacia se escribe φαρμακια, que quiere decir *maga, hechicera*, a la vez que *envenenadora*, de la misma manera que φαρμακευς, es decir, farmacéutico, designa al que prepara medicamentos, además de al envenenador. Vemos de nuevo a la Virgen, a las Vírgenes, como continente de lo que cura, que comporta la alegría, y de lo que envenena, que lleva consigo la muerte; de la medicina y del veneno; la materia propia de la serpiente σπειρα, que

reúne los contrarios, y que no es otra cosa que el mercurio de los sabios.

Ya se ha dicho que en el mercurio está la medicina. En el lenguaje simbólico de la alquimia, la *medicina universal* es denominada *elixir*, como se reconoce incluso desde el lenguaje común. Así, buscando la voz *elixir* en el diccionario, vemos que la primera acepción que contempla es *piedra filosofal*. Su etimología, dice la ortodoxia, viene del árabe *al-iksir*, que quiere decir medicamento seco, polvo que transmuta los metales, como también piedra filosofal, a la vez que hacen proceder el sustantivo árabe *iksir* del griego ξηριον, que significa *medicamento en forma de polvo seco*. Buena parte de verdad hay en esta propuesta de etimología, puesto que la piedra filosofal sólo puede ser empleada reducida a polvo y, según la aplicación que se le quiera dar, introducida en un excipiente adecuado. Sin embargo, tanto su conexión árabe como la propia fonética castellana proporcionan más información al respecto.

La palabra árabe *iksir* proviene del sustantivo griego ιξις, que quiere decir *llegada*, y que se confirma en este caso porque el elixir, la piedra, es el final del camino de la obra alquímica propiamente dicha. Su fonética castellana, *elixir*, la acerca a la crasis de ελη, *calor del sol*, y εξις, *posesión*, de manera que se podría decir que el elixir es el calor del sol atrapado («captad un rayo de sol...», dice el maestro Fulcanelli), lo que en términos alquímicos se traduciría como *la fijación del azufre*. De otra parte, ελιξ significa también órbita de los cuerpos celestes.

tes, es decir, de forma de eclipse; pues bien, la palabra ελλειψις, *eclipse*, nos lleva a ηλειψα, de fonética *elipsa* y, a través del sustantivo αλειψις, a la figura del *ungido*, o sea del χριστος, de fonética *Cristo*. Y Cristo es el *Salvador* y el *Redentor*, de la misma manera que el elixir es la medicina *salvadora*, y su proceso de elaboración supone una *redención*, es decir, la recuperación, a cambio del pago de un precio (el estudio y el trabajo), de algo que se había tenido y se había perdido (el conocimiento de la ciencia divina).

Vas honorabile

(n° 26)

Por ser la madre del Cristo, por haberle llevado en su seno y originado su nacimiento, a la Virgen se le llama *vaso* digno de ser *honrado*. Sin embargo, a pesar de ser tan simple y tan comprensible y cierta la frase dedicada a María, la elección de las dos palabras que la componen sugiere otras posibilidades que a continuación van a ser objeto de análisis.

La palabra latina *vas* de genitivo *vasis*, ya explicada en el apartado dedicado a la frase *Vas spirituale*, transmite la idea de continente de cualquier líquido, porque, como dijimos, el mercurio es acuoso y el nombre de María está directamente relacionado con el elemento agua. Pero además de *continente*, el mismo sonido latino *vas* de genitivo *vasis* quiere decir también *fianza* o *cau-*

*ción*⁴⁸. Atención, un nuevo concepto se introduce en el estudio y la pregunta es inmediata: ¿de qué podría ser fianza el mercurio de los sabios? Si acudimos a la otra palabra de la frase epigráfica, *honorabilis*, su raíz *ono-* dirige a palabras griegas como *ovos* y también *ovos*, que definen el precio que hay que pagar por algo (de donde la palabra castellana *honorario*, en el sentido de estipendio o sueldo que se paga a alguien por su trabajo).

Los conceptos de honor y de fianza se hallan íntimamente ligados en el lenguaje, y no son tan ajenos el uno del otro como pudiera parecer. La palabra griega *τιμη*, que quiere decir *honor* y también *pena a pagar*, es derivada del verbo *τιμαω* que, además de *honrar*, significa *evaluar la pena de un delito*. Y para explicar mejor estos conceptos y su cabal presencia en el tema de filosofía hermética que estamos tratando, conviene hacer notar que de la fonética de la palabra *τιμη* extrajo el maestro Platón el nombre del protagonista de su diálogo *Timeo*⁴⁹

48. También el sonido *vas*, de genitivo *vadis*, está relacionado con el elemento agua, porque si *vadium* señala la fianza de una persona de comparecer en juicio el día señalado, de la misma familia es *vadum*, vado, paso practicable a través del agua.

49. En el diálogo *Timeo* desarrolla Platón una exposición detallada y cuidadosamente estructurada de la cosmogénesis y la antropogénesis, yendo siempre de lo más abstracto a lo más concreto, de lo general a lo particular y de la unidad a la multiplicidad, estableciendo la analogía entre el mundo de las ideas, el mundo real y el hombre, ahondando de una manera magis-

(Gredos, Madrid 1992), un profundo y extenso tratado de filosofía natural. En griego se escribe Τιμαιος, y es un personaje que en el texto se le señala como natural de Lócride (en griego Λοκρίς, crasis fonética de λοχος, *parto*, y χρυσος, *oro*) que, además de ser definido como alguien que «ha llegado a la cumbre de la filosofía» (20a), es un hombre que «recibió los más altos honores de aquella ciudad» (20a) y que hace su discurso para «saldar la deuda de hospitalidad»⁵⁰ que tiene con Sócrates (20b). Su presencia, decíamos, es oportuna, porque resulta difícil no recordar a la Virgen, en la cumbre de la filosofía al ser la *Sedes Sapientiae*, siendo ella misma

tral en cuestiones fundamentales de la filosofía hermética. Además, cuando habla de los principios de los cuatro elementos, afirma que sólo son conocidos por el dios y por *quien es querido por él*. Alude así a una sabiduría y a una doctrina superior que emana de la divinidad y que, sin embargo, es susceptible de ser conocida por alguien concreto. Aunque no la nombra, podemos decir aquí que se trata de la alquimia. No es un libro fácil. De los diálogos de Platón quizás sea el más citado y a la vez el menos comprendido pero, a pesar de ello, creemos que es del todo recomendable a los estudiosos.

50. La palabra castellana hospitalidad deriva del latín *hospes*, huésped, así como también *hostis*, con el mismo significado. Ambas expresan, al tener un valor de reciprocidad, la obligación de compensar cierta prestación de la que se ha sido beneficiario. En griego existe la misma figura pero bajo un nombre distinto, ξενος, y que indica relaciones del mismo tipo entre hombres vinculados por un pacto que implica obligaciones precisas que se extienden también a los descendientes.

el lugar de donde nacerá el oro (recuérdese el nombre de Cristo como *donde está el oro*), que recibe los más altos honores expresados en la Letanía, en la que se le llama expresamente *Vas Honorabile*, y que, como se ha visto, es el origen del Redentor cuya presencia en este mundo servirá para saldar una deuda.

Esta última cuestión enlaza con lo dicho a propósito de la frase *Causa nostra laetitia*, donde concluimos que la única redención del hombre después del castigo de olvido derivado de la revelación de los secretos naturales que habían quedado grabados en su código genético era la recuperación, por medio del esfuerzo, del estudio y la rectitud moral que éste llevaba consigo, de lo que le había sido revelado gratuitamente. Es natural, pues, que la primera materia del Arte, el mercurio de los filósofos, sea la prenda, el precio que el hombre tiene que pagar para saltar por encima del castigo del olvido y acceder al conocimiento de la ciencia divina.

En conexión fonética con la palabra τιμη, *honor*, está el otro término griego θιμος, que quiere decir *fuerza vital, vida*, y que haría posible otra lectura de la frase epigráfica, definiendo a la Virgen como *continente de la fuerza vital*. Otro equivalente fonético al latín *honor* sería la palabra *onus*, que significa *carga*, de la que Julio Cejador, en su inestimable *Diccionario Etimológico-Analítico Latino-Castellano* (La Moderna, Murcia 1941), dice que «su variante es *hon-or*, con *h* adventicia», y que proviene del verbo cuyo infinitivo es *onerare* (de donde la palabra castellana *oneroso*), que corres-

ponde a *cargar, pesar, gravitar*, porque el honor supone a veces una carga, una obligación pesada de mantener.

Dentro de las voces fonéticas alrededor de las que nos estamos moviendo, resulta muy interesante destacar que el sustantivo griego ονος nombra al *asno*, un animal con un papel importante dentro de la simbología hermética. Paciencia, capacidad de sufrimiento y docilidad son algunas de sus admirables cualidades. Aunque la ortodoxia de la lengua establezca su etimología con el socorrido «del latín *asinus*, de origen incierto», su nombre viene de ονυξ, *uña*, porque camina sobre las uñas que forman sus cascos, y también del concepto aludido en el párrafo anterior que se refiere a *cargar, pesar*, porque el asno ha sido utilizado siempre por el hombre como un despreciable animal de carga. Y tanto es así, que el mal trato que se le ha dado tradicionalmente ha originado palabras derivadas de su nombre, como ονοσις, que quiere decir injuria, ultraje, desprecio. Sin embargo, este sufrido animal es otro emblema del sufrido mercurio, con quien comparte esa capacidad de sufrimiento ya aludida, y que llega a ser extremada si tenemos en cuenta las pruebas simbólicas y reales que sufrirá el mercurio en su lanzado camino hasta llegar a convertirse en piedra filosofal. Aunque suele adjudicársele *falta de inteligencia*, αουνητος en griego (y que es origen del sustantivo latino *asinus*), uno de los rehabilitadores sinónimos castellanos de asno, como *pollino*, encuentra sus raíces en el adjetivo griego πολυνοος, que se traduce por *muy inteligente*, pues deriva de πολυς, que quiere decir

mucho, y νοος, que significa *inteligencia*. Su dócil comportamiento se debe a la inocencia de su carácter (ασινης), por lo que comparte símbolo mercurial con la Virgen (ασινης), y a la dignidad frente a su destino. Al igual que el mercurio, está físicamente señalado con una cruz por la Naturaleza, y constituye un símbolo que estuvo presente en el nacimiento y en la entrada del Cristo real y del simbólico en Jerusalén, donde lo llevó a cuestas. El *asno*, por ello, fue llamado *San Cristóbal de Pascua Florida* porque Cristóbal, o Cristóforo, como la Virgen, es portador de Cristo (de Χριστος y el verbo φερω, *llevar*). El asno, como las Vírgenes, está *cargado* de buenas promesas que se concretarán en el nacimiento del Cristo Salvador y en el de la medicina universal salvadora.

Vas insigne devotionis

(n° 27)

La Virgen es el *vaso señalado para la devoción*⁵¹. La frase expresa lo que se suele entender con facilidad

51. La señalización de algún vaso como digno de ser reconocido, debido a los nobles fines a que está destinado, como en el caso que nos ocupa, se pone de manifiesto en las Sagradas Escrituras repetidas veces, siempre con la idea fundamental de dejar claro que tal señalización es producto de la libre voluntad divina. En el Libro de la Sabiduría (XV,7), Salomón dice: «De un mismo barro hace vasos que sirven para cosas limpias, e igualmente otros para cosas que no son tales; siendo el alfarero el árbitro del destino que han de tener los vasos». En la Epístola de San Pablo a los Romanos (IX,21) se insiste: «¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?». Concreta más San Pablo en la segunda epístola a Timoteo (II,20-21), cuando expresa: «Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y

desde el punto de vista de la práctica religiosa: la persona que ha sido el recipiente que ha albergado en sus entrañas al Hijo de Dios, tan esperado, es oportunamente señalada como destinataria del fervor y de la devoción religiosa de los creyentes.

Pero para analizar la frase desde el punto de vista que ahora nos ocupa, hay que tener en cuenta, y diferenciados con toda claridad, cada uno de los tres conceptos con los que se construye: *vaso*, *señal* y *devoción*. El concepto de *vaso* en la tradición simbólica hermética ha sido ya comentado con anterioridad y, por el momento, nos quedamos con la sola idea de continente, de materia receptiva, de simple excipiente. Por lo que respecta a la *señal*, se trata de un concepto nuevo y que trataremos de analizar para justificar su importante presencia. Como ya se dijo, la Virgen, las Vírgenes, son el emblema de la primera materia de la obra alquímica, del mercurio de los sabios. Pues bien, esta materia, a veces tan cerca de nosotros, a veces tan lejos de nuestro reconocimiento, está sellada por la Naturaleza. Como en tantas ocasiones sucede, los animales, vegetales, minerales, accidentes geográficos o fenómenos de la Naturaleza que asumen en su personalidad alguna característica que forma parte del

de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, *útil* al Señor, y *dispuesto* para toda *bueno obra*.

amplio bagaje del conocimiento hermético, están sellados, marcados de manera ostensible y real, por mor de ellos en su totalidad o por su característica especial, y habitualmente son nombrados, ellos mismos o su característica, de una manera tan oportuna que, a través del estudio cabalístico, se puede llegar a conocer, a entender y a aplicar lo que están enseñando al estudioso⁵².

La primera materia es, en este sentido, ejemplar. Sin faltar a las estrictas normas del silencio, podemos decir que su señal es una cruz marcada por el fuego. Pero no por el fuego vulgar sino por el sutil fuego secreto que, como única presencia física, deja su impronta en la materia contraria que le es afín. La Naturaleza, de la misma manera que es ayudada por el artista a producir lo que ella misma produciría en un tiempo más dilatado, acude en ayuda del artista y

52. Estamos persuadidos de que los nombres de las cosas no son casuales, de que detrás de cada uno de ellos se puede encontrar una motivación que no es, en absoluto, caprichosa. Y para convencerse de lo que proponemos, sugerimos al lector que siga las pistas de los nombres de lo que es más cotidiano en su vida, en la confianza de que tal ejercicio no le defraudará. Quizá por este camino va Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (Liber XII 1,1) cuando explica que: «Fue Adán el primero que impuso nombre a todos los seres animados, dándoles a cada uno su denominación de acuerdo con su aspecto externo y en consonancia con las condiciones naturales de que estaban dotados».

le manifiesta, cada vez que su trabajo ha sido hecho conforme a las reglas, una señal inequívoca que le proporciona seguridad y certeza. Así, el artista está en diálogo con el difícil proceso y cuando ha de acometer una nueva fase de la obra, sabe, por la propia contestación de la Naturaleza, que está en el buen camino⁵³. El vaso del filósofo sería, para decirlo en términos actuales informáticos, una especie de pantalla interactiva.

Decíamos que la primera materia está señalada por el fuego. Pues bien, en griego, la huella, la pista, la señal, se dice *υχνος*, palabra que participa de la misma raíz fonética que la familia de palabras latinas relacionadas con el fuego, denominado *ignis*, como la de nuestra frase, *insigne* (*ins-igne*), es decir, que contiene el fuego o su señal propia.

Para mejor comprensión de la señal con que marca el fuego, acudamos a un monumento bien conocido por todo el mundo, puesto que ha llegado a ser el símbolo clásico y tradicional de la arquitectura egipcia: es la pirá-

53. La literatura alquímica proporciona abundante información sobre las señales aludidas, la más espectacular de las cuales es la estrella de seis puntas, el llamado Sello de Salomón, que se dibuja con dos triángulos contrapuestos que indican los sentidos de subida y de bajada, lo de arriba y lo de abajo, el azufre y el mercurio, juntos, estables, formando un sublime compuesto, signado por la Naturaleza para dar fe de la maestría en el Arte.

mide de Keops, la mejor conocida de todas las pirámides y la que no ha sido superada en altura, tamaño, ni calidad de construcción. Levantada durante la IV Dinastía en el siglo XXVI antes de Cristo bajo el reinado del faraón *Keops*⁵⁴, se trata de un inmenso edificio sabiamente calculado, sólidamente construido y bellamente acabado, que ha dado origen a infinidad de comentarios y especulaciones, no siempre acertadas, derivadas de la falta de conocimiento teórico sobre las formas de construcción egipcias, tan distintas conceptualmente de las de otras civilizaciones coetáneas o de las nuestras. Sin adentrarnos en ellas para no caer en las mismas especulaciones, nos limitaremos a concretar deducciones basadas en datos ciertos. Se sabe que tiene

54. El faraón Keops, en griego $\chi\epsilon\omicron\psi$ aunque su nombre original era *Kufu*, fue el motor de la construcción de la pirámide de la que hablamos. Tiene una historia oficial de muy mala reputación, originada por la manía de los historiadores antiguos y modernos de medir, con las pautas de conducta vigentes en el momento de escribir sobre la historia, sucesos y comportamientos que por lo general están demasiado alejados de dicho momento (en este caso, Keops está separado del siglo XX nada menos que por 4.600 años). Su nombre, un dato cierto que nos ha llegado inalterado a pesar del tiempo, está formado por la crisis del verbo $\chi\epsilon\omega$, que quiere decir *emitir, dejar oír, difundir*, y el sustantivo $\omicron\psi$, *lenguaje*. De esta manera podemos asociar al personaje la intención subterránea, diríamos que hermética, de difundir un mensaje concreto a la posteridad, aserto que se ve corroborado por la gran obra de su reinado.

los lados de su planta perfectamente orientados hacia los cuatro puntos cardinales, posición que le permite señalar la dirección del recorrido del sol; de hecho, la traducción de su nombre en escritura jeroglífica es «La pirámide que es el lugar de la salida y puesta del sol». Advertimos igualmente que el nombre *pirámide*, en griego, se dice πυραμυς, de la misma manera que lo que tiene *forma piramidal* se denomina πυραμοειδης. Pero ¿a qué se debe esta forma tan particular? La palabra está compuesta por πυρ, *fuego*; αμος, un modo del pronombre posesivo *nuestro*, y ειδος, *forma, aspecto, representación*. Así, la palabra que nombra la figura de la pirámide se podría traducir como *la representación de nuestro fuego*. ¿Por qué de *nuestro* fuego y no del fuego en general? Porque no se trata, como ya se avanzó, del fuego vulgar, sino del fuego secreto azufral que deja su impronta en la primera materia del arte. Y ¿cual sería esa representación? También la que dijimos, la cruz. Si se hace el ejercicio de mirar la pirámide desde lo alto, la señal que deja en la tierra es la de una cruz que, vista según la precisa orientación de la base de la pirámide, es un aspa o cruz de San Andrés. El *fuego secreto*, representado en la simbología alquímica por el *sol*, deja en *nuestra tierra* la *señal de la cruz*. Y por si hubiera dudas sobre la relación de la pirámide con el fuego, a pesar de su evidente etimología de raíz πυρ-, anotemos que es el único edificio en el mundo que, destinado a evidenciar el origen solar de su forma, no proyecta sombra cuando el rey sol está en el apogeo de su reinado celeste.

Para comprobar en la práctica el postulado anterior, hagamos el ejercicio de colocarnos en la latitud geográfica de la pirámide y observemos desde allí el sol y el recorrido que hace en el cielo cada día. Podremos constatar que llega una época del año en que la altura del sol es suficiente como para superar la inclinación de su cara norte consiguiendo así iluminar las cuatro caras de la pirámide durante un cierto tiempo al día, y causando así lo que llamaríamos insolación total o ausencia de sombra sobre el terreno. En efecto, desde el recorrido más bajo del sol, en el solsticio de invierno, la altura del astro va aumentando hasta que llega el día, cerca del equinoccio de primavera, en que comienza la insolación total; ese tiempo de insolación va aumentando hasta llegar a su máximo en el apogeo o solsticio de verano, para ir decreciendo progresivamente cuando el sol va hacia el perigeo o solsticio de invierno, y dejar de insolar totalmente la pirámide cerca del equinoccio de otoño. Pues bien, si calculamos y anotamos el tiempo diario de insolación total y lo dibujamos en un sistema de coordenadas *fechas/horas*, apreciaremos que abarca un período aproximado de seis meses, entre el principio de Aries y el principio de Libra, y también, que la gráfica que se obtiene en nuestro sistema de coordenadas es una elipse o, si las escalas de los ejes son *proporcionadas*, una circunferencia, la figura del símbolo del sol.

El tercer concepto que forma parte de la construcción de la frase epigráfica es *devoción* y, para tratar de él, diremos que en griego la raíz $\epsilon\nu\chi$ - está presente en todas

las palabras que se relacionan con la devoción. Así, el sustantivo *ευχη* traduce los conceptos súplica, oración, voto, promesa, deseo, etc. También *ευχος* expresa lo que es motivo de un voto, objeto de gloria, de orgullo. Se aprecia una vez más la capacidad que tiene la lengua griega de explicar con una sola palabra una idea compleja y llena de significaciones particulares concretas y que, si bien no es tan precisa en la forma como nuestros idiomas actuales, consigue en el fondo una idea más completa del concepto que pretende expresar debido a las resonancias que despierta con su fonética. Una de esas resonancias se produce, precisamente, con la raíz *ευχ-* aludida. Considerada como un jeroglífico, está compuesta por el adverbio *ευ*, que se incorpora como partícula a una gran cantidad de palabras griegas a las que da un sentido concreto de bondad, idoneidad, conformidad con un orden establecido, perfección y pureza⁵⁵, y la letra X, vigésima segunda letra del alfabeto griego, de nombre y fonética *ji*, y que en simbología hermética es el jeroglífico de la signatura del fuego secre-

55. En castellano también hay palabras de uso corriente y de origen griego que contienen la partícula *ευ*. Eutanasia (de *ευ* y *θανατος*, muerte buena o muerte digna), euforia (de *ευ* y *φερω*, llevar de la mejor manera, con bienestar y optimismo), eufemismo (de *ευ* y *φημη*, modo de decir para suavizar expresiones duras o malsonantes), son ejemplos de uso común.

to, de la que hablábamos en el párrafo anterior. Su forma es una cruz en aspa y representa, dice Fulcanelli, «el gran símbolo de *la luz manifestada*». «La X griega y nuestra X representan la *escritura de la luz por la luz misma*, la señal de su paso, la manifestación de su movimiento y la afirmación de su realidad. Es su verdadera firma». Este fuego secreto, activo generador de la Naturaleza, es también su único renovador, su único sanador. Cuando se completa el sacrificio de Cristo en la cruz, cuando se lleva a buen término el sacrificio generativo del mercurio *por los tres clavos en la cruz*, signatura del fuego secreto, se entiende la inscripción *INRI* que preside el cuadro y describe lo que acaba de suceder. Mientras que su lectura exotérica es *Jesus Nazarenus Rex Iudeorum*, lo que el filósofo debe leer es *Ignem Natura Renovatur Integra*, es decir, *Por el fuego, la Naturaleza se renueva en su totalidad*.

Reanudando el discurso anterior, nos referiremos al verbo griego εὐχομαι, que quiere decir *hacer voto, orar, rezar, elevar preces*, conceptos todos ellos relacionados con la devoción, y que expresa acciones igualmente relacionadas con la tierra buena, con la tierra idónea (de εὖ, *buena, idónea*, y γῆ, *tierra*), con el mercurio.

La frase *Vas insigne devotionis* podría traducirse, según todo lo expuesto, como *el continente señalado por el fuego secreto como la tierra idónea para contenerlo*. Se refiere, claro está, al mercurio de los sabios, nuestra Virgen hermética, la tierra elegida para contener el azufre, principio activo de la vida que, aunque se halla realmente conteni-

do en todo cuerpo vivo, sólo uno de ellos, nuestro mercurio, es el idóneo para los trabajos del Arte.

Por último, no es ocioso reconstruir con las palabras de esta frase el resultado que concluimos a partir del examen de la frase *Vas honorabile*. Se tendrá así idea de lo recurrente que es en todo momento la literatura hermética pues, al fin, siempre se habla de los mismos conceptos, que son barajados una y otra vez, usados de mil maneras distintas gracias a las mil posibilidades cabalísticas que ofrecen las diferentes formas de ser nombrados y las distintas posibilidades de construir la fonética de sus nombres. Lo que se aclara en un lugar, en otro se oscurece, provocando sin cesar el estudio atento y continuado, exigiendo al estudioso no sólo la capacidad de análisis sino también la de relación, actividades ambas imprescindibles y complementarias para garantizar el éxito en las averiguaciones⁵⁶. Así pues, si tenemos en cuenta la palabra *vas* en el sentido de *compromiso* ya

56. A este respecto reseñaremos, a modo de ejemplos, lo que se expone en importantes textos alquímicos. *Artefio*, en su libro incluido en la *Biblioteca de Filósofos Químicos* publicada en París en 1741, dice: «¿No es de sobras conocido que nuestro Arte es un arte cabalístico, es decir, que sólo hay que revelarlo oralmente, y que rebosa misterios? ¡Pobre idiota! ¿Cómo puedes ser tan ingenuo que creas que te enseñaríamos abierta y claramente el mayor y más importante de nuestros secretos? Yo te aseguro que quien trate de explicar lo que los Filósofos han escrito mediante el sentido

explicado, *insigne* como *señalamiento*, y *devotionis* (derivada del verbo latino cuyo infinitivo es *vovere*, que quiere decir *establecer un compromiso con la divinidad*) como ese compromiso o rescate establecido por la divinidad, volveríamos a la recurrente idea de que el mercurio es la tierra acuosa señalada como la única posibilidad de redención del pecado original, porque permite superar las trabas de muerte y olvido establecidas por la divinidad después de la revelación gratuita al hombre de los secretos de la ciencia divina.

ordinario y literal de las palabras se encontrará encerrado en los meandros de un laberinto del que nunca podrá salir». También en la *Turba Philosophorum*, uno de los textos herméticos occidentales más antiguos, se dice: «Notad que, cualquiera que sea la manera en que [los filósofos herméticos] han hablado, la Naturaleza es una, y ellos se hallan de acuerdo y hablan de lo mismo. Pero los ignorantes toman las palabras tal y como las decimos, sin comprender el qué ni el porqué: deberían considerar si nuestras palabras son o no razonables y naturales, y entenderlas en consecuencia; pero si no fueran razonables, deberían tratar de elevarse a nuestra intención en lugar de atenerse a la letra. En cualquier caso habéis de saber que nosotros estamos todos de acuerdo, digamos lo que digamos. Así pues, comparad los unos con los otros y estudiadnos; porque en uno está claro lo que en otro permanece oculto, y quien verdaderamente busque, encontrará».

Rosa mystica

(n° 28)

Analizaremos ahora una frase que es más simbólica aún desde la lectura devocionaria que desde la hermética. La Virgen, a la que se considera por su cualidad de madre como un continente, y por lo de virgen como una madre ajena al proceso humano de ser madre, es asociada con una materia que florece, no de una forma humana sino misteriosa y espiritual, lejos de las contaminaciones del mundo inevitablemente real. Es la rosa mística⁵⁷.

57. La contaminación real a la que aludimos proviene del simbolismo antiguo de la rosa, que en la cultura grecorromana era signo de amor y de placer. Servía para adornar a las prostitutas romanas que el día 23 de abril se dirigían en procesión a adorar a Venus *Ericina*. En la cultura cristiana, y dada la relación admitida subliminalmente entre la Virgen María y Venus (como ejemplo, veremos más adelante

La rosa, símbolo antiguo del amor y del placer, estaba relacionada con la prostitución, un oficio que no era tan denostado en las culturas antiguas como lo es en la nuestra. Pues bien, fijémonos en que la primera característica de una prostituta era su disponibilidad, lo que permitía ser utilizada por quien la solicitase y pagase por ello. No escogía, era escogida. Como consecuencia de la elección del interesado, ponía en actividad un bagaje de conocimientos del arte amatorio que embauca y enamoraba al destinatario de los favores, abriéndole un mundo atractivo y placentero, inusitado en su vida cotidiana. Además, las prostitutas, al ser su profesión clara, conocida y asumida por todos, no provocaban, a pesar de su promiscua actividad, el rechazo o el desprecio de sus clientes; para cada uno de ellos suponía la relación con una parte de lo femenino, en lo absoluto, desprovista de cualquier implicación negativa, tomando siempre esa relación como algo nuevo, renovadamente nuevo, tal como para nosotros es ahora la relación con un abogado, aunque podamos saber que se ocupa a la vez de otros diez casos, o con un confesor,

que a la Virgen se le llama Estrella de la Mañana, es decir, el planeta Venus), era necesario separar un símbolo pasional como la rosa, dedicada a Venus, de la Virgen María; pero como el parangón no era susceptible de ser disuelto, al ser tan cierto, se optó por reconvertir la rosa venérea (de Venus) en rosa mística, espiritualizada y desligada así de la carga moral derivada de ser símbolo del amor físico.

del que sepamos que ha confesado antes a otras diez personas. En la esencia, la prostituta siempre era nueva y exclusiva a pesar de su dilatada experiencia profesional. Ésta es la imagen de la ramera histórica de las culturas antiguas, tan valorada en Mesopotamia, Grecia, Roma, o los países más orientales. Y si en la nota 57 hemos recordado que las prostitutas romanas se adornaban con rosas el día 23 de abril para ir en procesión a adorar a Venus Ericina, es oportuno recordar también que tal costumbre derivó a que en algunos países las mujeres públicas llevaran una rosa como distintivo. No está lejos de esa tradición la costumbre que existe hoy en día en Cataluña, de regalar rosas a las mujeres precisamente el 23 de abril. La tradición, como resulta evidente, no es la misma, pero podemos comprobar cómo subyace la asociación de lo femenino con el concepto antiguo de prostitución a través del símbolo de la rosa. En este día a los hombres se les regala un libro, posible símbolo de la activa sabiduría azufral, y a las mujeres la rosa, el símbolo del paciente y receptivo mercurio.

Las características expuestas de la prostituta, salvando unas respetuosas distancias, aunque no simbólicas⁵⁸,

58. En griego, *prostituta* se dice πορνή (de donde en castellano la palabra pornografía). Πορνή es la crasis del sustantivo πρως, *miembro viril*, y el verbo ορνυω, que quiere decir *hacer levantar* o *excitar*. El resumen es fácil: prostituta es la que provoca la erección del falo, la que hace despertar los deseos sexuales masculinos. Pero dada la relación hermética que pretendemos establecer, hemos de significar que la

no están lejos de nuestro mercurio, de la primera piedra de la obra filosófica, como haremos ver.

La primera característica del mercurio es su disponibilidad. Está, ha sido creado y permanece en su secreto antro a la espera del filósofo que lo solicite y pague por él para entregarle su cuerpo. Es ajeno a la existencia de los filósofos, no los elige, y está siempre disponible, aguardando ser escogido. Cuando se produce este afortunado hecho, se da por completo y sin reservas, desarrollando su enorme potencia y poniendo en actividad un bagaje de conocimientos del arte hermético (recuérdese que el mercurio es la sede de la sabiduría) que embauca y enamora al filósofo, destinatario de los favores de la Naturaleza, y al que le abre la puerta de un mundo nuevo y profundo, atractivo y placentero, no habitual en su vida cotidiana. Además, cada vez que un filósofo toma el mercurio y lo trata, está utilizando el mercurio virgen, el que no ha sido tocado jamás por nadie. En cada obra de cada artista, a través de los años y de los siglos, el mercurio es siempre virgen. A pesar de que el filósofo, ayudando a la Naturaleza,

misma palabra *πορνη* se puede construir con *πης*, *niño*, y *ορνω*, que también quiere decir *hacer nacer* o *producir*. La imagen cabalística de la prostituta bien puede ser asociada a un símbolo generativo, que hará producir el niño esperado. El mercurio será la madre del primer preparado filosofal.

colabora en la concepción, gestación y parto del mercurio, su siguiente obra la hará siempre con mercurio virgen. En ese sentido simbólico es en el que se dice que el mercurio, como materia única y diferenciada, es virgen antes, durante y después del parto⁵⁹; y también por ello la Virgen María, como la hermética, son el emblema humanizado del mercurio de los sabios.

A lo largo de la extensa literatura alquímica de todos los tiempos, quizá donde mejor se explica la conexión entre la cualidad de virgen y la de prostituta, en referencia directa aunque velada al mercurio, sea en la maravillosa y muy recomendable obra aparecida en Estrasburgo en 1616 y atribuida al maestro Jean Valentin Andréae, titulada *Las Bodas Químicas de Kristian Rosenkreutz* (Ediciones Obelisco, Barcelona 1996). En el cuarto día de las bodas se describe una obra de teatro que los asistentes presencian y que relata los acontecimientos previos a la boda de una virgen con un joven rey. La virgen, pese a haber recibido una educación regia, «no se había comportado siempre como debiera». A instancias del rey padre se le imponen condiciones para la boda y «la virgen jura observarlas fielmente». A pesar del juramento «ella no persevera mucho tiempo en la piedad y ya co-

59. Los maestros Ireneo Filaleteo y Jean d'Espagnet son oportunamente explícitos a este respecto. Ambos enseñan que «nuestra virgen puede estar casada dos veces sin perder en absoluto su virginidad».

mienza de nuevo a dirigir miradas desvergonzadas a su alrededor, a hacer gestos a los embajadores y a los señores y, verdaderamente, no manifiesta discreción alguna». El rey negro, su antiguo raptor, quiere conseguirla y la virgen, «burlando la vigilancia de sus consejeros, se deja cegar fácilmente por una promesa falaz y, desconfiando de su rey, se entrega poco a poco y en secreto al negro». Conseguidos sus propósitos, «el negro se la lleva, la desnuda completamente, la ata en la picota de un grosero patíbulo y la azota». El joven rey, lleno de amor, envía embajadores al reino del negro «para consolar a la enferma en su prisión y para reprenderla por su ligereza». Pero la virgen «no quiere recibirlos y consiente en transformarse en la concubina del negro». Más tarde, el joven rey reta y mata al rey negro, libera a su prometida y comienza de nuevo a preparar la boda. «Entretanto la confía a su intendente y a su capellán». Cada uno de ellos abusa de la virgen y «la atormenta horriblemente» y el joven rey tiene que volver a rehacer la situación y a preparar una vez más a la novia para las bodas. Se llevan éstas a cabo y el novio se presenta con una magnificencia inimaginable. «A su encuentro acude la novia con la misma solemnidad. Alrededor de ellos el pueblo grita: *Vivat Sponsus, Vivat Sponsa*». Los actores de la obra de teatro cantan a coro y una de las estrofas dice: «La hermosa novia que hemos esperado tanto tiempo está unida con él ahora. Hemos luchado pero llegamos al fin. Dichoso el que mira hacia adelante».

El mercurio femenino está destinado a unirse con el azufre masculino para que nazca de esa real pareja el pequeño rey, el Régulo del Antimonio, tan nombrado en los tratados de filosofía hermética. *Régulo* quiere decir *pequeño rey* y la palabra griega *ανθειον* significa *flor*. Es el real hijo cuya madre mercurial es la flor. La sustancia mercurial, descrita en la obra de Andréae, tiene tratamiento de virgen y comportamiento de ramera. Tratándose del mercurio, ambas cosas son posibles y reales y, por ello, la rosa de las prostitutas romanas es también un símbolo de la perpetua Virgen María. El lenguaje cabalístico no es ofensivo, a pesar de lo impactante que pueda parecer en ocasiones, porque transita por zonas ajenas a convencionalismos sociales o culturales. Ha de leerse con la apertura necesaria para recibir de él todo el conocimiento que encierra, con los ojos del que ama la sabiduría. Por eso, en la obra de teatro el joven rey no se ofende con el comportamiento poco honroso de su prometida, porque, como dice Andréae, es «dichoso el que mira hacia adelante».

Además de esta lectura escondida en cuanto a los conceptos, es posible encontrar otras más directas, basadas en las palabras concretas que forman la frase de la Letanía. Para ello, acudamos a algo tan mariano como es la práctica del rezo del rosario. La palabra *rosario*, según la etimología que proporcionan los medios tradicionales y académicos, deriva del latín *rosarium*, de *rosa*, rosa. Sin embargo, nos permitimos

discrepar de tal procedencia; la base de la discrepancia es la propia forma del objeto denominado rosario, una larga sucesión de cuentas perladas, que se siguen encadenadamente, de manera que su cantidad es ilimitada desde el momento en que puede darse muchas vueltas sucesivas a la sarta. Son gotas, las innumerables gotas del rocío, que en latín se dice *ros*, y que tiene la misma raíz que rosario⁶⁰.

Vemos una vez más cómo se está asociando la humedad a la Virgen María, al igual que, desde el lenguaje cabalístico, se asocia a la virgen hermética. La idea de rocío juega aquí un papel clave: la virgen húmeda atrae la humedad celeste; la tierra virginal húmeda y preparada recibe la semilla del rocío fecundador, es decir, del Espíritu Santo vivificador, y que dará lugar al Cristo-Cordero de Dios.

Y, a mayor abundamiento, diremos que una de las palabras que en griego sirve para denominar el rocío es *ερωη* y que, como cabalmente corresponde, tiene a su vez el significado de *cordero recién nacido*. En la semántica de la palabra rocío está presente desde antiguo la idea de

60. El *rocío*, que en latín es *ros-roris*, en búlgaro se dice *rosa* y en lituano *rasa*. *Rasa*, en sánscrito, significa humedad, y son voces que perdieron la *v-* del sánscrito *varsh-as*, que nombra a la nube lluviosa y la estación de las lluvias, como *varsh-am* es lluvia, o *varsh-ati* llover. En griego *rocío* se dice *ερωη*, que también es humedad y, atención, *cordero recién nacido*. De esta conexión hablaremos en el texto corriente.

fecundación, de capacidad reproductora. Volviendo ahora al griego, habremos de referirnos a la palabra *ψακας* que quiere decir *lluvia fina*, y que tiene por derivado *ψακαλον*, que nombra a la *cría recién nacida*. El hijo de la Virgen es el cordero recién nacido, el Niño Jesús, el niño Rey, el Régulo de nuestra flor, de nuestro antimonio, el Cordero de Dios de la simbología cristiana.

También en griego, *ροος* quiere decir *corriente de agua, flujo, derrame de humores*, de la misma manera que en latín *ros* traduce el término *rocío*. Podemos ver que el elemento agua no abandona ninguna de las palabras que tienen relación directa con el mercurio. De otro lado, en la frase epigráfica, nos encontramos con la palabra *mystica*, que en latín quiere decir no sólo místico en el sentido de religioso, sino que además es un adjetivo que se usa en lo relativo a los misterios, porque el origen de la palabra es *mysterium*, que significa misterio, ceremonia secreta accesible únicamente a los iniciados, y que Cicerón utiliza en el sentido de secreto, simbólico o emblemático⁶¹.

61. El Rosario es una especie de compendio de la historia evangélica de Jesús y de María. Su estructura, abundando en lo que estamos explicando, se basa en una sucesión de quince misterios, divididos en tres grupos de cinco misterios cada uno. Los de gozo son la Encarnación, la Visitación, el Nacimiento, la Purificación de María y la Presentación de Jesús en el templo, y el Niño en el templo. Los de dolor son la Oración en el huerto, la Flagelación, la Coronación de espinas, la Cruz a cuestas, y la Crucifixión y Muerte. Los

Sin abandonar el idioma griego, nuestra herramienta más útil, diremos que el adjetivo latino *mystica* se dice *μυστις*, que se traduce como iniciada, iniciadora y mística, *μυστεριον*⁶² quiere decir cosa secreta y el verbo *μυεω*, enseñar, instruir. En efecto, la Virgen María, la hermética, símbolo de la primera materia, del primer paso a dar por el aspirante a filósofo, es la iniciadora en la ciencia secreta de la alquimia.

La palabra *μισθος*, de las mismas resonancias fonéticas que las palabras de raíz *μυστ-*, significa *paga, premio, recompensa*. Una vez más nos topamos con la idea de

de gloria son la Resurrección, la Ascensión, la Venida del Espíritu Santo, la Asunción, y la Coronación. Repasando brevemente cada uno de ellos podemos apercibirnos de la verdadera categoría de misterio que poseen. Cada episodio está envuelto por un origen y unas circunstancias difíciles de explicar desde el punto de vista simplemente racional. No basta con la lectura directa. Sin embargo, a la luz del lenguaje oculto, todos ellos son susceptibles de ser analizados, comprendidos y aprovechados para el estudio de la filosofía hermética, su verdadero hilo conductor.

62. Como curiosidad, podemos hablar de una palabra de la misma familia, derivada también del verbo *μυω*, *cerrar*, que es *μυσταξ*. Designa el bigote, el mostacho (sinónimo que es casi una transcripción fonética de *μυσταξ*) y el labio superior. Es comprensible, entonces, que el signo utilizado universalmente para expresar que algo no debe ser revelado es señalar, con el dedo índice, el labio superior. Callar un secreto. Pero a pesar de ser tan evidente, no hemos encontrado ningún diccionario que reconozca tal origen para esta palabra.

que el mercurio acuoso, nuestra primera materia, la Virgen hermética que produce la *leche de la Virgen*, el rocío generador, es el premio y la paga del hombre para su redención. No está lejos de aquí —porque las dos Vírgenes no son sino una sola— la idea religiosa de la Virgen María como origen de quien será la redención del género humano.

Vemos una y otra vez que lo que está bien construido no se aparta de la intención que motivó la construcción. Se analicen como se analicen las frases, por activa o por pasiva, del castellano al griego, del griego al castellano, con latín, sin latín, con intervenciones de otros idiomas indoeuropeos o no, la dirección que marca la Letanía es la misma. El edificio está bien construido y el trabajo que hacemos para explicarlo da los frutos oportunos.

Turris davidica

(n° 29)

Isaías (XI,1) profetiza sobre Jesús llamándole «renuevo del tronco de Jesé», que era el padre de David. El mismo Jesús, por boca del ángel, dice a Juan en el Apocalipsis (XXII,16): «Yo soy la raíz y el linaje de David». De José dice Mateo (I,20) que era «Hijo de David». Vemos así que en la generación de Cristo está presente la cualidad de lo que podríamos llamar «davídico». Es un interesante punto de partida que provoca un desarrollo sugerente desde el punto de vista de la simbología hermética, y algo atípico, aunque ya hemos dicho que se ha de extraer de las hipótesis que se sugieren la sabiduría que encierran, por encima de convencionalismos morales.

Al rey David, haciendo una lectura simbólica de los libros a él dedicados, podríamos considerarlo como a un personaje *doble* dentro de la ciencia que tratamos, es

decir, *hermafrodita*. En la lectura más directa de esos textos, se podría decir que tiene la consideración de *bisexual*. El origen de tal aserto parte de la extensa relación de amores femeninos de David y, contemporáneamente, del profundo amor que le unió a Jonatán, hijo de Saúl, y que es descrito en varios pasajes, como por ejemplo en el primer libro de Samuel (XVIII,1-2) donde se dice que «el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán tanto como a sí mismo. E hicieron pacto Jonatán y David, porque él le amaba como a sí mismo». La cita del segundo libro de Samuel (I,26), donde muestra su dolor por la muerte de Saúl y de Jonatán, es aún más claro: «Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán, que me fuiste muy dulce. Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres».

Partiendo de esta circunstancia simbólica, que de por sí aclara de manera suficiente la cualidad doble de David, cabe analizar qué representa Jonatán, sujeto de su amor. Isidoro de Sevilla, hábil y certero rescatador de etimologías, traduce su nombre como «el don de la paloma» (Liber VII 6,66), a la vez que de David dice que es hijo de Jesé, cuyo nombre quiere decir «el incienso» (Liber VII 6,62). Tenemos así a David, hijo del incienso, que ama profundamente el don de la paloma. ¿Qué significa este embrollo? ¿Qué idea se esconde debajo de esta frase críptica?

El origen de la palabra castellana *incienso* se localiza en la latina *incensum*, que expresa la acción de

encender, y que San Cipriano y San Jerónimo utilizan para referirse a la *materia que se quema en el sacrificio*. Una palabra próxima, participio de pretérito del verbo *incendo*, es *incensus*, que quiere decir inflamado, excitado, animado. Con la misma fonética hallamos el adjetivo *incensus*, construido a partir del privativo *in* y el sustantivo *census*, que significa censo, valoración, lo que se tiene en cuenta. Por ello el *incienso*⁶³, además de referirse a la materia que se quema en los rituales religiosos, tiene estrecha relación con una materia no valorada o sin valor, no tenida en cuenta, despreciable. Esta materia no es otra que la *primera materia del arte* que, como señala Aegidius de Vadis en su *Diálogo de la Naturaleza*, es «despreciada y vendida públi-

63. Es oportuno que nos refiramos aquí a los Reyes Magos, a los Reyes de los Magos, que siguiendo una estrella llegaron a la cueva donde estaba Jesús recién nacido y al que presentaron oro, incienso y mirra. En el sentido desarrollado en el texto corriente, el incienso correspondería a la primera materia y el término mirra, en griego *μύρρα* y en latín *murrha* o *myrrha*, es utilizado por Marco Valerio Marcial para designar una materia mineral con la que se fabricaban vasos muy apreciados (filósofo, dice la Sibila, es el que sabe hacer el vaso). La recomposición de la historia sería, entonces, la siguiente: unos Magos, en una cueva, a partir de una primera materia despreciable y su tratamiento en un vaso muy apreciado, que han sabido hacer puesto que son filósofos (léase *φύρωσοφος*), consiguen, siguiendo la señal de una estrella, llegar a donde está el oro, al Cristo (recordemos Cristo, *Χριστος*, como *χρυσος*, *oro*, y *τως*, *donde*), y convertirse por ello en Reyes.

camente»⁶⁴. El maestro Nicolás Flamel también dice de ella en su *Original du Désir désiré, ou Thrésor de Philosophie*, que es «vil, abyecta y en modo alguno apreciada». El venerable Tomás de Kempis en su *Imitación de Cristo* (II 1,7) se refiere también a este asunto: «Aquel que estima las cosas en lo que valen, y no las juzga según el mérito o el aprecio de los hombres, posee la verdadera Sabiduría y es más enseñado de Dios que de los hombres». Pero además, tampoco podemos dejar de tener en cuenta lo que se dice, de manera tan insistente, en los Salmos (CXVIII,22), Mateo (XXI,42), Marcos (XII,10), Lucas (XX,17), Hechos de los Apóstoles (IV,11) y la Primera Epístola de Pedro (II,7) sobre una piedra muy particular: «Díceles Jesús: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras: La piedra que *desecharon* los constructores, ésta vino a ser piedra angular; por obra del Señor se hizo esto, y es maravilloso a nuestros ojos?». Y de ella es de la que habla Isaías (XXVIII,16), cuando transmite estas palabras de Yavé: «He aquí que yo he puesto en

64. Recuérdese la referencia que hacíamos a la primera materia como materia de características comunes con la prostituta, en los párrafos dedicados a la frase *Rosa mystica*. Citemos también las palabras del maestro Ireneo Filaleteo sobre el mercurio: «Llamamos a este Caos nuestro arsénico, nuestro aire, nuestra luna, nuestro imán, nuestro acero, pero siempre bajo aspectos diferentes, porque nuestra materia pasa por varios estados antes de que del menstuo de *nuestra meretriz* sea extraída la Diadema Real».

Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable».

Llegados a este punto, y aprovechando la ocasión de contar con el buen ejemplo que nos brinda el texto, deseáramos enseñar algunas de las conexiones fonéticas posibles que pueden establecerse a partir de significaciones distintas, entre esas significaciones y el nombre acabado de un concepto trascendente. Si repasamos lo dicho en el párrafo anterior, la mejor y más oportuna palabra griega para definir la piedra aludida sería λιθαξ, que se traduce ortodoxamente como *piedra preciosa*. Debido a que esta piedra preciosa comparte símbolo con la Virgen y con el mercurio, repasaremos con algún detalle la fonética de su nombre y veremos cómo es capaz de abarcar un gran número de los conceptos que se han ido mencionando en este trabajo. El sustantivo λιθαξ está formado por la crasis de λιθος, piedra, y el sustantivo αξια, que quiere decir *precio* (de ahí la piedra preciosa), *honor* (vas honorabile), *recompensa* y a la vez *castigo* (causa nostra laetitia, ya explicada); en la crasis podría participar también el verbo αξιωω, que significa *querer* (mater amabilis), *sostener* (cimiento estable); o el adjetivo αξιος, *justo* (speculum justitiae), *virtuoso* (mater purissima, mater castissima), *honrado* (mater intemerata), *que tiene un valor* (piedra probada); o incluso la raíz ακ-, *ser agudo* (piedra angular), o la raíz homófona ακ-, *cuidar* (salus infirmorum, refugium peccatorum), o la palabra ακακια, que quiere decir *inocencia* (mater inviolata), *simplicidad* (relación con el

asno), etc. Como ejemplo nos parece suficientemente ilustrativo.

Pero analicemos ahora el llamado don de la paloma. ¿Quién es la paloma para tener un don valorado desde el punto de vista de la ciencia hermética? Uno de éstos es la sencillez y por ello recordamos lo que escribió Mateo (X,16): «... sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas». Aunque esta referencia pertenece más al campo de las disposiciones anímicas que al de los elementos concretos del arte, entre estos últimos —cuidadosamente relacionados por Guillaume Salmon en 1754 y recogidos en lo que tituló *Diccionario abreviado de los términos del arte*— encontramos el oportuno desarrollo del epígrafe *Pájaro de Hermes*, del que dice que es «el espíritu del fuego de naturaleza, incluido en el húmedo del Mercurio hermético. *Paloma*, o el calor natural unido al húmedo radical». Aquí está la paloma que buscábamos, perfectamente definida, y de la que se señala con claridad su don: la avidez por el húmedo del Mercurio de los sabios, al que se une y en el que se incorpora.

Ya hemos encontrado, pues, al simbólico David, hermafrodita, hijo de la primera materia y enamorado de la avidez del espíritu azufral por la materia mercurial. Es, hemos dicho, hijo de la primera materia a la que representan nuestras Vírgenes, y está contenido en ella. Tales Vírgenes son, por lo tanto, la torre que lo encierra y lo protege y que sólo el enamorado, subiendo penosamente por la larga y frágil escalera, podrá llegar hasta la

amada que le espera en la alta ventana para concederle sus inestimables favores. Fulcanelli dice: «Herméticamente, se puede considerar la torre como el envoltorio, el refugio, el asilo protector —los mineralogistas dirían la ganga o la escoria— del dragón mercurial. Por otra parte, es la significación de la palabra griega *πυργος*, *torre, asilo, refugio*».

Así, la Virgen, el mercurio de los sabios, es el continente de la sustancia davídica doble: el seco azufral y el húmedo mercurial. Las Vírgenes son la *Turris davidica*.

Turris eburnea

(nº 30)

No habíamos concluido, en la frase epigráfica anterior, la averiguación de lo que la palabra y el concepto *torre* puede contener y dar de sí. Pero antes, para conocer el sentido de su lectura directa, acudamos a lo que J. L. Morales y Marín, en su *Diccionario de Iconología y Simbología*, dice al respecto: «La Torre de marfil es símbolo del aislamiento elitista frente al mundo, aunque en el cristianismo aparece como emblema de María, relacionándola con la torre de David, siendo por su color símbolo de pureza». En otro párrafo añade: «Su idea de elevación es recogida por los alquimistas, cuyo atanor u horno tiene su forma». Así, mientras parece claro el sentido de la lectura directa, entremos en mayores profundidades.

Para empezar diremos que discrepamos del fondo de esta última afirmación, aunque compartamos la certeza

del hecho que enuncia. El horno del alquimista es, en efecto, llamado torre ya que el verbo latino cuyo infinitivo es *torrere* quiere decir secar, tostar, quemar, abrasar; en definitiva, las consecuencias derivadas de someter una materia al calor de un horno. Palabras castellanas como torrar o tórrido tienen su origen en este verbo, de la misma manera que lo tiene el sustantivo latino *torrens* que quiere decir torrente, flujo. Y todo ello porque del *horno* del alquimista, gracias al *fuego*, sale el *torrente* de la leche de la Virgen, al que se refiere David (Salmo XXXVI, 8-9): «Y tú los abrevarás del torrente de tus delicias. Porque contigo está el manantial de la vida». Para mayor claridad en la relación entre la torre y el fuego, digamos que una de las palabras que en griego significa torre es el sustantivo πυργος (tal como se leyó en palabras de Fulcanelli). Ahora bien, πυργος puede descomponerse en πυρ, *fuego*, y εργον, que traduce *trabajo, obra* (de ahí que la metalurgia sea el trabajo de los metales, o la siderurgia el del hierro). La torre representaría, pues, el trabajo del fuego o el trabajo por el fuego.

Otro ejemplo de la tesis que mantenemos al discrepar del aserto de J. L. Morales lo encontramos en el *cinabrio*, que es el nombre del sulfuro de mercurio, un mineral del que por calcinación y sublimación se extrae el mercurio vulgar. Aunque este mineral no pertenezca al glosario de términos alquímicos propiamente dicho, por el hecho de estar compuesto de azufre y mercurio, y ser éstos, junto con la sal, los nombres herméticos de los

principios de la obra alquímica, el suyo propio sí tiene algo que decir. En griego se dice κινναβαρις, una palabra formada por el verbo κινεω, que quiere decir *excitar*, y el sustantivo βαρις, otro de los nombres que sirven para nombrar la *torre*. De la composición expuesta deduciríamos de forma simbólica que excitar la torre, excitar el horno, es la manera de extraer el mercurio ya que, como se sabe, toda la obra se realiza por el fuego (recordemos INRI como *Igné Natura Renovatur Integra*). Así pues, el atanor no tiene por qué presentar físicamente la figura de la torre, sino cumplir la función que se colige de la fonética del nombre *torre*. Éste es el único motivo por el cual se ha representado en los grabados herméticos con esa particular forma.

En el epígrafe anterior se ha hablado de la torre como símbolo de la primera materia, y en éste lo haremos como lugar del que nace el manantial de la vida. La torre, la Virgen, sabemos, está preñada. Veamos entonces, a este respecto, la otra palabra griega mencionada en el párrafo anterior, βαρις, que también designa la torre. Su fonética es prácticamente la misma que la del adjetivo βαρυς, que quiere decir pesado, gravoso, *grávido* (de este término griego viene la palabra castellana barómetro, que mide la presión o el peso del aire atmosférico). Nuestras Vírgenes, la primera materia preñada, es la torre que guía desde su altura y cuyo descubrimiento constituye el primero de los objetivos a cumplir por el aspirante a filósofo. Fulcanelli es claro: «Por otra parte, la cábala fonética, que hace de la palabra francesa *tour*

(torre) el equivalente ático de τουργος, viene a completar la *significación pantagruélica del esfuerzo* (*tour de force*). En efecto, τουργος sustituye a το ορος, de το (*el cual, el que*) y ορος (*meta, término, objetivo que se propone*), marcando así la cosa que hay que alcanzar, que constituye la meta propuesta. Nada, como se ve, podría convenir mejor a la expresión figurada de la *piedra de los filósofos*, dragón encerrado en su fortaleza, cuya extracción fue considerada siempre un *esfuerzo*». Y así es. Como ya se ha sugerido, el mercurio de los sabios supone el esfuerzo, el trabajo de conseguir la meta redentora, *ganar el pan con el sudor de la frente*.

Vayamos ahora al fondo del adjetivo *eburnea*. Quiere decir *de marfil* y su origen se halla en la palabra latina *ebur*, que significa *marfil*. Las etimologías de esta palabra, a pesar de que los diccionarios le adjudican un origen oscuro, responden a ciertas descripciones formales que, reunidas, vienen a dar una idea bastante completa del colmillo de un elefante o del elefante mismo. Algunas de ellas podrían ser επιρραινω, *regar* (lo que hace el elefante con la trompa); επιρρινος o ευρινος, *narigudo* o *de buena nariz*; ευρινος, otra palabra distinta de la anterior que quiere decir *hecho de buen cuero* (puede aludir a su espesa piel); επιρρωννυμι, *fortificar* (el elefante es símbolo de fortaleza); επουρανιος, *que está en el cielo* (como la lluvia que provoca con su trompa); quizás una crasis de επουλις, *excrecencia de la encía* (sus colmillos) y ναιω, *regar*, y del colmillo επουλις, el adverbio επουλος, *un poco rizado* (su

forma ligeramente curvada), y πυρναίος, *amarillento* (el color del marfil), etc. Estas descripciones, a pesar de interesantes desde un punto de vista lingüístico, no son ahora necesarias para nuestros propósitos⁶⁵. Sin embargo el griego es más directo, pues llama al elefante y al marfil ελεφας, y a lo que es de marfil ελεφαντινος. En el plano fonético, podemos construir estas palabras de dos maneras: ελη, *calor del sol* y φας participio presente de

65. Hay palabras cuya fonética o su transcripción literal puede ser origen de otra en diferente idioma. Sin embargo, se observa con frecuencia que no sólo las palabras generan palabras. Tal como sucede en los ideogramas de las escrituras orientales, caracteres con valor propio pueden, unidos, expresar el concepto de una nueva palabra. De la misma manera, palabras de fonética distinta pueden, juntas, dar una definición de algo que comparta de manera inequívoca cada una de las características de aquéllas. Como ejemplo, digamos que en chino hay un ideograma distinto para el *campo de arroz* y para la *fuerza*; pues bien, juntos en un solo ideograma expresan el concepto de *macho*, y que podría traducirse literalmente como *el que es capaz de cosechar el arroz*, principal ocupación del hombre chino hasta hace muy poco. Otro ejemplo que presupone una lógica más compleja, pero que pone en consonancia dos conceptos diferentes entre sí, sería el caso del concepto *brillante*, construido por la conjunción de los ideogramas del *sol* y de la *luna*. En el caso del elefante y del marfil, las propuestas de etimología que hemos ofrecido en el texto corriente para el adjetivo *ebúrneo* pueden ser un ejemplo ilustrativo, aunque no único. Las más definitivas y que además concuerdan con las que se derivan del análisis de la fonética de *elefante* las dejamos, como entretenimiento, a la perspicacia del lector.

φημι, *manifestado*; también ηλεος, *loco* y φανος, *luz*, o φαντος, *manifestado*. Y todo ello porque el elefante, del que proviene la cualidad ebúrnea, expresa un jeroglífico natural de mucha importancia. Apuntemos solamente que se refiere al azufre, que es la luz de los locos, o de los alquimistas, tal como se señala en la nota 40.

Los egipcios, tan habituados a las expresiones jeroglíficas, representaban la Fortaleza (la torre) como una mujer de compleción poderosa, con dos cuernos de toro en la cabeza y un elefante a su lado. Es la *Turris eburnea*, al igual que nuestra Virgen, con los cuernos de la luna a sus pies, y con el apelativo de *fortaleza elefantina* como adorno. Ella es la materia y el horno que hará nacer el azufre, verdadera luz y guía de los artistas.

Domus aurea

(nº 31)

La traducción literal de la frase es *Casa dorada*. Sin embargo, esta traducción directa es de dudosa pertinencia ya que, al estar la frase concebida en latín, puede que esté pidiendo una segunda lectura no tan literal.

En el libro *Vocabulario de las Instituciones Indoeuropeas* (Taurus, Madrid 1983), el brillante investigador Émile Benveniste realiza un valioso, escrupuloso y completísimo trabajo de relación lingüística que consigue acercarnos a la lengua madre de nuestra civilización. En él, Benveniste dice a propósito de la significación del término griego *δομος*: «Nada semejante tenemos en latín, donde *domus* no admite ninguna cualificación material y jamás designa un edificio. A la inversa, *domus* significa siempre «casa» en el sentido de «familia», lo cual es completamente extraño al griego *dómos*». Si a esta manera de leer *casa* se añade una acepción del adjetivo *aurea* que quiere decir excelen-

te, superior, noble, virtuosa (Virgilio escribe «aurea gens» para referirse a una raza de hombres virtuosos, o «Venus aurea» para describir a la hermosa Venus; Horacio utiliza la expresión «aurei mores» para calificar de nobles unas cualidades), podremos deducir que la frase epigráfica se refiere a la excelencia de la familia de la que proviene la Virgen María. Una de sus alabanzas sería, pues, el reconocimiento de la nobleza de su estirpe.

Sin embargo, la palabra *domus* también puede ser utilizada para referirse al lugar en el que habita alguien o algo, no siendo imprescindible la presencia física de una construcción. Tal es el caso del lugar donde Jacob tuvo el sueño de la escala que se apoyaba en el cielo (Génesis 28,17), rebautizado con el nombre de *Bethel* (en hebreo, *Casa de Dios*) y del que, según la traducción latina, Jacob dijo: «Vere hic domus Dei est» (Verdaderamente ésta es la casa de Dios). No había edificio, pero Dios habitaba aquel lugar. Reconocemos así una tercera posibilidad semántica además de las dos señaladas por Benveniste y que, cuando el sustantivo *domus* es utilizado en frases intencionadamente herméticas, es la que mejor encaja dadas sus posibilidades simbólicas.

La Virgen es llamada *Casa dorada* y, por serlo, el oro habita allí. La Virgen hermética es el continente del oro. Ya nos hemos referido con anterioridad al origen de la familia de la Virgen, «de la rama de Jesé» que, tal como se explicaba, equivalía a ser de la raza del sol, del fuego, del oro. También, a propósito del análisis del nombre de Cristo, hijo de María, decíamos que se podía traducir

como «donde está el oro». Estas alusiones justificarían la calificación de *casa dorada*, pero además, a lo largo de la extensa simbología hermética, encontramos repetidas ocasiones en que a la primera materia del arte se la designa con el nombre de *oro*. Como ejemplo breve, citaremos al maestro Ireneo Filaleteo en su muy recomendable *Introitus Apertus ad Occlusum Regis Palatium* (Ediciones Obelisco, Barcelona 1986): «El oro es pues el único y verdadero principio a partir del cual se puede producir oro. Sin embargo, nuestro oro, que es necesario para nuestra obra, es doble» (1,2). No se trata del oro vulgar, de la misma manera que el mercurio y el azufre de los tratados alquímicos no son los vulgares, y la sal no es el cloruro sódico de nuestras cocinas. El origen de la tradición de llamar oro al mercurio de los sabios está justificada y, para rastrear tal justificación, acudiremos, como siempre, a las palabras, depositarias de las pautas vigentes en tiempos lejanos de los que no nos ha llegado ninguna otra información que pueda comparársele.

La palabra castellana *oro* se dice en griego $\alpha\upsilon\rho\upsilon\nu$ y en latín *aurum*. La raíz fonética de estas palabras es *or-* o *aur-* (en la maravillosa lengua francesa sería la misma fonética), como también lo es de *origen*, *oriente* o *auro-ra*, en castellano; *origo*, *orior* o *aurora*, en latín, y $\omicron\rho\iota\nu\omega$, $\omicron\rho\theta\omega$ o $\alpha\upsilon\rho\iota\omicron\nu$, en griego, encerrando todas ellas el sentido de *nacimiento* o *principio*. Por ello las Vírgenes, emblema humanizado de la madre de todas las cosas, son simbolizadas por el oro, y su casa, de manera correspondiente, sería la casa dorada o casa del sol naciente.

Sobre esta primera piedra originaria es sobre la que, se dice en el evangelio de Mateo (XVI,18), Jesús edificará su iglesia, y esa iglesia es la que, hecha edificio, siempre mira a Oriente, al nacimiento del Sol. A este respecto, digamos que es una creencia extendida el hecho de que las iglesias suelen estar orientadas hacia el sudeste porque están dirigidas hacia Palestina, hacia la tierra prometida, la cuna del cristianismo. No es así. El sentido de la orientación es la intención de mirar siempre hacia el sol naciente, hacia el orto del astro rey, del Rey Sol. Porque, ¿hacia dónde debería orientarse una iglesia levantada en Palestina? La contestación la da el profeta Baruc cuando dice: «Mira, ¡oh Jerusalén!, *hacia el oriente*, y repara la alegría que Dios te envía» (Baruc IV,36)⁶⁶.

66. Otra de las tradiciones invariables en la construcción de iglesias es la de localizarlas en lugares prominentes. Baruc (V,5) vuelve a concretar el antecedente: «Levántate, ¡oh Jerusalén!, y *ponte en la altura*, y dirige tu vista *hacia oriente*...». El sentido que da Baruc a Jerusalén como reunión de los «hijos de Dios» es una prefiguración del edificio-iglesia y, por ello, respetado por los constructores de catedrales a través de los siglos. Por ejemplo, recordemos que la tradición de colorear los exteriores de los templos, desde el Partenón ateniense hasta el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia de Barcelona, pasando por la catedral de Notre-Dame de París, está igualmente expresada por Baruc (V,1): «Desnúdate, ¡oh Jerusalén!, del vestido de luto, correspondiente a tu aflicción, y vístete del esplendor y de la magnificencia de aquella gloria perdurable que te viene de Dios». Es muy interesante la lectura del libro de este profeta para identificar algunas de las líneas fundamentales seguidas por los maestros canteros medievales en la construcción de las iglesias.

Pero el sentido de *principio* no es el único que encontramos referido a la primera piedra del arte y que proviene del concepto *oro*. El de *aire* está igualmente presente y constituye otro de los intencionados nombres del mercurio. El maestro Ireneo Filaleteo dice: «Nuestro *Caos* es también llamado *Aire*, y en esto hay un notable secreto...». Como justificación podemos ver que, con la misma raíz fonética que utilizábamos antes, existen tres palabras homófonas en castellano, latín y griego, que se refieren al aire: *aura*, *aura* y *αυρα*. Esta asociación del aire con la primera materia podemos reconocerla de manera irrefutable en el *soplo divino*, dador de vida al primer hombre, y en la *palabra* que, sin aire, quedaría reducida a pensamiento. El hálito fue un origen, como lo es la palabra (Evangelio de Juan I,1): «En el principio era el Verbo»), y por eso el hálito, aliento o soplo se nombra en castellano también con la palabra *aura* y el adjetivo *oral* alude a lo que está expresado con la palabra.

Entendiendo, pues, que la segunda parte de la frase epigráfica se refiere a la materia del arte, podemos volver a la primera parte. En griego casa se dice *δομος* y también *δομη*, siendo equivalente fonético de estas palabras el sustantivo *δομα*, que significa *don*, *gracia*, *regalo*. Así, podría leerse que la Virgen, símbolo del mercurio de los sabios, es el regalo, el don, la gracia que consiste en la propia primera materia. No va desencaminada esta lectura porque

en los tratados herméticos se insiste en que el conocimiento de la primera materia supone una previa revelación divina. Ireneo Filaleteo en su *Introitus*, al hablar del saber del arte dice: «Y es tan difícil que, si quieres llegar a su conocimiento exacto, necesitas para este trabajo una *gracia* peculiar de Dios». Se refiere al muy nombrado *Don de Dios*, relacionado con el Arte y, por ende, con su materia señalada, al que han aludido los autores a lo largo de la extensa literatura alquímica. El maestro Arnau de Vilanova habla en su *Rosarium Philosophorum* de la materia de la ciencia alquímica y de esos autores, y dice: «Lo estimaron legítimamente como un real *presente* del Creador, y afirman que, sin una inspiración del cielo, jamás podría reconocerse en ese magma desheredado y repulsivo de aspecto el *Don de Dios* que transforma al simple alquimista en sabio y al filósofo en adepto probado». El maestro Fulcanelli dice asimismo: «En la Edad Media el *Don de Dios* aplicábase al *Secretum secretorum*, lo que conduce al secreto por excelencia, el del espíritu universal», y establece la relación del *Donum Dei* con el «conocimiento revelado de la ciencia de la Gran Obra, clave de las materializaciones del espíritu y de la luz».

La sabiduría, un concepto inmaterial largamente tratado en el Antiguo Testamento, necesitaba para concretarse un cuerpo material, el mercurio de los sabios que se convierte en *Sedes sapientiae*. Y como

constatación, podemos leer en el Libro de los Proverbios de Salomón (IX,1): «La sabiduría edificó su casa»⁶⁷. Esta materia es su sede, habita en ella, es su casa dorada.

67. ¿Por qué la sabiduría, tan extensa, tan inaprensible, edifica su casa en el mercurio? Hagamos un ejercicio aventurado y leamos la frase *Domus aurea* componiendo un anagrama al modo de los divertidos tratados herméticos cuyos autores gustan de jugar con las palabras para guardar mensajes reveladores. El anagrama que proponemos para el propósito que perseguimos es *Modus aurae*, que en el latín más correcto se traduciría como *La medida justa del aire* (*Modus* es el nominativo singular del sustantivo que quiere decir medida, extensión, cantidad, contorno, límite y también medida justa; *aurae* es el genitivo singular del sustantivo *aura*, ya tratado, que significa aire). El aire, tan extenso, tan inaprensible, es el elemento que abarca el mundo entero, lo rodea todo, lo contiene todo y toda la vida del mundo se desarrolla en su seno. Por ello, la medida justa del aire da una idea de magnitud y totalidad comparable a la de la sabiduría. Pues bien, la sabiduría estaba contenida en el mercurio y el mercurio es el aire contenido en la primera materia ya que es de su justa medida. A este lugar común está dedicado el texto litúrgico que dice: *Locus iste a Deo factus est, inaestimabile sacramentum, irreprehensibilis est* y que da soporte a un sobrecogedor motete de Anton Bruckner cuya audición nos permitimos recomendar.

Foederis arca

(nº 32)

Como punto de partida de nuestra averiguación, diremos que los originales de todos los libros del Nuevo Testamento están escritos en griego, excepción hecha del evangelio de Mateo, que lo está en arameo. Así pues, cuando en la Letanía se expresa una frase recogida en alguno de estos libros griegos, es una precaución elemental acudir a ellos y consultar cuál es la forma que se le da a la frase que vamos a analizar, esperando, como siempre, que las palabras nos abran las puertas de su sentido profundo. En este caso, *Foederis arca*, la frase epigráfica dedicada a María quiere decir *Arca de la Alianza* y es una expresión que se encuentra, por ejemplo, en la epístola del apóstol Pablo a los Hebreos (IX,4). Hemos de decir previamente que, en el caso de Pablo, existe la fundada presunción de que un tal Tercio le sirvió de

amanuense y de que tal vez éste mismo tradujera sus epístolas al latín. Pues bien, sentadas estas dos cuestiones previas, y sin perderlas de vista, podemos comenzar el análisis.

En el citado versículo de la epístola a los hebreos se habla del *Sancta Sanctorum* del Tabernáculo y se dice que contenía el altar para el incienso «... y el arca de la alianza...». En latín, «... et Arca Testamenti...» y en griego «... και την κιβωτον της διαθηκης...». Vemos que en griego se utiliza la palabra κιβωτος para nombrar el *arca* y διαθηκη para expresar el concepto *alianza*, pero lo que resulta más curioso y llamativo es que la frase *Arca de la Alianza* sea dicha en la traducción latina *Arca Testamenti* y no *Foederis Arca*, como reza en la Letanía ¿Por qué? ¿Qué tiene *foederis* que no tenga *testamenti*?

He aquí una llamada de atención que nos llevará a comprobar cómo la elección de *foederis* en sustitución de *testamenti*, en el especial caso de la letanía de la Virgen, es intencionada y que, a pesar de expresar la misma idea y tener idéntica traducción, proporciona la información específica que buscamos.

Antes que nada, atendamos a la palabra latina *arca* a la que se halla vinculado en esta frase el genitivo *foederis*. Tiene la significación de su homófona castellana y designa un recipiente susceptible de ser cerrado y que permite guardar con seguridad lo que

se deposita en su interior⁶⁸. En muchos idiomas este mismo concepto se expresa de igual manera y, así, en alemán antiguo se dice *archa*, en godo *arka*, en albanés *arke*, en eslavo *raka*; en euskera, *arka* tiene el sentido de andar cogiendo y lo que coge, cofre, arca. El verbo latino *arceo*, con la significación de contener, retener, encerrar, proviene del griego ἀρκεω que quiere decir defender, preservar. Y es tan segura esta arca, que ha dado origen a la palabra *arcano*, con el sentido de secreto, de recóndito, de lo que es reservado e inescrutable.

Pero la fonética de *arca* no se agota aquí. De la raíz *arc-* o *ark-* nacen otras interesantes familias de palabras que vienen a completar una idea que no es en absoluto ajena a nuestras Vírgenes, tal y como veníamos explicando. Se trata básicamente de lo que es muy *antiguo* (llamado *arcaico* en castellano), de lo que es *origen* de otras cosas (por ejemplo, *arquetipo*), de lo

68. La idea de *arca* o de cofre está relacionada con tesoros o con cosas valiosas; por ello, al recuento de los dineros de una caja de caudales se le llama *arqueo*. También la palabra latina *arcarius* quiere decir *perteneciente al arca*, así como *cajero*, *tesorero*, y que utiliza particularmente Elio Lampridio para nombrar al interventor del fisco, del tesoro público. De igual modo, la palabra castellana *archivo*, a pesar de lo que diga la ortodoxia académica, es tributaria del mismo origen y nombra el lugar de custodia de documentos y, como tercera acepción, a la persona en quien se confía un secreto o recónditas intimidades y sabe guardarlas.

que tiene la capacidad de gobernar (como el *arquitecto*, que gobierna a los obreros) y de lo que *contiene y después lanza fuera de sí un principio penetrante* (el arco que al tensarse guarda la flecha que luego expulsa con violencia). El sustantivo griego αρχη quiere decir comienzo, principio, origen, fundamento, cimiento, punto de partida. También puede significar mando, poder, autoridad, como consecuencia inferida de ser lo primero⁶⁹. De la característica de *originario* deriva αρχαιος que, debido a estar cerca del *origen*, expresa antigüedad. Respecto al arco como arma de caza, podemos encontrar la palabra αρκυσ que nombra la red de caza, así como la emboscada o la celada. Otras significaciones de arco son más reveladoras aunque su exposición ahora no sea oportuna.

El mercurio de los sabios, personificado en nuestras Vírgenes, es de la más prodigiosa *antigüedad* tal y como se puede constatar en la ya citada epístola de la Inmaculada: «El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes de que crease cosa alguna». Contiene en su estructura y su capacidad todas las posibilidades del universo, por lo que

69. *Primacia* deriva de *primero* y supone una superioridad que normalmente lleva aparejado el ejercicio de derechos de jurisdicción o potestad sobre algo o alguien de la misma especie. Por ejemplo, una reina es considerada como la primera dama de un país, y el primer ministro de un gobierno es quien manda sobre el resto del gabinete.

podría decirse que *gobierna* las leyes naturales y, como se manifiesta en la misma epístola, «Desde la eternidad tengo yo el principado»⁷⁰ y «con Él estaba yo disponiendo todas las cosas». Es el origen, junto con el azufre, de la gran obra de la Naturaleza; es la Madre de Dios (recuérdese el nombre *mercurio* como μητηρ, madre, y κυριος, dios) y la Madre de todas las cosas. También es la tierra que contiene el espíritu divino (recuérdese ahora el adjetivo θειος, divino y el sustantivo θειον, azufre) del que ha concebido y que provocará el nacimiento del Hijo de Dios, penetrante revolución del alma de los hombres que vino «a meter fuego en la tierra» según dice el evangelio de Lucas (XII,49). Sobre este ardiente espíritu disolvente de todos los vínculos, hasta de los más arraigados (XII,53), hablaremos enseguida mediante el análisis del término *foederis*, la otra palabra de la frase epigráfica.

70. No está de más hacer notar la relación entre *principado* y *principio*. La antigüedad y la edad avanzada han sido valoradas en todas las tradiciones, y la presencia de los ancianos en los órganos de poder de todas las civilizaciones es un ejemplo; por ello, en castellano existe una frase muy conocida y utilizada que resume esta idea, y que reza «la veteranía es un grado». El *Príncipe* es el que tiene la capacidad de conectar con el *principio* y los *principios* de las cosas, de la misma manera que el *Rey* expresa con su *realeza* la capacidad de conocer la *realidad* de las cosas. La asunción de esta sabiduría es el motivo de que se les haya confiado, desde siempre, la dirección de las sociedades.

En los diccionarios latinos podemos encontrar tres palabras de ortografía *foedus* y fonética *fedus* que se nos presentan como distintas: *foedus-a-um*, un adjetivo que califica de feo, repugnante, horrible, horroroso, deforme, que repele al gusto o al olfato⁷¹; *foedus-eris*, un sustantivo que quiere decir alianza, pacto, tratado, ley, regla, orden establecido, lazo, vínculo; y *foedus-i*, otro sustantivo antiguo, utilizado por Quintiliano o por Pompeyo Festo, con idéntico sentido que *haedus-i*, macho cabrío pequeño.

De entrada nos encontramos con que la misma fonética de nuestra palabra transita por tres familias diferentes de significados. Pero, como siempre ocurre, podremos constatar que lo que la fonética une no está tan separado como pudiera parecer. El mismo Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (Liber X,100) conecta el *foedus-ignominioso* con el *foedus-macho cabrío*, y lo justifica (Liber XII 1,13) por ser éste un animal lascivo, impúdico, ansioso siempre de copular; del chivo llega a decir que «su miembro fálico es tan ardiente, que su sola san-

71. El adjetivo castellano *feo* tiene su origen directo en *foedus*, de fonética *fedus*; lo mismo sucede con *foetus*, de emparentada fonética, que denomina al *feto* precisamente porque es informe, porque aún no tiene la forma que le será propia. En el lenguaje vulgar, y no sin crueldad, suele llamársele feto a una persona no agraciada. De igual manera deriva de *foedus* el verbo *foeteo*, heder, es decir, repeler al olfato, de donde viene el adjetivo castellano *fétido*.

gre es capaz de disolver el diamante, que ni el fuego ni el hierro pueden trabajarlo» (XII 1,14). He aquí un primer sentido interesante para nuestra palabra: al margen de valoraciones morales respecto de la lascivia, nos encontramos con un principio generador masculino, tan activo y tan poderoso que tiene potestad sobre el diamante, el mineral más duro de la tierra. Es, desde la simbología hermética, el espíritu del disolvente de lo más duro y, por tanto, de todo. Es el espíritu del *disolvente universal*.

Recordando lo dicho en el epígrafe *Sancta Maria* en cuanto a la presencia del agua en el nombre de María, y en la nota 26 en lo referente a la pertenencia de María a la raza del fuego, es oportuno sacar a colación las palabras de Fulcanelli que hablan de «este *fuego secreto encerrado en un agua*, que constituye el disolvente universal». El llamado en la tradición hermética *disolvente universal* es un producto avanzado aunque no terminado de la obra alquímica, que posee ya unas características y aplicaciones muy particulares y que se identifica con la figura de Jesucristo desde el punto de vista de la simbología, no sólo por el poder disolvente de los vínculos más fuertes (de padre con hijo o de madre con hija), ya aludido en el evangelio de Lucas (XII,53), sino porque la tortura histórica de Jesús de Nazaret coincide exactamente con el proceso de laboratorio que debe seguir ese producto intermedio para avanzar en su calidad y acercarse a lo que será la medicina universal de los tres reinos. Tanto la Vir-

gen María como nuestra Virgen hermética dan nombre al continente de lo que de ellas saldrá a modo de una penetrante flecha, un fuego de la naturaleza sin el cual nada puede crecer ni vegetar aquí abajo. Ellas son el necesario cuerpo particular que le sirve de receptáculo, la tierra atractiva donde puede encontrar un principio susceptible de recibirle, el arquetipo del principio femenino que contiene el arquetipo del principio masculino, juntos ambos en la primera materia del arte, siempre que el artista sepa *conservarlos juntos el tiempo preciso*.

Para mayor reiteración, transcribiremos las palabras del autor anónimo de la *Llave del gabinete hermético*: «El agua que empleamos es un agua que encierra todas las virtudes del cielo y de la tierra; por eso es el Disolvente general de toda la Naturaleza; ella abre las puertas de nuestro gabinete hermético y real; en ella están encerrados nuestro Rey y nuestra Reina, y ella también es su baño...». Y si tras la lectura de este texto no entendemos la aparición de la palabra baño, podemos acudir a los riquísimos idiomas mediterráneos, en este caso el catalán, mallorquín o valenciano, que designan el baño con el sustantivo *bany* (de fonética *bañ*) y el cuerno con *banya* (de fonética *baña*). Se clarifican entonces las palabras de Fulcanelli cuando dice que «los alquimistas antiguos colocaban bajo la protección de Diana «la de los cuernos lunares» este primer mercurio del que tantísimas veces hemos hablado dándole el nombre de disolven-

te universal»⁷². Son los cuernos lunares que la simbología coloca a los pies de la Inmaculada Concepción.

72. Desde el punto de vista de la simbología hermética sabemos que los personajes que comparten símbolos o son manifestaciones distintas del mismo principio o tienen un parentesco muy cercano que propicia la conservación de las cualidades aludidas por el símbolo. Para poner de manifiesto la relación entre la Virgen María y la diosa Diana, *la de los cuernos lunares*, bastará recordar la que ya establecimos entre nuestras Vírgenes y Leto, madre de Diana, y sacar las oportunas conclusiones de lo dicho por Isidoro de Sevilla (Liber VIII 11,56-58): «De Diana, hermana de Apolo, dicen igualmente que es la luna y la protectora de los caminos. De ahí que afirmen que es virgen, porque el camino no engendra nada. Representan a ambos portando flechas, porque los dos astros envían desde el cielo sus rayos a la tierra. Se la denomina Diana, como si dijéramos Duana, porque la luna aparece tanto de día como de noche. La llaman también Lucina, porque da luz. Y Trivia, porque puede presentarse bajo tres aspectos. De ella dice Virgilio (*Eneida* 4,511): «Los tres rostros de la virgen Diana», porque se la denomina Luna, Diana y Proserpina. Cuando se muestra como la luna, «brilla con un vestido apenas resplandeciente; cuando, arremangando el vestido, dispara sus flechas, es la virgen Latona; cuando aparece sentada en el trono, es la esposa de Plutón» (Prudentius, *1 Contra Symmachum* 363). Latonia es otro de los nombres de Diana, por cuanto fue hija de Latona». Así pues, el parentesco y la personalidad de Diana han quedado de manifiesto. El mercurial disolvente universal, virgen también a pesar de llevar en su seno el agudo y penetrante principio generador masculino, lo lanzará Diana cuando el artista sea capaz de «arremangarle el vestido». Y como buen hijo de la Virgen, se manifiesta igual que ella, sentado en su trono, en su *Sedes sapientiae*.

Ese disolvente universal, del que Fulcanelli especifica que tiene un «olor fuerte y nauseabundo» es el que está sugerido por la palabra *foedus* de la que deriva la castellana fétido, es decir, de olor nauseabundo.

Recapitulando, diríamos que la frase *Foederis arca*, dicha como atributo mariano, expresa que nuestras Vírgenes, el mercurio de los sabios, es el seguro y secreto contenedor del realmente fétido espíritu universal masculino, origen y rector de la vida de la naturaleza.

Janua Caeli

(n° 33)

La situación privilegiada de la Virgen María, Madre de Jesús, querida y elegida por Dios para una misión tan trascendental como la que llevó a cabo, y con un indiscutido puesto en el Cielo tras su Ascensión, la convierte en el personaje perfecto para abogar por los hombres frente a instancias más altas. Los fieles perciben la posibilidad de una recomendación y entienden que ella sea la mejor influencia para entrar en el cielo, de la misma manera que tienen incorporado que el pariente de un alto cargo puede ser una certera vía para conseguir el puesto que se desea en la empresa. La exposición es brusca y pedestre pero contiene el mensaje real: para los devotos, la Virgen es *La Puerta del Cielo*. Aun así la frase de la Letanía, que incorpora en una primera lectura la idea vulgar expuesta, tiene otras intenciones herméticas más serias y explica otro mensaje más interesan-

te. Veamos, siguiendo nuestro método habitual, cuál es el motivo de que al mercurio de los sabios se le llame *puerta del cielo*.

Sabido es, como ya se explicó, que esta *pedra*, su descubrimiento y su primer tratamiento, constituye el comienzo de la obra filosófica y que ésta es expresión de la sabiduría divina, reproducción de la obra de la Creación, de la gran obra de la Naturaleza. Recordemos a Salomón en su *Libro de los Proverbios* (IX,1) cuando dice que «la Sabiduría edificó su *casa*», y las palabras del *Génesis* (XXVIII,17): «Aquí está la casa de Dios y la *puerta del cielo*». La casa celeste y su puerta forman parte del mismo edificio. Nuestro mercurio, las Vírgenes, la *Domus aurea*, primera piedra sobre la que Jesús edificará su Iglesia, es la puerta de entrada que permite la conexión, la participación y la vivencia del saber que los ángeles enseñaron a los hombres, de la ciencia que reproduce el orden de las leyes celestiales, de las formas de creación naturales, del comportamiento del Principio creador de todo cuanto existe. El descubrimiento y el conocimiento del mercurio de los sabios supone la introducción en el mundo hermético que se rige por leyes emanadas de un principio divino. Es, para los filósofos, nuestra particular *puerta del cielo*.

Pero se puede concretar más. De las posibles palabras latinas que tienen la significación de *puerta*, cuales son *fores*, *porta*, *janua* y *ostium*, la elegida en la Letanía es *janua* por sus especiales resonancias y con-

notaciones lingüísticas. Su significado, más que puerta, es *entrada*. Por eso, en el caso de un edificio material, a la puerta de entrada se le llama *janua* y a cada una de las demás puertas interiores, *ostia*. He aquí una primera llamada de atención que da idea de la importancia de *janua*, de su cualidad de *principal* (en el sentido de *principio* ya aludido en el epígrafe anterior).

El irremplazable Isidoro de Sevilla se extiende más y proporciona mayor claridad: «La puerta (*janua*) deriva su nombre de un tal *Jano...*» (Liber XV 7,4). En efecto, Jano es el dios del curso del sol y por eso dio su nombre al mes de enero (*januarius*, mes de Jano), que abre la puerta del año. El curso solar es un camino, un recorrido que indefectiblemente realiza en su carro el Rey Sol con periodicidad anual⁷³. La palabra *camino*, más antigua que el dios itálico *Jano*, se dice *yanas* en sánscrito, de

73. A propósito del recorrido anual del sol, regido por Jano, haremos notar una curiosidad nada casual, digna de la mejor investigación hermética: Jano es el tenedor de las llaves de las dos puertas celestiales, la del *Oriens* y la del *Occidens*, la del nacimiento y la de la muerte, la del solsticio de verano y la del solsticio de invierno. Como dice Isidoro de Sevilla, «A *Jano* le dan este nombre porque viene a ser la *puerta* de mundo, o *del cielo*, o de los meses. Presentan a Jano con dos caras, teniendo en cuenta el oriente y el occidente» (Liber VIII 11,37). Pues bien, en el cristianismo, esas dos puertas de *Jano* se consagran a los dos santos *Juanes* (Bautista, el 24 de junio, y Evangelista, el 27 de diciembre). Hagamos notar que el nombre *Juan*, en catalán se escribe *Joan*, y que viene a ser un anagrama de *Jano*.

la misma forma que *yanam* quiere decir *ida*, y también *carro*⁷⁴.

Jano, uno de los dioses más antiguos del panteón romano, es representado con dos caras opuestas⁷⁵, una que mira hacia delante y la otra hacia atrás, una barbada y la otra lampiña⁷⁶. Demuestra así su capacidad de

74. El carro es un importantísimo componente de la representación simbólica, cuya indagación sugerimos al lector. No se concibe sin su carro a Helios (el Sol), Apolo, Aurora, Hades, Anfitriones, Tetis, Poseidón, Dionisios, Cibeles, Deméter, Juno, Admeto, Afrodita, Artemis, Atenea, Noche, ni a tantos otros. Llamado con toda intención *Mercabah* por los cabalistas, es el soporte imprescindible de las divinidades a las que se asocia.

75. Otro de los elementos simbólicos de todas las civilizaciones es el águila bicéfala que, en palabras de J.E. Cirlot, «ha de relacionarse con el símbolo de Jano». Además de su coincidencia en la incorporación de dos caras contrapuestas, comparte también su relación con la puerta, con la entrada. Digamos, por ejemplo, que la letra A del sistema de escritura jeroglífica egipcia era representada por el águila, queriendo significar el día, el nacimiento, el origen. Su cualidad *principesca* ya aludida, hizo que fuera tomada como emblema de la casa *real* de los *Austrias*.

76. Volvemos aquí a recordar la iconografía de los dos *Juanes* cristianos. El Bautista, con barba, y el Evangelista, lampiño. Como en la figura de Jano, expresan, desde la misma raíz, desde el mismo nombre, cualidades contrarias. Lo viejo (barbado) y lo joven (lampiño); lo masculino (barbado) y lo femenino (lampiño); lo puntiagudo (barbado) y lo romo (lampiño).

visión total de la *realidad* de las cosas, no sólo por mirar a la vez en los dos sentidos, sino también por reunir la sabiduría de la totalidad de la vida, desde la juventud lampiña hasta la ancianidad barbada, y por eso dice Cirlot, citando a René Guénon, que «Jano es el «señor del conocimiento», lo que nos lleva a la idea de la *iniciación en los misterios*». Podríamos añadir entonces que Jano es la *Sedes sapientiae*, es decir, una de las representaciones simbólicas del mercurio de los sabios. Los atributos que le acompañan son dos llaves, un bastón y una corona real. Las dos llaves corresponden a las dos puertas de los solsticios: la de la *Janua Caeli* (Puerta del Cielo), que es de oro, y la de la *Janua Inferni* (Puerta del Infierno), que es de plata⁷⁷. Otra vez Cirlot recuerda que «El emblema formado por dos llaves, que a veces aparece colocado

77. Es oportuno reproducir en este momento unas palabras de Fulcanelli sobre la simbología de las llaves: «San Pedro posee *las llaves* del Paraíso, aunque una sola baste para asegurar el *acceso a la morada celeste*. Pero la *llave primera* se desdobra, y estos dos símbolos entrecruzados, uno de plata y el otro de oro, constituyen, con el trirreme, las armas del soberano pontífice, heredero del trono de Pedro. La cruz del Hijo del Hombre reflejada en las llaves del Apóstol revela a los hombres de buena voluntad los arcanos de la ciencia universal y los tesoros del arte hermético. Ella sola permite a quien posee su sentido abrir *la puerta* del jardín cerrado de las Hespérides y tomar, sin miedo para su salvación, la Rosa del Adeptado». Añadiríamos, aunque es ocioso, que en el lenguaje cabalístico *San Pedro* se leería como *La Santa Piedra*.

sobre un *corazón*, se relaciona con Jano». El bastón es signo de mando, de poder, como lo ha sido el cetro *real* o, en nuestros tiempos, el bastón que los alcaldes llevan en todas las ceremonias oficiales. Sobre el simbolismo de la corona no creemos necesario extendernos.

Una pulcra traducción cabalística, que nos permitimos hacer de los textos que cuentan la mítica historia del dios, podría resumirse así: «*Desde el principio de los tiempos Jano acompañaba al Sol en su carro celeste. Por imperativo divino desciende a la Tierra cumpliendo el destino de permanecer oculto durante un tiempo. Pasado éste, los hombres le pueden descubrir, bajo la forma de una piedra negra, gracias a una señal divina que le marca de forma indeleble*⁷⁸. *Movido por el amor*⁷⁹ *se entrega a los hombres y les demuestra que es el origen de esa piedra que contiene el azufre y el mercurio*».

No debe escapar a los lectores la semejanza de Jano con nuestro primer mercurio, ni a nosotros la obligación de destacarlo. Posee los dos principios contrarios (delante-detrás, oriente-occidente, masculino-femeni-

78. Acerca de esta señal, Fulcanelli dice que «es la *marca* capaz de asegurar la victoria por la identificación cierta de la única sustancia exclusivamente afecta a la obra filosfal». Resultaría en extremo fructífero para los interesados, la lectura de lo que generosamente dice Fulcanelli respecto de esta señal que firma la celeste materia.

79. Este *amor* es el expresado en el emblema, aludido por Cirlot, de dos llaves sobre un *corazón*.

no, juventud-vejez, actividad-pasividad) unidos en el mismo cuerpo. Pero además de las características simbólicas de sus atributos, ya expuestas, Jano comparte con el mercurio de los sabios, con nuestras Vírgenes, dos circunstancias muy importantes que reafirman esta identidad fundamental y que explicaremos a continuación: su estrecha relación con el elemento *agua* y su ubicación atemporal en la llamada *Edad de Oro*.

Se conoce por la historia que el mes de enero (*Januarius*, el mes de *Jano*) es el correspondiente al mes Ποσειδεων ático. Podemos así establecer una primera conexión de *Jano* con *Poseidón*, el emperador de las *aguas*. Por la mitología sabemos también que se le atribuye un milagro que salvó a Roma de la conquista de los Sabinos y que sucedió después del rapto de las sabinas por Rómulo y sus compañeros; entonces, la hija del guardián del Capitolio urdió una trama para lograr que el rey invasor y sus mejores tropas entrasen en la ciudadela. Cuando parecía que Tacio conseguía perforar las defensas de la ciudad sitiada, Jano hizo brotar de la tierra una *f fuente ardiente* que los puso en fuga invalidando sus propósitos de conquista. Encontramos así al mítico Jano, con su emblemático *bastón*, emulando a Moisés cuando hace brotar el agua de las rocas de Horeb; a Atalanta golpeando la roca y destapando el manantial de Epidauro; a Rea, la que hace nacer la fuente de Lepreo, o a Poseidón, quien golpea las rocas de Argos provocando el nacimiento de una triple fuente. Vemos, pues, a Jano que

participa de una imagen que tiene mucho que ver con las expresiones simbólicas de nuestra ciencia: determinado personaje golpea con un elemento punzante una piedra, con cuyo contacto se origina el nacimiento milagroso de una fuente de agua. La explicación hermética es que ese personaje, poseedor de una capacidad hermética, determina que el penetrante azufre masculino (la barba puntiaguda) se introduzca en el pasivo mercurio femenino (la cara lampiña) dando origen a una corriente de agua, que es el mercurio, la leche de la Virgen, participante ya de las cualidades de los dos progenitores. Pues bien, Jano, que incorpora en su imagen las dos naturalezas contrarias, la cara barbada y la cara lampiña, ha de originar por fuerza la milagrosa fuente de agua para dar validez al símbolo que representa. Y así sucede: casado con *Camise* o *Camasema*, es padre de *Tiber*, epónimo del río que discurre por la *Ciudad Eterna*. De esta manera se cumple y se completa la tradición simbólica hermética, que conecta a Jano con nuestras Vírgenes a través de la lectura ya expresada del nombre de María como Μα , *madre*, y ρως , *líquido*⁸⁰.

80. Otra relación nada desdeñable entre *Jano* y el elemento *agua* se constata en la conexión entre los sustantivos griegos $\sigma\tau\iota\beta\omicron\varsigma$, *camino*, *vía* (recordemos a *Jano-Yanas* como dios del *camino* del sol) y $\sigma\tau\iota\beta\eta$, *escarcha*, *humedad* del rocío.

La mitología atribuye al reinado de Jano las características propias de la *Edad de Oro* y los mitógrafos suelen coincidir al decir que esta época venía a ser un recuerdo del primitivo estado del hombre al salir de las manos de Dios. Aquella primitiva *Edad de Oro* se caracterizaba por la cercanía de la divinidad, la abundancia, la salud y el amor⁸¹. Pues bien, cuando Jano reina en la Tierra obedeciendo el amoroso designio divino, cuando el mercurio de los sabios es presentado y entregado a los hombres como un *don divino*, se abre la posibilidad de reproducir, en la vida de los poseedores de tal *regalo*, las características de la dorada edad, siendo Jano, nuestras Vírgenes, nuestro mercurio, el portador de la potencia

81. En esa original *Edad de Oro*, explica Pierre Grimal, los hombres vivían «como dioses, libres de cuidado, al abrigo de las penalidades y de la miseria. No conocían la vejez y pasaban su tiempo, siempre jóvenes, en medio de festines y banquetes. Cuando llegaba la hora de morir, se sumían en un dulce sueño». Fulcanelli dice que en esa dorada época «en el seno de la irradiación del astro (el Sol), bajo el cielo puro de una tierra rejuvenecida, el hombre admira las obras divinas, sin manifestaciones exteriores, sin ritos y sin velos. Contemplativo, ignorando la necesidad, el deseo y el sufrimiento, experimenta por el Señor del Universo ese reconocimiento emocionado y profundo que poseen las almas simples, y ese afecto sin límite que vincula al hijo con su Padre». La ausencia de velos respecto de las manifestaciones divinas suponen *sabiduría*; la ausencia de necesidad supone *abundancia*; la ausencia de sufrimiento supone la *salud*, y el *amor* es el que provoca la completa situación descrita.

divina que procura amorosamente la sabiduría, la fortuna y la salud. La piedra filosofal, final del camino del principiante y primer peldaño de la vida del adepto que le permitirá elevarse hasta los más sublimes conocimientos, constituye la certidumbre del prodigio. Y nuestro mercurio, dice Fulcanelli, «ese sujeto, tan vulgar y tan despreciado, se convierte seguidamente en el Árbol de la Vida, Elixir o Piedra Filosofal, obra maestra de la Naturaleza ayudada por el trabajo humano, pura y rica joya de la alquimia. Síntesis metálica absoluta, asegura al feliz poseedor de este tesoro el triple gaje del saber, de la fortuna y de la salud. Es el *cuerno de la abundancia*⁸², fuente inagotable de las dichas materiales de nuestro mundo terrestre». Y de la Virgen, intencionadamente asociada por la Iglesia a la sabiduría, podemos leer lo que dice Salomón en el *Libro de los Proverbios* (III,13-20): «Bienaventurado el que alcanza la sabiduría

82. El símbolo tradicional de la Edad de Oro es una joven medio desnuda apoyada en el Cuerno de la Abundancia. Lo completa un olivo, símbolo de la paz, que le da sombra, y en el que hay un enjambre de abejas. La abeja, símbolo muy antiguo y muy extendido en todas las culturas, significa laboriosidad, disciplina, bondad, inteligencia, salud y resurrección. Vemos así asociados a la Edad de Oro los bienes originados por la posesión de la piedra filosofal: sabiduría, salud y fortuna.

y adquiere *prudencia*⁸³; porque su adquisición es mejor que la de la plata y sus frutos de más provecho que el oro acendrado. Es más preciosa que las perlas y no hay tesoro que la iguale. Lleva en su diestra la longevidad y en su izquierda la riqueza y la gloria. De su boca brota la justicia y lleva en la lengua la ley y la misericordia. Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de *paz*⁸⁴ todas sus sendas. Es el árbol de la vida para quien la consigue; y es bienaventurado quien la abraza. Con la sabiduría fundó Yavé la tierra, y con la *prudencia* consolidó los cielos. Con su ciencia los abismos fueron divididos, y *destilan rocío los cielos*⁸⁵.

Establecida la relación del mercurio de los sabios, de las Vírgenes, con la puerta del gabinete hermético, sepamos el motivo de la presencia de la palabra *cielo* en la frase epigráfica. Si nuestro mercurio es su entrada, lo

83. De la Prudencia dice Fulcanelli: «Antes de ser elevada a la dignidad de Virtud cardinal, la *Prudencia* fue por mucho tiempo una divinidad alegórica a la que los antiguos atribuían una cabeza con dos caras». Réplica de Jano, podríamos leer en el *Libro de los Proverbios*: «Bienaventurado el que alcanza la sabiduría necesaria para adquirir el mercurio de los sabios...».

84. Recordemos el símbolo de la Edad de Oro: a la sombra del olivo, de la paz, se encuentra la juventud, la sabiduría y la abundancia.

85. Una vez más, la casa de la sabiduría, *María*, origina el nacimiento del *agua*.

que podemos observar en la primera habitación de la *casa* es el aposento de la virtud celeste: es el agua denominada *cielo de los filósofos*. El maestro Salomón Trismosin en su obra *Le Toyson d'Or* habla de la aparición de una estrella a la que nos referiremos extensamente en el epígrafe siguiente. Pues bien, Fulcanelli, al soporte mercurial de tal estrella le llama el *cielo de los filósofos*. Entrados en el comienzo de la obra hermética, el macrocosmos del universo real que nos envuelve y del que participamos, se proyecta en el microcosmos que se manifiesta en nuestro vaso hermético, en lo más hondo de la profundidad del laboratorio. En ese reducido y potente espacio distinguimos, como en el cotidiano, la tierra y el cielo, con sus manifestaciones estelares diariamente visibles. Nuestro mercurio, nuestras Vírgenes, han propiciado, al hacer que nazca el elemento agua, el mar hermético bajo nuestro apreciado *cielo*.

Valgan como testimonio unas palabras del maestro Ireneo Filaleteo (*Introitus...* V,III): «He aquí que de manera clara os descubro santamente la verdad: en efecto, nuestro caos es como una tierra mineral, respecto a su coagulación, y es, no obstante, un aire volátil en el interior del cual se encuentra el Cielo de los Filósofos, en su centro, que es verdaderamente astral, irradiando su esplendor hasta la superficie de la tierra». ¿Cómo podríamos dudar ya de que María es la *Janua Caeli*?

Stella matutina

(n° 34)

Es probable que un practicante devoto del rito del Rosario hiciese la lectura de esta frase en el sentido de que la Virgen María brilla en el universo de las almas de los hombres iluminando el tránsito de la noche al día, siendo el faro que indica la salida de la oscuridad del pecado a la luz de la gracia.

Esta hermosa lectura que le adjudica a María un papel de amorosa presencia permanente, siempre dispuesta a dirigir la salida de las tinieblas hacia la claridad, no se distancia de la que podemos hacer desde la ciencia que nos ocupa en este trabajo. En efecto, el mercurio, siempre presente en su secreto lugar, anunciando continuamente a los hombres su presencia por la particular estrella de su signatura divina, señala la *puerta* que conduce al artista del *reino de Saturno* al *reino del Sol*, de la piedra negra a la piedra dorada.

Podemos apreciar, así, que ambas lecturas se articulan sobre el mismo hecho básico: la Virgen, en cuanto que estrella, participa de la noche y del día. Es decir, el mismo símbolo del mercurio contiene, una vez más, los dos elementos contrarios, porque la estrella, a la que se asocia tradicionalmente el concepto *noche*, es llamada matutina, corrigiendo su natural simbología para incorporarle también el concepto *día*.

En el mundo real conocemos una estrella, la única, que brilla antes y después de la salida del sol, gracias a su cercanía y a la potente luz que refleja. Es el planeta *Venus*. Conocido desde muy antiguo, hay constancia de su incorporación a la cultura histórica en pruebas tales como el cilindro-sello sumerio de *Adda*, de mitad del tercer milenio antes de Cristo, donde aparece de forma visible *Inanna*, la diosa de Venus, *estrella de la mañana* y precursora de la *Ishtar* acadia. Al margen de las representaciones humanizadas del planeta Venus, de las que se hablará más adelante, su presencia en el cielo visible desde la tierra ha dado lugar a leyendas que, a pesar de haber sido en cierta medida vaciadas de contenido por los descubrimientos científicos de los últimos años, han tenido vigencia durante siglos, reforzando lo que se dio por supuesto a lo largo de milenios. Nos referimos a la creencia — recogida en las mitologías antiguas y no desmentida a pesar de las observaciones telescópicas que desde Galileo se han llevado a cabo hasta principios de la tercera década del siglo XX— de que Venus era un planeta

de oscura procedencia marina y, por tanto, representativo del elemento *agua*⁸⁶.

Respecto de las adscripciones de divinidades mitológicas al planeta Venus, la primera de las conocidas es la ya mencionada *Inanna*, en Sumeria. Su nombre se traduce como *Señora del Cielo, Dueña del Cielo*, y ella misma, en el mito que recoge su descenso a los Infiernos y a pregunta del guardián *Neti*, dice: «Yo soy la *Reina del Cielo...*». Inanna fue la diosa del amor y también de la guerra, lo que la identifica como regidora de los dos principios contrarios dentro de la misma personalidad, y

86. Desde que Galileo contempló Venus con un telescopio en 1609, se ha constatado que la superficie lisa y uniforme que cubría el planeta y que provocaba su luminosidad nunca vista en una estrella, eran nubes más espesas que las de la Tierra. Se deducía entonces que, si había más agua en las nubes, habría más agua en la superficie. A partir de las primeras observaciones espectroscópicas iniciadas en 1920, se dispararon las hipótesis sobre la composición de la superficie y las nubes de Venus. Desde las que decían que Venus era un mar de petróleo, hasta las que suponían que era un inmenso océano de agua carbónica. Los vehículos espaciales que han penetrado sus nubes y se han posado en su superficie proporcionaron una información muy distinta: Venus es un lugar de elevadísima temperatura, envuelto en una atmósfera de dióxido de carbono y con una lluvia constante de una solución concentrada de ácido sulfúrico. Carl Sagan (*Cosmos, Planeta*, Barcelona 1982) dice que «con su calor abrasador, con sus presiones abrumadoras, con sus gases nocivos, y con ese brillo rojizo y misterioso que impregna todas las cosas, parece menos la diosa del amor que la encarnación del infierno».

su templo en la ciudad de Uruk era llamado *Casa del Cielo*. Pero además de esta primera identificación con nuestro mercurio, otras referencias a su personalidad mítica la acercan a íntimas conexiones con el mercurio de los sabios, expuestas en otras partes de este trabajo⁸⁷.

En el período acádico fue identificada con *Ishtar*, asumiendo entonces un papel religioso de gran importancia. Pero lo esencial no cambió. La tríada astral sumeria formada por *Utu* (el Sol), *Zu-en*, (la Luna), e *Inanna* (el planeta Venus), fue sustituida por *Shamash*, *Sin* e *Ishtar*. Federico Lara Peinado, en su aclaratorio libro *Mitos sumerios y acadios* (Editora Nacional, Madrid

87. Cuando en el epígrafe dedicado a la *Rosa mystica* conectábamos a la Virgen al mercurio de los sabios y a la diosa del amor, nos referíamos al personaje de la joven virgen de *Las Bodas Químicas*, cuyo comportamiento describía Valentín Andréae con las palabras: «... y ya comienza de nuevo a dirigir miradas desvergonzadas a su alrededor, a hacer gestos a los embajadores y, verdaderamente, no manifiesta discreción alguna». Pues bien, nos parece interesante resaltar el parecido con lo que se dice de Inanna en el mito sumerio de *Enki y el orden del mundo*: «Virgen Inanna, tu ojo no se cansa de mirar a los hombres...». Y como en el texto de Andréae, tiene el tratamiento de virgen y el comportamiento de ramera. También Enki, en el mito de *El descenso de Inanna a los Infiernos*, dice refiriéndose a su hija: «¿Qué le ha ocurrido a la hieródula del cielo?». El sustantivo hieródula, a pesar de que su etimología lo define como esclava dedicada al servicio de una divinidad (de *ιερος*, sagrado, y *δουλος*, esclavo), sabemos por la historia que nombraba a las ramerías sagradas.

1984), resume este tránsito con claridad: «Los acadios, en un afán sincrético, tomaron las divinidades sumerias y las amoldaron a sus propias necesidades religiosas, limitándose prácticamente a un cambio onomástico». Tenemos así a Ishtar, heredera de Inanna, que conserva su reinado sobre el planeta Venus, y que participa de las mismas características que asociamos al mercurio de los sabios.

El relevo lo toma la diosa griega *Afrodita, nacida del mar* y de los órganos genitales de su padre Urano, caídos en el océano. Después de una historia plagada de amores sucesivos, consigue que Eneas, con su padre Anquises y su hijo Julio, huya de Troya en busca de una tierra donde establecerse y crearse una nueva patria. De este modo, dice Pierre Grimal, «Roma tuvo por particular protectora a Afrodita-Venus, la cual pasaba por ser la antepasada de los Julios, los descendientes de Julio y, por tanto, de Eneas y de la diosa. Por eso César le erigió un templo bajo la invocación de Venus Madre, *Venus Genitrix*»⁸⁸.

Vemos cómo los nombres y las historias particulares de las divinidades representativas del planeta Venus han cambiado a través del tiempo, y cómo ha permanecido

88. Si identificamos el mercurio con el simbolismo natural de Venus, la frase se construiría con μητηρ, *madre*, κυριος, *dios*, y *genitrix*. En latín, idioma de la Letanía, sería *Mater Dei genitrix*, expresando el sentido de la segunda de las deprecaciones.

constante la devoción a la única estrella que brilla durante el día y durante la noche. Su nombre griego es Φωσφορος, que proviene del sustantivo φως, *luz* y el verbo φερω, *llevar, ser portador de*. Pues bien, traslادمos cuidadosamente esta corta frase al latín. *Lucis*, genitivo de *lux*, luz, y el mismo verbo *fero* para expresar la acción de portar, construyen el conocido nombre *Lucifer*, uno de los alias del Demonio. ¿Chocante? Sí, y también delicado. ¿Qué motivo puede permitir esa asociación de la Virgen María, *Stella matutina*, con el nombre *Lucifer*, estrella de la mañana?

Se puede observar, no sin sorpresa, que sabios tan reconocidos y respetados como Isidoro de Sevilla, hecho Santo por la Iglesia, se refieren a los conceptos aludidos con la mayor de las naturalidades y con el menor de los compromisos. Citaremos algunas frases de Isidoro relativas a Lucifer: «*Lucifer* es así llamado porque entre todos los astros es el que más luz presenta (*lucem fert*). Es uno de los planetas. Se le llama también, y con toda propiedad, *Jubar*, porque emite su luz a modo de crines (*iubae*)» (Liber III 71,18). Sobre los nombres de los días de la semana, dice: «El *sexto*, de la estrella de Venus, a la que dan el nombre de Lucifer, y que es, entre todas las demás estrellas, la que más luz tiene» (Liber V 30,7). Cuando habla de los oficios, declara: «El *oficio matutino* se celebra al comenzar la luz; y se lo denomina así por la estrella Lucifer, que aparece al despuntar la mañana. Con la expresión de estos dos momentos —se refiere también al oficio vespertino— se pone de manifiesto

que debe alabarse a Dios en todo instante, de día y de noche» (Liber VI 19,3). Al hablar de los faros expone que «las máquinas que se construyen en los puertos y que tienen como finalidad la de emitir destellos reciben el nombre de faros (*pharus*), pues φως significa «luz», y ορος, «visión». De aquí que Lucifer en griego se diga Φωσφορος» (Liber XV 2,37). Hay otras alusiones a Lucifer, como planeta Venus, en los libros de las *Etimologías* de Isidoro, pero sin embargo no podemos encontrar ninguna referencia, de las muchas que hace a Satanás, a la identificación del nombre de Lucifer con el Diablo. ¿Por qué?

En su libro profético, Isaías establece no sólo la relación entre *Lucifer* y el *Diablo*, sino entre el planeta *Venus* y ambos: «¿Cómo caíste del cielo, ¡oh lucero!, tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que has sido la ruina de las naciones?» (Isaías XIV,12). En este breve versículo reconocemos a *Lucifer*, el lucero, a *Venus*, el que brilla por la mañana, y al *Diablo*, el caído del cielo. ¿Cómo Isidoro, profundo conocedor de las Escrituras, salta por encima de esta relación y no la cita en sus libros de divulgación? ¿Y la Iglesia? En las Sagradas Escrituras no se tiene miedo de establecer tales conexiones y hasta en el *Apocalipsis* de Juan (XXVI,16) se ponen en boca de Jesús las siguientes palabras: «Yo soy la raíz y la estirpe de David, *el lucero brillante de la mañana*». Por razones fáciles de interpretar, la Iglesia, durante muchos años, ha personificado el Mal en el Demonio Lucifer. Sin embargo, desde el

lenguaje simbólico, se trata de una suma de magnitudes heterogéneas que, como es natural, consigue un dudoso resultado. Una cosa es la figura mítica del Demonio y otra distinta el principio del mal como contrario al principio del bien. Fulcanelli testimonia la limpieza y la tranquilidad con las que en algunas épocas y lugares la propia Iglesia incorporaba la figura simbólica del Diablo a los edificios sagrados y, al hablar de la primera piedra de la obra alquímica, dice: «Sobre esta *piedra* edificó Jesús su Iglesia; y los francmasones medievales siguieron simbólicamente el ejemplo divino. Pero, antes de ser *tallada* para servir de base a la obra de arte gótica, y también a la obra de arte filosófica, dábase a menudo a la piedra bruta, impura, material y grosera, la *imagen del diablo*. Notre-Dame de París poseía un jeroglífico semejante, que se encontraba bajo la tribuna, en el ángulo del recinto del coro. Era una figura de diablo, que abría una boca enorme, en la cual apagaban los fieles sus cirios; de suerte que el bloque esculpido aparecía manchado de cera y de negro de humo. El pueblo llamaba a esta imagen *Maistre Pierre du Coignet*, cosa que no dejaba de confundir a los arqueólogos. Ahora bien, esta figura, destinada a representar la materia inicial de la Obra, humanizada bajo el aspecto de *Lucifer* (*portador de luz, la estrella de la mañana*), era el símbolo de nuestra *piedra angular*, la *piedra del rincón*, la *piedra maestra del rinconcito*».

Para ser más claros, abordemos el nombre del *Diablo*. Su etimología oficial es el sustantivo griego

διαβολος, que quiere decir *acusador*, *calumniador* y que, posteriormente, los escritores eclesiásticos utilizaron para nombrar al Maligno. Sin embargo, resulta llamativo que en la historia mítica del Diablo no se pueda encontrar ningún momento en que acuse o calumnie, lo que nos lleva a pensar que el origen del nombre se encuentra, más bien, en el sustantivo διαβλεψις, que significa *visión clara y penetrante*⁸⁹; y si descomponemos la palabra en δια, femenino del adjetivo διος que quiere decir *divino*, y βλεψις, *vista, visión, mirada*, podríamos traducirlo como *el que posee una visión divina*. Pero al Diablo también se le llama *Demonio*, otro nombre digno de un pequeño análisis. Su etimología oficial es δαιμονιον, con la significación de *espíritu maligno*. Pues bien, conectando con lo dicho respecto al nombre Diablo, nos podemos acercar al sustantivo δαιμωνιος, que quiere decir exclusivamente *divino, maravilloso, venerable y extraordinario*. El Demonio, identificado simbólicamente con el mercurio de los sabios, como leíamos en Fulcanelli, guarda en tal acepción conceptos que son contrarios. La verdadera etimología de su nombre se localiza en el sustantivo δαιμων que, a la vez que *Dios, divinidad, numen*, puede enunciar también *espíritu maligno o alma de un muerto*, y la justificación de su empleo simbólico reside en una palabra homófona y

89. En idioma *caló*, el nombre del diablo es *Ondivé*, y su fonética sugiere el concepto de *el que ve hondo*.

homógrafa de la anterior, δαιμων, que es un adjetivo y sustantivo masculino y femenino que significa *que sabe o que conoce*, y que enlaza y concuerda con el que tiene una clara y penetrante visión de las cosas. Lucifer es, pues, portador de luz, porque sabe, porque es sabio, porque también es *sede de la sabiduría*.

Queremos decir, desde la óptica que proporciona la búsqueda sin prejuicios del conocimiento, que nadie debe ofenderse ante la certeza de que la Virgen María y Lucifer compartan el símbolo de Venus, la *Stella matutina*, al igual que comparten el de *Sedes sapientiae*. Y el nexo de unión de estos dos personajes, tan antagónicos desde el punto de vista de sus historias míticas respectivas, lo constituye el mercurio.

Volvamos por un momento a la cita de Isidoro (Liber III 71,18) en la que dice: «Se le llama también, y con toda propiedad, *Jubar*, porque emite su luz a modo de crines (*iubae*)». En efecto, el nombre de Jubar, cuyo origen dicen los diccionarios latinos que es oscuro, lo utilizan poetas como Ennio y Pacuvio, el polígrafo Terencio, o Virgilio y su comentarista Servio, para referirse a Lucifer, Venus, el lucero de la mañana. Comprobamos además que el sustantivo femenino *juba-ae* quiere decir crin, melena; pero, atención, también *cresta de gallo*. Isidoro nos hurtaba esta acepción tan importante desde el punto de vista de la simbología hermética y, con ella, se puede ver a Venus con su cresta luminosa ejerciendo el papel que le corresponde en el cielo. ¿Qué comparten Venus y el gallo? Que ambos anuncian el nacimiento

del día. Uno por la luz, otro con su canto; los dos llevan el mensaje de que el reino del Sol está cerca.

Símbolo solar, ave de la mañana, el gallo pregonera más cosas desde su privilegiado lugar en las veletas más elevadas, sobre las torres de las iglesias y los tejados de las casas, aunque nos bastará utilizarlo ahora para interrelacionar brevemente a los personajes que hemos manejado en la frase *Stella matutina*, y que son Venus, Lucifer, la Virgen y el Mercurio. Acudiendo una vez más a la reveladora lengua griega, constatamos que *gallo* se dice *αλεκτωρ*. Podemos encontrar también un adjetivo, distinto del anterior sustantivo, de la misma fonética e idéntica grafía, *αλεκτωρ*, que quiere decir *virgen* (del privativo *α* y *λεκτρον*, lecho nupcial, unión). Y como hablamos de la Virgen hermética, es conveniente resaltar que la palabra *αλεκτος*, muy próxima a las anteriores, indica *que no se debe o no se puede decir, inefable*. He aquí pues, una primera conexión entre el gallo y la innombrable primera materia del arte, el mercurio de los sabios. Conocemos además, que el gallo forma parte de la iconografía del dios Mercurio. La voz griega *κηρυξ* significa heraldo, pregonero, mensajero, legado de paz y, cómo no, gallo. Y es así porque el gallo expresa una de las cualidades que identifican a Mercurio, el Hermes griego que recibió de Apolo el caduceo (*κηρυκιον*, de origen *κηρυξ*). En cuanto a la conexión de Mercurio con Venus, ya habíamos señalado que a esta estrella se la denomina *Φωσφορος* en griego, nombre derivado de *φως*, luz y *φερω*, llevar; pues bien, uno de los epítetos

de Mercurio es Σελαηφορος, de σελας, luz, destello, esplendor, y φερω, llevar. Expresan el mismo concepto, sin duda porque ejercen la misma función.

Se ha resaltado la conexión de la Virgen con lo que no debe revelarse, con la puerta y fundamento de la filosofía hermética, inaccesible a quien no aspire a la sabiduría y a la bondad. Y se ha explicado en el epígrafe *Causa nostra laetitia* que este bagaje de conocimientos, los secretos eternos que se cumplen en los cielos, fueron revelados a los hombres por los ángeles caídos. De esta manera, Lucifer, su príncipe, al margen de otras consideraciones morales sobre el bien y el mal y acerca de su presencia en el mundo, ha sido el vehículo de transmisión de esta ciencia divina que se halla en el fondo de la filosofía y de las religiones. En este sentido *Lucifer* es verdaderamente *portador de luz*, como lo es la Virgen, la *Sedes sapientiae* y *Stella matutina*.

Conclusión

Con este escrito hemos querido, siguiendo la Tradición, prestar un servicio. Y no lo prestaríamos del todo si no advirtiéramos que, a veces, las palabras que hemos utilizado no deben ser tomadas en un sentido literal. «Abriré en parábolas mi boca; y declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo», se dice en las Escrituras. Así, aunque a ciertas materias, conceptos y procesos se les haya llamado por sus nombres verdaderos, otros han sido velados bajo la polisémica imagen de los símbolos. Por ello, a pesar de haber utilizado esos dos niveles de expresión, a menudo complementarios, aseguramos que no hay ningún engaño en sus páginas.

Nuestra finalidad, más que hacer un trabajo de filosofía hermética, ha sido intentar estimular el interés del lector por el conocimiento de esta ciencia maravillosa y

sus particulares modos de comunicación; sin embargo, le prevenimos de que si sus intenciones no son nobles la Naturaleza jamás permitirá que abra las puertas de su santuario.

Por él, o por ella, nos hemos tomado el trabajo que otros, antes, se tomaron por nosotros. Para esos maestros, algunos de los cuales han sido citados en el texto, nuestra más profunda gratitud y, para los curiosos, el vivo deseo de que lleguen a convertirse en apóstoles de la eterna Caridad.

Índice

<i>Prólogo</i>	7
Introducción	13
Sancta Maria (nº1)	27
Speculum justitiae (nº 22)	39
Sedes sapientiae (nº 23)	49
Causa nostra laetitia (nº 24)	57
Vas spirituale (nº 25)	79
Vas honorabile (nº 26)	87
Vas insigne devotionis (nº 27)	93
Rosa mystica (nº 28)	105
Turris davidica (nº 29)	117
Turris eburnea (nº 30)	125
Domus aurea (nº 31)	131
Foederis arca (nº 32)	139
Janua Caeli (nº 33)	149
Stella matutina (nº 34)	161
<i>Conclusión</i>	173